

**LA COMPLEJA MUERTE
DEL NEOLIBERALISMO**

LA COMPLEJA MUERTE DEL NEOLIBERALISMO

OSVALDO MARTÍNEZ MARTÍNEZ



RUTH
C A S A
EDITORIAL

Economía



EDITORIAL DE CIENCIAS SOCIALES, LA HABANA, 2007

Estimado lector:

La reproducción total o parcial, por cualquier medio, es autorizada por sus editores. No obstante, le solicitamos mantener la referencia a nuestra editorial. Le estaremos muy agradecidos si nos hace llegar por escrito su opinión acerca de este volumen y de nuestras ediciones.

Ruth Casa Editorial
Calle 38 y ave. Cuba, edif. Los Cristales, oficina no. 6
apdo. 2235, zona 9A, Panamá
email: ruthlibroslibres@ruthcasaeditorial.org

Edición: Denise Ocampo Álvarez
Corrección: Pilar Jiménez Castro y Alejandro Sean García
Diseño de cubierta: Ricardo Rafael Villares
Diseño interior y composición: Xiomara Gálvez Rosabal

Todos los derechos reservados
© Sobre la presente edición:
© Editorial de Ciencias Sociales, 2007
Ruth Casa Editorial, 2007

Instituto Cubano del Libro
Editorial de Ciencias Sociales
Calle 14 no. 4104 entre 41y 43, Playa,
La Habana, Cuba

Ruth Casa Editorial
Calle 38 y ave. Cuba, edificio Los Cristales, oficina no. 6
apdo. 2235, Zona 9ª, Panamá
alejandrosean@yahoo.com

OSVALDO MARTÍNEZ MARTÍNEZ (Cuba, 1944). Licenciado en Economía (Universidad de La Habana, 1967). Doctor en Ciencias Económicas (Instituto de Relaciones Internacionales de Potsdam, Alemania, 1985). Profesor Titular de la Facultad de Economía de la Universidad de La Habana. Autor de los libros *Tercer Mundo y economía mundial* (1983), *Estados Unidos y la economía internacional* (1988) y *Neoliberalismo en crisis* (1999), y de numerosos artículos y ponencias publicados en Cuba, México, Argentina, Perú, los Estados Unidos y España. Ex Ministro de Economía y Planificación de la República de Cuba (1995). Diputado al Parlamento Cubano y actual Presidente de la Comisión Permanente de Asuntos Económicos de dicho Parlamento. Miembro del Grupo de Expertos de Naciones Unidas sobre el tema del Derecho al Desarrollo (1994). Asesor de delegaciones cubanas a la Asamblea General de Naciones Unidas (1974-1976), Conferencias Cumbres de Países no Alineados (La Habana, 1979; Nueva Delhi, 1983; Harare, 1986; Belgrado, 1989) y Conferencias Cumbres Iberoamericanas (Guadalajara, 1991; Madrid, 1992; Salvador de Bahía, 1993; Cartagena de Indias, 1994; Oporto, 1998; La Habana, 1999; Panamá, 2000). Representante de Cuba en la Comisión Económica y Financiera de la Asamblea General de Naciones Unidas (1974-1976). Representante de Cuba ante el Consejo Económico y Social de Naciones Unidas (ECOSOC) (1976). Representante de Cuba en el Consejo del Centro del Sur (Ginebra, 1996-1999). Director del Centro de Investigaciones de la Economía Mundial (CIEM) de La Habana, Cuba. Miembro del Panel *ad hoc* de Economistas del Movimiento de Países No Alineados, encargado de elaborar el informe relativo a “Una nueva agenda para el Sur” (1998). Premio Nacional de Economía de la República de Cuba (1999). Conferencista en Foro Social Mundial (Porto Alegre 2003 y 2005).

ÍNDICE

Prólogo por Carlos Tablada / VIII

I

La compleja muerte del neoliberalismo / 13
Un poco de historia / 15
La extraordinaria vitalidad del liberalismo / 16
Las razones de la vitalidad del liberalismo / 23
La feliz unión entre neoliberalismo
y financierización / 25
Resultados del neoliberalismo en países
desarrollados / 27
Resultados del neoliberalismo en América Latina / 31
Hacia el postliberalismo en América Latina / 35
ALBA: un embrión prometedor / 42

II

Algunas estructuras y tendencias del mundo
actual: entre lo insostenible
y lo insoportable / 47

El discurso de la globalización / 47
La ciencia y la tecnología como mercancías / 49
Concentración empresarial global / 52
El abismo entre centro y periferia / 53
Crisis económicas más frecuentes / 54
El mercado financiero globalizado / 55
Inequidad en la distribución del ingreso
y el consumo / 62
La incógnita demográfica / 65
La incógnita ambiental / 67

III

ALBA y ALCA: el dilema de la integración
o la anexión / 72

IV

Terrorismo en la economía / 92

V

Los Estados Unidos: comerciar con la guerra
y hacer guerra con el comercio / 98

VI

Globalización de la economía mundial:

la realidad y el mito / 103

El significado de la globalización. Los dichos
y los hechos / 106

Heterogeneidad y contradicciones / 109

Bibliografía / 115

PRÓLOGO

CARLOS TABLADA PÉREZ¹

La etapa del sistema capitalista iniciada a comienzos de los años setenta del siglo XX, conocida como neoliberalismo, ha sido abordada en miles de libros por un sinnúmero de economistas, politólogos, sociólogos, filósofos, ecologistas, poetas, artistas plásticos, escritores, de todos los confines del planeta, de todos los credos y tendencias ideológicas y políticas.

*Ruth Casa Editorial y la Editorial de Ciencias Sociales, al publicar *La compleja muerte del neoliberalismo*, del profesor Osvaldo Martínez, no aportan un libro más al debate y al conocimiento del momento actual, sino que entregan al lector una llave maestra para la comprensión del pasado, el presente y el futuro.*

Me permito recomendar este libro-joya que nos envuelve y no nos libera hasta el final como si, en lugar de explorar un tema tan proclive a ser atractivo solo para entendidos en la materia, de una divina novela se tratase; sin que por ello este título pierda la virtud de ser, desde su nacimiento, un clásico de la economía mundial. Lo anterior queda avalado desde las primeras páginas de la obra del Dr. Osvaldo Martínez, quien pone en evidencia –tanto para los especialistas como para los recién iniciados– que la amplia bibliografía existente acerca del neoliberalismo no ha agotado este objeto, y que vale la pena adentrarse en la lectura del presente libro.

Autor de múltiples ensayos y libros, estamos ante un enunciador sui generis: con lenguaje sencillo, asequible a cualquier público, sin dejar de ser profundo, su prosa resulta diáfana, de excelente redacción y no carente de belleza literaria. Se trata, en fin, de un economista nato que escribe con el virtuosismo de un

¹ La Habana 1948, Licenciado en Sociología, Licenciado en Filosofía, y Doctor en Ciencias Económicas. Profesor Titular Adjunto a la Universidad de La Habana. Miembro del Centro de Investigaciones de la Economía Mundial (CIEM), La Habana. Investigador Titular del Centro Tricontinental (CETRI), redactor (1996-2004) de su revista en francés *Alternatives Sud*, Lovaina-la-Nueva, Bélgica; miembro de la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC); Secretario de Divulgación y Ediciones del Foro Mundial de Alternativas (FMA). Como Profesor Invitado ha trabajado en 155 universidades de 31 países. Miembro del consejo editorial de la revista *Panorámica Latinoamericana*, del Service d'information et de formation Amérique Latine (SEDIF), Universidad Libre de Bruselas, Bélgica. Ha publicado varios libros y decenas de artículos y ensayos en revistas especializadas. Premio Casa de las Américas 1987 con el libro *El pensamiento económico de Ernesto Che Guevara*; de este se han realizado 33 ediciones y dos reimpresiones en 14 países y en 9 idiomas, y se han publicado más de medio millón de ejemplares hasta la fecha.

literato, y obtiene así, a favor de la economía y de sus lectores, una comprensión cabal de la ciencia económica, con el agradable gusto que nos deja leer una novela clásica.

Profesor universitario desde su juventud y Doctor en Ciencias Económicas en la Universidad de Postdam, Alemania, la sólida formación profesional y el vasto desempeño académico de Martínez, que no se han limitado a la rica cultura y experiencia de su país de origen, sino que han bebido también de otras fuentes, le han dotado de un método de exposición y una expresión didáctica ideales para transmitir con claridad las ideas y conceptos económicos más complejos sin caer en el facilismo y la vulgarización.

Osvaldo Martínez ha sido testigo y participante del desenvolvimiento de la economía mundial en los últimos treinta y siete años. Su presencia en los organismos de la ONU (Nueva York y Ginebra), en la Organización Mundial de Comercio (OMC), el Movimiento de Países No Alineados, en Cumbres de Países Iberoamericanos, en reuniones de jefes de estados, en el Foro de los movimientos populares de Porto Alegre y Nairobi, en la Unión Europea, en organizaciones del Medio Oriente, en África, Asia, Oceanía, América Latina y el Caribe, en Norteamérica y Europa del Este; así como su labor sostenida por tres décadas como Director del Centro de Investigación de la Economía Mundial (CIEM), de La Habana, lo han dotado de un dominio temático excepcional que, con su magistral capacidad de síntesis, ha quedado plasmado en el presente libro.

Martínez es, además, Diputado Nacional del Parlamento cubano, durante más de una década, por uno de los territorios de montaña de Cuba. Este raro privilegio de tratar a sus electores de a pie, a cientos de integrantes de los movimientos sociales de todo el planeta, a decenas de jefes de Estado y de académicos, a miembros de la elite del poder y a funcionarios de la economía y la política mundiales, le faculta para expresarse, con absolutas soltura y libertad, y extraordinarias originalidad y riqueza de conocimientos, sobre el tema que aborda el presente libro, lo que lo convierte en un arma fundamental para comprender el mundo en que vivimos y pasar a transformarlo y dar origen a los socialismos que en el siglo XXI los pueblos darán a luz como proceso civilizatorio de fundación de sociedades postcapitalistas, que, en esencia serán sociedades socialistas, comunistas, libres de los errores cometidos por los pioneros de las luchas en los siglos XIX y XX, pioneros que se lanzaron a la conquista del cielo sin ninguna experiencia acumulada, haciendo camino al andar, a pecho, cuando aún el capitalismo no había agotado todas sus potencialidades productivas y destructivas como en la etapa que hoy vivimos.

*El libro **La compleja muerte del neoliberalismo** ha sido concebido para ilustrar, y para que pensemos con cabeza propia, los temas más ininteligibles y candentes de nuestro entorno. El Autor expone de modo conciso la historia del liberalismo, su esencia, para que el lector pueda arribar por sí mismo a conclusiones. Osvaldo Martínez nos hace viajar por la historia del capitalismo de los últimos tres siglos, exponiendo las corrientes de ideas, ideologías de las clases dominantes; recorrido imprescindible para comprender la coyuntura actual.*

En la literatura en boga sobre el neoliberalismo se ciñe este término a la economía y a la política económica que el Norte impone a los países del Sur, y, a partir de los años noventa del pasado siglo, a los habitantes del Norte. Martínez nos llama la atención sobre el hecho de que el neoliberalismo es mucho más que esto, nos hace reflexionar que el neoliberalismo es “una filosofía abarcadora de una concepción del mundo, de nuevos valores (...) El liberalismo con su paradigma subyacente del deber ser pretende que la realidad sea modelada según su utopía ideal. De ahí que la armonía, el equilibrio general, el automatismo del mercado perfecto, la coincidencia entre el interés particular y el interés colectivo, el comportamiento homogéneo de sujetos económicos ‘racionales’ en los que se borran diferencias de riqueza, de clase, de raza, respondan a esa ideal construcción del deber ser. (...) A lo anterior hay que agregar la exquisita lógica formal de que hace gala el liberalismo, a tal extremo, que si se aceptan los supuestos que subyacen bajo la lógica y sobre esos supuestos deja de mover el vapor del pensamiento abstracto y la sucesión lógica de razonamientos, no es difícil caer víctima de la elegancia y el rigor formal. (...) Ella tiene como base de sustentación unos supuestos o premisas irreales y antibióticos que son los determinantes de las conclusiones de llegada, pero que de ser aceptados y a seguidas entrar en el circuito de excelencia formal, actúan como una trampa capaz de narcotizar mentes”.

Estos razonamientos de Martínez cobran en este momento un valor inusitado, porque el imperialismo mundial no solo intenta dominar el planeta con sus tropas, sus armas de destrucción masiva, el terrorismo de Estado y el terrorismo económico, sino a través del dominio ideológico en todos los campos, hasta en la ideología de la vida cotidiana de cada familia, tanto de los dominantes como de los dominados.

Osvaldo Martínez no más empezar nos expone la esencia del momento actual que vivimos: “La elegante lógica formal y la excelencia de las técnicas utilizadas explican en parte la vitalidad del liberalismo, pero existe otra fuerte razón que se aplica a la etapa de la globalización neoliberal y consiste en que el neoliberalismo es la teoría y la política que sintetiza los intereses de la fracción dominante del capital transnacional: la oligarquía financiera protagonista de la financierización de la economía mundial, e impulsora y beneficiaria de la gigantesca escalada especulativa ocurrida en las últimas tres décadas en exacta correspondencia en el tiempo con la escalada del neoliberalismo al estrellato. Para esta fracción financiera-especulativa el neoliberalismo es como el oxígeno para respirar. Interesada en los rápidos movimientos especulativos de escala planetaria, le resultan excelentes la desregulación, la apertura total, el libre comercio, el libre movimiento del capital transnacional, las tasas de cambio flotantes, los salarios reales deprimidos, el alto desempleo, la privatización a ultranza y todo el repertorio del Consenso de Washington”.

Martínez nos muestra cómo el dominio del mercado financiero global expuesto como el gran logro del sistema es la derrota del crecimiento económico, del empleo y de la economía real que lo sustenta, a manos del lucro individual, de la insensibilidad social y la inmediatez del mercado sin regulación.

Múltiples son los temas en que incursiona el Autor, baste asomarnos al índice de este libro para percatarnos de ello. No es nuestro propósito reseñar cada capítulo y/o epígrafe del mismo. Pero antes de finalizar estas líneas sí deseo llamar la atención al lector sobre la importancia de los últimos tres capítulos, para la comprensión del mundo en que vivimos y de la posibilidad real de subvertirlo y darle a la humanidad una organización social, económica y espiritual postcapitalista.

El Autor no se limita al examen del mundo real capitalista que nos arrastra a la destrucción del planeta, sino que nos invita a adentrarnos en las alternativas que los pueblos instrumentalizan hoy día, y para ello toma como ejemplo las experiencias de integración de la región latinoamericana, tanto las creadas por las oligarquías nacionales y el Imperio, como la más reciente surgida como alternativa popular donde los principios de la ley del valor no rigen, me refiero al ALBA.

El cuarto y el quinto capítulos ponen al desnudo que el terrorismo no se limita a “ataques con bombas, asesinatos, torturas y todo el repertorio de horrores que exhibe la carnicería terrorista. También pensamos en esa hipócrita política ‘antiterrorista’ que pone las cosas exactamente al revés: ‘terrorismo’ a las luchas de resistencia de los pueblos y ‘lucha contra el terrorismo’ a la oleada fascista que desde Washington pretende justificar así las agresiones de los opresores. Por lo general, no establecemos relación entre el terrorismo y la economía, como si esta fuera ámbito técnico, neutral, imposible de que en él algunos ejerzan el terror contra otros. Y no es así, porque el sistema económico mundial dominante, esto es, el capitalismo imperialista, con su traje de lentejuelas de la globalización neoliberal, incorpora el terrorismo económico como parte orgánica de su modo peculiar de funcionamiento. Esta forma de terrorismo no hace estallar bombas, pero funciona 24 horas al día con implacable constancia y una alta eficiencia terrorista. Tanto que provoca más muertes por hambre, pobreza, desempleo y enfermedades curables que guerras enteras”.

El último capítulo nos muestra la verdadera naturaleza del Imperio y del período que vive en la actualidad y se alargará a los próximos años.

El libro está bien articulado con estadísticas imprescindibles para el análisis puntual y la demostración de las tesis que se arguyen, y posee los matices más finos que nos ayudan a conocer a profundidad los temas abordados, a pensar con luz propia y llegar así a conclusiones, independientemente de la tendencia ideológica que profesemos. Hasta para un miembro y defensor de la clase dominante resultaría imposible rebatir la lógica y el discurso de Martínez, sin pecar de obcecado.

Oswaldo Martínez expone con toda responsabilidad que la muerte del sistema actual de cosas, la destrucción del neoliberalismo, del capitalismo imperial, no está a mano, no es un proceso pasivo intrínseco al sistema, sino que implica que cientos de millones de personas nos involucremos en la lucha por una sociedad postcapitalista; que tomemos el poder de nuestras comunidades de base, de nuestros territorios, de nuestras regiones y naciones; que comencemos, simultáneamente a la existencia del imperio, a crear una nueva sociedad; porque la muerte del capitalismo no vendrá por sí misma, sino que tendremos que derribarlo

y enterrarlo, y cuanto antes, mejor, para con ello aborrrarle a la humanidad, a las especies vegetales y animales en peligro de extinción, una desaparición segura; para, como culmina su libro el Autor, “lograr que miles de millones de habitantes del planeta alcancen el humano derecho a vivir como seres humanos”.

LA HABANA-BRUSELAS

SEPTIEMBRE DE 2007

I

LA COMPLEJA MUERTE DEL NEOLIBERALISMO²

Es verdad establecida que la oleada neoliberal ha sido la más intensa ofensiva política, económica e ideológica lanzada por el imperialismo en el siglo XX.

Desde los pasos iniciales dados por los *Chicago boys* en el Chile de Pinochet, hasta el momento actual en que debatimos acerca de la crisis del neoliberalismo y nos preguntamos si esta crisis es la que marca su muerte, si en efecto se trata de la definitiva agonía de este complejo fenómeno, ha corrido mucho agua bajo los puentes y hemos tenido en la izquierda no pocas sorpresas y algunos errores en su interpretación.

No sería exagerado decir que las tres últimas décadas de la historia mundial han tenido en el neoliberalismo uno de sus ingredientes fundamentales. Esto es válido en especial para América Latina, que se convirtió en el escenario pionero y el más destacado en la aplicación dogmática de la terapia de *shock* neoliberal. También es válido para los países desarrollados, para la periferia subdesarrollada en África y Asia, para las llamadas “economías en transición”, que transitan hacia la restauración del capitalismo, e incluso para los “tigres” del sudeste asiático, los que aun siendo ejemplo que niega el dogma neoliberal de política económica, no pudieron evitar que ese dogma aplicado por el Fondo Monetario Internacional los arrastrara a la más grave crisis de su historia como tigres.

En casi todo el mundo y con las variantes y particularidades propias de cada país, el neoliberalismo ha sido eje de aplicación de políticas y de un debate que durante los años de apogeo del “pensamiento único” no fue más que monólogo para ensalzar la única política posible, y pequeña discusión sobre los modos operativos de aplicarla.

En esos años el pensamiento crítico de la izquierda se reponía apenas de la conmoción cerebral provocada por el derrumbe del “socialismo real” y la arrogancia del manifiesto que —expresando el espíritu de esos años— proclamó el fin de la historia y, al hacerlo, borró la existencia del pensamiento de izquierda y lo declaró muerto para siempre.

² Ponencia presentada al Congreso de CLACSO, Río de Janeiro, agosto de 2006.

Ahora el debate se anima o, en verdad, se establece cuando el neoliberalismo ha seguido su ciclo vital de nacimiento, crecimiento y decadencia, y nos preguntamos si la decadencia actual lo conducirá a la sepultura. Cuando el pensamiento de izquierda de nuevo cobra fuerza al plantearse retos como el sentido y las formas organizativas del movimiento del Foro Social Mundial, la fisonomía y composición de una nueva izquierda latinoamericana, el camino hacia una verdadera integración regional basada en la cooperación y la solidaridad, el avance hacia el socialismo del siglo XXI y cuando palabras que fueron satanizadas, borradas o vaciadas de contenido, como *imperialismo*, *clases sociales*, *explotación*, *socialismo*, u otras, vuelven a aparecer y van recuperando el lugar que les fue arrebatado.

En este nuevo ambiente de reflujo de la oleada neoliberal y creciente rebelión contra ella en América Latina, el debate sobre la crisis del neoliberalismo es no solo pertinente, sino imprescindible para entender lo que ocurrió en las últimas tres décadas y, aun más importante, lo que podrá ocurrir hacia adelante.

Pero al examinar la crisis del neoliberalismo es necesario tener en cuenta qué es lo que está en crisis, lo que equivale a recordar qué es el neoliberalismo, y comprobar la extensión de tal crisis, de su profundidad y características, así como indagar en los avatares históricos del liberalismo que dan cuenta de su capacidad vital fuera de lo común para adaptarse a cambiantes circunstancias e incluso mutar y reaparecer.

UN POCO DE HISTORIA

La publicación en 1944 del libro de Friedrich von Hayek *The Road to Serfdom* (El camino hacia la servidumbre) señala el manifiesto fundacional del neoliberalismo, que surge como una secta pequeña de escasa influencia y acorralada por lo que llamaban “el intervencionismo”, que era entonces ampliamente dominante en teoría y en política.

Esta corriente nació caracterizada por una crítica feroz a toda interferencia del Estado en el libre y perfecto funcionamiento del mercado, en su automatismo capaz de autorregularse, y tuvo su blanco predilecto entonces en lo que veían como el terrible peligro “socialista” representado por el Partido Laborista inglés, al que creían capaz de provocar un desastre similar al que en fecha reciente había ocasionado el régimen nazi en Alemania. Laboristas y nazis eran vistos ambos como portadores de la terrible amenaza del intervencionismo.³

El manifiesto fundacional encontró adeptos y tuvo lugar de reunión en Mont Pelerin (Suiza) en 1947, donde fue creada la Sociedad de Mont Pelerin, con la asistencia de una

³ Perry Anderson: “Historia y lecciones de neoliberalismo”, en Francois Houtart y Francois Polet: “El otro Davos”, *Globalización de resistencias y de luchas*, Plaza y Janés, Bogotá, 2002.

constelación de representantes de una derecha ideológica apasionadamente partidaria de un capitalismo “puro y duro”, sin suavizadores sociales, y que veía a la socialdemocracia casi tan peligrosa y equivocada como el averno socialista de la Unión Soviética.⁴

Esta pequeña secta neoliberal surgió en las más adversas condiciones para su prédica, pero lo que interesa subrayar aquí es su pertenencia y su continuidad en una nueva coyuntura histórica, con la gran matriz de pensamiento liberal que en los siglos XVII, XVIII, y XIX presentó batalla al feudalismo en Europa y estuvo ligada al surgimiento del capitalismo como pensamiento de la Ilustración, de las luces, frente al absolutismo y la escolástica feudal.

El neoliberalismo es más liberalismo que “neo”, por cuanto lo que este prefijo denota no es más que la aplicación en las condiciones históricas de la segunda posguerra, del añejo cuerpo de doctrina liberal. En él se incorporan las técnicas econométricas modernas,⁵ la jerga característica del mercado financiero globalizado y los programas de ajuste del Fondo Monetario Internacional, pero el pensamiento esencial es aquel que tiene en Adam Smith su exponente más relevante: el sistema capitalista como “orden natural” y mecanismo perfecto de relojería dotado de un corazón autorregulable y perfecto (el mercado) en tanto ninguna fuerza extraña interfiera en su esencial equilibrio, la propiedad privada coincidente con la “naturaleza humana” y el interés particular coincidente con el interés general, el Estado como mero guardián encargado de “producir seguridad” y estrictamente alejado de la actividad económica privada.

LA EXTRAORDINARIA VITALIDAD DEL LIBERALISMO

Ese añejo cuerpo de doctrina liberal ha sido capaz de atravesar (a partir de Smith) más de dos siglos de evolución del capitalismo y del pensamiento, en una extraordinaria demostración de vitalidad, que no implica demostración de acierto en tanto instrumento analítico para entender el capitalismo y su dinámica de movimiento, pero destaca su fuerza para subsistir, para adaptarse a cambiantes condiciones, incluso las más adversas.

⁴ Participaron en la reunión de Mont Pelerin, además de von Hayek, Milton Friedman, Ludwig von Mises, Maurice Allais, Walter Lippman, Salvador de Madariaga, Michael Polanyi, Karl Popper, William Rampard, Wilhelm Ropke y Lionel Robbins.

⁵ Entre otros: teoría de la selección de carteras de Harry Markowitz, modelo de valoración de opciones de Fischer Black y Myron Scholes, hipótesis de los mercados eficientes de Eugene Fama, fijación de precios de los activos financieros de William Sharpe y Robert Merton, modelos de control del riesgo, etcétera.

En efecto, la teoría liberal describe una trayectoria que va desde los absolutos del capitalismo convertidos en punto de partida, hasta la argumentación de su preservación y eternidad.

Como expresa Mészáros, la teoría liberal funciona dentro del marco de un conjunto de supuestos ideológicos como sus puntos de referencia permanentes, y produce la apariencia de estarse moviendo hacia un final siempre incuestionable por descontado. Así, la “codiciosa naturaleza”, el ineludible conflicto de los individuos personalistas, la milagrosamente benéfica “mano invisible” y la igualmente milagrosa “maximización de los beneficios individuales”, el conjunto de relaciones sociales ordenadas jerárquicamente en la “sociedad civil” y el estado político correspondiente, son los parámetros absolutos cuya continuidad constituye el objetivo central de la teoría de la transición liberal, estructuralmente apologética.⁶

Lo apologético de la teoría liberal es evidente, si tenemos en cuenta el largo trayecto histórico que media entre la “mano invisible” de Adam Smith, esencialmente errónea, pero colocada en el arranque progresista de la sociedad burguesa frente a las estructuras feudales, y la apología franca y abierta de Friedman o cualquier vocero del Instituto Cato en las condiciones del capitalismo de la globalización neoliberal en los inicios del siglo XXI.

Pero no es lo apologético del liberalismo lo que interesa aquí, sino las razones de su vitalidad asombrosa, que le permitió nacer presentando batalla y derrotando al mercantilismo que expresaba las ideas e intereses del capital comercial, aún no capitalista en tanto modo de producción dominante, que le permitió dominar el horizonte de la teoría y la política desde mediados del siglo XIX hasta la gran crisis de los años treinta del pasado siglo, que la sepultó al parecer para siempre, y que le permitió reaparecer como ave fénix emergida de sus cenizas con los gobiernos de Margaret Thatcher y Ronald Reagan, para volver a tomar el mando de la teoría y la política económica en un nuevo y sorprendente ciclo.

En ese largo periplo histórico el liberalismo fue capaz de sortear al menos dos formidables obstáculos que parecieron capaces de provocar su ruina y desaparición, pero que fueron asimilados, procesados dentro del cuerpo de doctrina con artificios teóricos que no pudieron ocultar, ante ojos críticos, la manipulación y las contradicciones no resueltas, pero que resultaron eficaces para mantener viva la teoría aunque la terca realidad la negara.

Uno de esos obstáculos de fuerte calibre fue la transformación del capitalismo premonopolista en el capitalismo de los grandes consorcios monopolistas.

⁶ István Mészáros: *Más allá del capital*, Vadell Hermanos Editores, Caracas 2001, p. 493.

Para el liberalismo económico, surgido en la atmósfera intelectual y práctica de la “mano invisible”, de la competencia llamada libre entre productores de similar tamaño en cuanto a información sobre el mercado, posibilidades financieras y tecnológicas, donde la publicidad comercial apenas se insinuaba, fue un serio reto mantenerse vivo cuando ese mundo de pequeños capitales protagonistas de una competencia que se calificó como perfecta fue barrido por el surgimiento de los monopolios.

No fue de pequeña monta el reto planteado, porque esa competencia entre capitales de similar tamaño, a ese juego limpio entre fuerzas equilibradas, se le atribuyeron las mejores virtudes del sistema, tales como la capacidad para generar incesante desarrollo, la innovación, las oportunidades abiertas para todos los que por su destreza, ahorro y tenacidad pudieran abrirse paso en aquel mercado donde no había enfrentamientos entre David y Goliat.

No sin traumas y convulsiones, el liberalismo, si bien no logró articular piezas que eran incompatibles, logró pegar lo suficiente las piezas del mecanismo descompuesto, para que su vida como teoría y política continuara.

Así, la competencia libre fue sustituida por la teoría de la competencia imperfecta u oligopólica y el liberalismo logró llegar hasta 1929, vísperas del estallido de la gran crisis económica, con el expediente asombroso de haber reinado sobre la teoría y la política económica de una realidad capitalista premonopolista y también de su negación.

La otra prueba de vitalidad de este cuerpo de doctrina fue la Gran Depresión de los años treinta.

Respecto a las crisis económicas que desde su nacimiento acompañaron al capitalismo, el liberalismo no había podido plantear una explicación satisfactoria y, menos aún, una política efectiva para evitarlas. Ni Jevons ni Marshall pudieron conciliar la tradición liberal con la realidad incontrolable de crisis económicas que se sucedían periódicamente.

En el horizonte de la “mano invisible”, del automatismo de autorregulación del mercado, de la “ley de Say”, las crisis económicas eran sucesos inexplicables, sin duda “externos” al equilibrio sustancial del sistema, y la única razón válida dentro de ese horizonte para explicar esos sucesos repetidos fue considerarlos una anomalía, una interferencia de un agente extraño en el perfecto mecanismo, una intervención del Estado, que alteraba el equilibrio inmanente del mercado.

El estallido de la gran crisis económica en 1929 fue tan conmocionante para el capitalismo que hizo sentir al sistema la necesidad perentoria de evitar otro colapso semejante, porque podría ser el último. La profundidad y extensión de la crisis, la enorme

destrucción de riqueza, el desempleo alarmante, pusieron de relieve con mayor fuerza que nunca, la incapacidad del liberalismo para explicar las crisis y para evitarlas. La crisis encontró al liberalismo desarmado y le propinó un formidable golpe.

En términos de política económica el liberalismo de los presidentes Coolidge y Hoover no hizo más que echar leña al fuego de la crisis, mientras que uno de los más relevantes exponentes de la sabiduría convencional de entonces, Stanley Fischer, quedaría sumido en el ridículo por sus optimistas pronósticos emitidos apenas unos días antes de que la Bolsa de Nueva York se derrumbara.

Bajos los escombros de la Bolsa de Nueva York y de la sabiduría económica convencional llevada al ridículo por los pronósticos de Fischer, pareció sepultado para siempre el liberalismo.

Ahora sí que la muerte parecía cierta porque no solo había ocurrido una conmoción en la economía real, que el liberalismo había sido incapaz de entender o resolver, sino que entraba en escena una nueva teoría y política económica que convertía al Satanás de los liberales –la intervención del Estado en la economía– en la terapia curativa y preventiva frente a las crisis y proclamaba que el sistema, lejos de ser autoajutable y equilibrado *per se*, necesitaba de la regulación para poder vivir.

Con el keynesianismo triunfante, con la Gran Depresión dejada atrás –aunque es discutible hasta qué punto la salida de la crisis se debió a la política keynesiana o al agotamiento de la destrucción que ocurre en cada crisis, o al estallido de la Segunda Guerra Mundial y su inyección de gasto militar– y con la vigorosa onda larga expansiva que el sistema experimenta entre 1945 y 1973, el liberalismo no tuvo otra posibilidad que convertirse en una pequeña secta que en abrumadora minoría y nadando contra la corriente mantenía su prédica.⁷

⁷ Un ejemplo del ambiente de pequeña secta predicadora de esos años puede encontrarse en la visita que Ludwig Von Mises –uno de los sacerdotes del templo neoliberal– hizo a Buenos Aires en 1958 para impartir seis conferencias como invitado del Centro de Estudios sobre la Libertad. Estas conferencias fueron publicadas en forma de libro en idioma inglés en 1979 y en idioma español en 1993 –en plena euforia neoliberal menemista– por Librería El Ateneo editorial, en edición coauspiciada por el mencionado Centro.

Utilizando un lenguaje para no expertos, en forma similar a lo que Friedman hace, esto es, poniendo en clave “popular” un pensamiento económico que Marx calificó como “vulgar”, Von Mises inició su primera conferencia con esta académica introducción: “Los términos descriptivos que se utilizan comúnmente suelen ser bastante engañosos. Al referirse, por ejemplo, a los modernos capitanes de la industria o a los líderes de las grandes empresas, la gente habla del rey del chocolate o del rey del algodón o del rey del automóvil. El empleo de esta terminología implica que no ven prácticamente ninguna diferencia entre los modernos capitanes de la industria y esos reyes, duques o señores feudales de tiempos pasados. Pero en realidad la diferencia es muy grande, porque un rey del chocolate no gobierna en absoluto: ¡SIRVE! Este rey debe conservar el favor de sus súbditos, los consumidores; y perderá su reino en cuanto no esté en condiciones de brindar a sus clientes un mejor servicio y de proporcionárselo a un precio mejor que otros con los que tiene que competir”. Y más adelante insiste en forma abreviada: “El

Un ejemplo de vitalidad del liberalismo, a pesar de reñir con la historia, es esa pieza clásica del elegante formalismo liberal: la teoría de las ventajas comparativas como supuesta explicación del comercio internacional de la que deben extraerse conclusiones sobre la conveniencia de una u otra conducta para un país, a tal extremo de determinar la especialización productiva del país y su posición en el comercio mundial.

Esa enorme vitalidad abarca desde 1817, cuando David Ricardo publicó sus *Principios de Economía Política*,⁸ hasta el momento actual cuando la filosofía del libre comercio aparece como pieza estelar de la propuesta básica norteamericana para reestructurar la economía mundial y en particular la de América Latina, con el ALCA y los Tratados de Libre Comercio, y cuando las rondas de liberalización comercial en la OMC extienden su acción más allá del comercio, hasta constituir un paquete integrado de comercio de bienes, inversión de capital, normas de propiedad intelectual, comercio de servicios y otros componentes que integran la camisa de fuerza neoliberal de nuestros días.

En ese largo camino de casi dos siglos, el libre comercio, no obstante los numerosos adornos técnico-matemáticos que ha incorporado, ha conservado sus características básicas: todos los países que participen siguiendo las normas del comercio libre obtendrán ganancias (solo habrá ganadores, nunca perdedores), siempre que se elimine toda barrera arancelaria o de cualquier tipo que impida el libre movimiento de las mercancías.

A partir de ese enunciado se estructuró una norma de especialización para los países, según las ventajas comparativas y una guerra santa contra el proteccionismo erróneo y malévolo, la cual hoy está presente en el discurso oficial del G-7 y de sus agencias de representación: la OMC, el FMI, el Banco Mundial, y de todos los neoliberales fervientes partidarios del “libre comercio”.

Esto ocurre a contracorriente de la historia real, la cual muestra sin lugar a dudas que libre comercio y proteccionismo no son la expresión en un caso de la razón y en el otro de la sin razón, sino el resultado de la correlación de fuerzas económicas y políticas según el estado de la economía de cada país en situaciones históricas concretas o, lo que es lo mismo, que no hay ninguna razón suprema o ley natural, que haga superior el libre comercio frente al proteccionismo o viceversa, sino que todo depende de qué tipo de política sea conveniente para el país y para los intereses de sus clases dominantes.

Aproximadamente en las primeras seis décadas del siglo XIX la política económica de los países en cuanto al comercio exterior se enmarcaba en dos posiciones básicas: una era la

desarrollo del capitalismo consiste en que todos tienen derecho de servir al cliente de un modo mejor y/o más barato”.

⁸ David Ricardo: *Principios de Economía Política*, Fondo de Cultura Económica, México, 1959.

política del libre cambio –que se practicaba solo por Inglaterra– y la otra era el proteccionismo –que se practicaba en el resto del mundo, incluso en los Estados Unidos.⁹

Inglaterra emergió del siglo XVIII con la industria más desarrollada del mundo de entonces. Las industrias textil, minera y metalúrgica dependían del mercado de exportación y no tenían competidores capaces de hacerle frente. Necesitaban materias primas baratas y barata fuerza de trabajo, pero los intereses agrarios terratenientes estorbaban estos objetivos porque disfrutaban de tarifas y subsidios que protegían sus intereses.

Las tarifas servían para restringir la importación de grano extranjero cuando la cosecha inglesa era pobre y los precios altos, y subsidios para reducir la oferta interna y mantener el precio alto cuando la cosecha era buena. La industria necesitaba que se importaran productos agrícolas baratos, pues el precio del grano era el más importante componente del precio de la fuerza de trabajo, la cual aumentaba su número y se concentraba en centros industriales.

Ese choque de industriales librecambistas y terratenientes proteccionistas animó el debate sobre las Leyes Cerealeras y culminó con la victoria de los industriales y la derogación de esas leyes en 1846.

No fue la victoria de la “razón pura” del libre comercio frente al proteccionismo errado, sino el triunfo de los intereses de los industriales que llegaron a determinar el conjunto de la política económica inglesa.

En los Estados Unidos el tema se desarrolló de forma diferente. Allí la industria en los estados del norte era incipiente e incapaz de competir con las manufacturas inglesas. En cambio, la agricultura esclavista del sur dependía de sus exportaciones, en particular de las del algodón, y querían comprar productos industriales más baratos que los producidos en el norte. Aquí los industriales eran proteccionistas y los terratenientes esclavistas eran librecambistas.

El conflicto de intereses se resolvió con la victoria del norte en la guerra civil, de modo que el proteccionismo de sus industrias nacientes, que se adoptaría como política nacional de los Estados Unidos, fue implantado a sangre y fuego.

Por su parte Alemania aplicó las ideas proteccionistas de su economista Friedrich List, sin prestar atención a los clamores librecambistas ingleses, y logró sentar las bases de su desarrollo industrial.¹⁰

El libre comercio jamás ha sido una regla absoluta e incluso nunca ha existido en forma pura. Salvo prácticas nacionales como las de Inglaterra en el período mencionado, el real

⁹ Paul Sweezy: *Teoría del desarrollo capitalista*, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1970.

¹⁰ Friedrich List: *Sistema Nacional de Economía Política*, Fondo de Cultura Económica, México, 1942.

comercio internacional ha sido siempre una mezcla de proteccionismos de diferente intensidad, que se aplican en dependencia del grado de desarrollo, de la capacidad competitiva, de las posiciones de fuerza, en suma, de los intereses de países concretos en momentos concretos y que, por lo general, se refieren a sectores específicos dentro de una economía nacional, con situaciones diferentes en cuanto a “libre comercio” o protección.

El carácter relativo y coyuntural que tiene en la realidad el falso dilema de hierro que nos presenta hoy la propaganda del “libre comercio” –al reclamar la total apertura de las economías subdesarrolladas como único camino ante las perniciosas prácticas proteccionistas– fue expresado con claridad por Ulysses Grant, héroe de la Guerra de Secesión y después presidente de los Estados Unidos, quien probablemente nunca leyó a Smith ni a List, pero entendía perfectamente el problema cuando dijo: “dentro de 200 años, cuando América haya obtenido del proteccionismo todo lo que pueda ofrecer, también adoptará el libre comercio”.¹¹

No tuvieron que esperar 200 años, sino mucho menos, para comenzar a imponer las bondades del libre comercio, aunque conservando una rígida protección para la agricultura norteamericana, que no les impide presentarse como los heraldos del discurso librecambista.

En la óptica liberal de Smith y Ricardo, los Estados Unidos debían basar su desarrollo en la agricultura e ignorar las manufacturas industriales para aprovechar su ventaja agrícola, mientras importaban productos industriales ingleses. Por suerte para el desarrollo de ese país, personajes como Abraham Lincoln hicieron todo lo contrario y podrían ser hoy calificados como proteccionistas contumaces porque pusieron al gobierno a jugar un papel activo en modificar la ventaja comparativa estática y crear otras ventajas que hicieron a los Estados Unidos abandonar el papel de país agrícola al que el liberalismo lo había destinado.

Sin embargo, como prueba de la mencionada vitalidad del liberalismo, continúan los encendidos alegatos a favor del libre comercio para todos y desde ahora mismo, a pesar de que la realidad muestra a las claras que el libre comercio ni es libre actualmente ni lo ha sido nunca, y que buena parte del comercio internacional ya no es siquiera comercio, en tanto la concepción de este que se estudia en cualquier texto de economía es aquella que

¹¹ Citado por Shang Ha-Joon en *Kicking Away the Ladder, Development Strategy in Historical Perspective*, Anthem Press, Londres, 2001. Véase también Shang Ha-Joon: “De la historia del mundo desarrollado, la verdadera lección para los países subdesarrollados: la libertad de elegir”, RMALC, <http://www.rmalc.org.mx>.

supone un movimiento de mercancías mediado por el dinero, en el que las mercancías cambian de propietarios.¹²

Sin embargo, se estima que 2/3 del comercio mundial actual no es más que “comercio intrafirma”, es decir, intercambios al interior de las cadenas de empresas transnacionales, que aprovechando la movilidad planetaria del capital, se “compran” y se “venden” a sí mismas en una caricatura de comercio internacional que tiene como objetivo evadir impuestos, transferir ganancias, pero que aparece en las estadísticas oficiales como exportaciones de países del Sur y sirven para ilustrar supuestos éxitos exportadores.

El liberalismo y su retoño contemporáneo, el neoliberalismo, han probado ser resistentes en alto grado frente a desarrollos internos del propio capitalismo, que tornaron el escenario en lo contrario de aquel donde el liberalismo nació (paso del capitalismo premonopolista al imperialismo), frente al fracaso estruendoso que para el liberalismo significó la Gran Depresión de los años treinta y frente al desafío del curso real del sistema, el cual opera en sentido bien diferente al del libre comercio ideal de la teoría y el discurso.

LAS RAZONES DE LA VITALIDAD DEL LIBERALISMO

¿Cómo explicar esta vitalidad, que parece tener siete vidas como los enigmáticos gatos?

No existe para esto una razón única, sino una combinación de factores, algunos de los cuales están presentes desde el arranque histórico del liberalismo y otros –los más cercanos en el tiempo– se refieren al liberalismo resucitado con el nombre de neoliberalismo y su rápido ascenso a partir de los años de Thatcher y Reagan.

Habría que señalar el abolengo histórico del liberalismo que no es solo Economía Política o pensamiento económico, sino mucho más que eso; una filosofía abarcadora de una concepción del mundo, de nuevos valores, de ilustración y luces frente a la escolástica y el oscurantismo medieval.

Es el pensamiento expresivo de la ideología de la burguesía en ascenso, con la interpretación del mundo modelado a su imagen, el mundo que “debía ser”, según el paradigma ideal construido por ella.¹³

¹² Osvaldo Martínez: “Zorro libre entre gallinas libres”, en *Temas de Economía Mundial*, no. 7, Centro de Investigaciones de la Economía Mundial, La Habana, 2005.

¹³ Paul M. Sweezy: “Hacia una crítica radical de la economía”, en *Paradigmas radicales en economía*, Anagrama, Barcelona, 1977.

El liberalismo con su paradigma subyacente del *deber ser* pretende que la realidad sea modelada según su utopía ideal. De ahí que la armonía, el equilibrio general, el automatismo del mercado perfecto, la coincidencia entre el interés particular y el interés colectivo, el comportamiento homogéneo de sujetos económicos “racionales” en los que se borran diferencias de riqueza, de clase, de raza, de cultura, respondan a esa ideal construcción del deber ser.

Hobbes, Locke, Rousseau, crearon la base filosófica general, el paradigma del que Adam Smith, David Ricardo, John Stuart Mill, y otros economistas, tomaron lo determinante para fundar el liberalismo económico, del que resultaría la formalización de cómo debía ser la economía capitalista, antes que la explicación de cómo era en la realidad.¹⁴

A lo anterior hay que agregar la exquisita lógica formal de que hace gala el liberalismo, a tal extremo, que si se aceptan los supuestos que subyacen bajo la lógica y sobre esos supuestos se deja mover el vapor del pensamiento abstracto y la sucesión lógica de razonamientos, no es difícil caer víctima de la elegancia y el rigor formal.

Sea la teoría de las ventajas comparativas con sus supuestos irreales, sea el marginalismo y los modelos de equilibrio general, sean las funciones de producción, la “elección racional” o los muchos modelos matemáticos sobre los sucesos del mercado financiero globalizado y de las bolsas de valores, todo el cuerpo de pensamiento liberal y neoliberal está construido mediante una lógica elegante y de fuerte atractivo intelectual.

Ella tiene como base de sustentación unos supuestos o premisas irreales y antihistóricos que son los determinantes de las conclusiones de llegada, pero que de ser aceptados y a seguidas entrar en el circuito de excelencia formal, actúan como una trampa capaz de narcotizar mentes.

Por supuesto que este narcótico es capaz de obnubilar a algunos que se asomen objetivamente a su estudio, y es también mucho más capaz de ofrecer una elegante lógica formal para los que prefieren al capitalismo como debía ser y no como es.

A esta elegante lógica formal la realzan en alto grado las técnicas e instrumentos analíticos de que se ha dotado en abundancia el neoliberalismo.

La aplicación de técnicas matemático-estadísticas de indudable precisión en sí mismas, pero aplicadas a partir de aquellos supuestos ortodoxos viciados, han contribuido a vestir con un ropaje de precisión y científicismo matemático al liberalismo, lo que ha producido en no pocos lectores una impresión de rigor y modernidad que crea una confusión entre la

¹⁴ Franz J. Hinkelammert y Ulrich Duchrow: *La vida o el capital*, DEI, San José, 2003.

excelencia del instrumento y la debilidad de la base conceptual en la que este se asienta. El resultado es hacer aparecer añejas trivialidades como brillantes demostraciones científicas avaladas por la objetividad.

Uno de los economistas marxistas que ha aplicado el análisis matemático moderno a la Economía Política ha sido Anwar Shaikh. Se refiere así al tema de las técnicas de análisis:

Pero estas herramientas nunca vienen libres de contenido: sin excepción, han sido desarrolladas en el marco conceptual de un sistema de conceptos ortodoxos y, a menos que sean concienzudamente examinadas con relación a sus premisas ocultas, estas premisas pasan de contrabando inmersas en las técnicas mismas. La teoría ortodoxa tiende a presentarse tan solo como una serie de aplicaciones de un conjunto de herramientas objetivas y neutrales. En ningún otro campo esto es más cierto que en la economía matemática. Sobre todo porque este campo tiene sus raíces en las formulaciones algebraicas de las cuestiones económicas ortodoxas, cuestiones que, a su vez, contienen como premisas una serie de conceptos que las generan (conceptos tales como equilibrio, competencia perfecta, reducción teórica de la ganancia a simples intereses, etc.). En este terreno la precisión del álgebra está completamente mezclada con la estupidez de la economía ortodoxa, y la mezcla resultante nunca puede ser más rigurosa que la debilidad de los elementos. Una cuestión trivial planteada de manera precisa permanece, después de todo, precisamente trivial.¹⁵

LA FELIZ UNIÓN ENTRE NEOLIBERALISMO Y FINANCIERIZACIÓN

La elegante lógica formal y la excelencia de las técnicas utilizadas explican en parte la vitalidad del liberalismo, pero existe otra fuerte razón que se aplica a la etapa de la globalización neoliberal y consiste en que el neoliberalismo es la teoría y la política que sintetiza los intereses de la fracción dominante del capital transnacional: la oligarquía financiera protagonista de la financierización de la economía mundial e impulsora y beneficiaria de la gigantesca escalada especulativa ocurrida en las últimas tres décadas en exacta correspondencia en el tiempo con la escalada del neoliberalismo al estrellato.

Para esta fracción financiera-especulativa el neoliberalismo es como el oxígeno para respirar.

Interesada en los rápidos movimientos especulativos de escala planetaria, le resultan excelentes la desregulación, la apertura total, el libre comercio, el libre movimiento del

¹⁵ Anwar Shaikh: *Valor, acumulación y crisis*, Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1990, pp. 330-331.

capital transnacional, las tasas de cambio flotantes, los salarios reales deprimidos, el alto desempleo, la privatización a ultranza y todo el repertorio del Consenso de Washington.

Las tendencias hacia la formación del actual mercado financiero globalizado, ese paraíso neoliberal, indican que fue la actuación de aquellas tendencias lo que fue estructurando una realidad que demandaba una política y una teoría que colmaran sus intereses, y la encontraron en la tenaz secta de Mont Pelerin, que había mantenido encendida la llama neoliberal durante los largos años de apogeo del keynesianismo y el Estado de bienestar en los países desarrollados, y de desarrollismo cepalino en América Latina.

No fue entonces la prédica neoliberal la que en su arrancada parió la globalización del mercado financiero y la “economía de casino” –expresión que se ha llegado a acuñar para designar esta desenfrenada especulación financiera alimentada por la desregulación y el aperturismo en tanto expresiones de la oleada neoliberal–, sino que fue el avance objetivo de esa globalización la que encontró disponible en la secta de Mont Pelerin la formalización teórica de sus ambiciones y las recetas prácticas para alcanzarlas. Una vez consumado el matrimonio entre creciente financierización y neoliberalismo, ambos se alimentarían entre sí en feliz unión.

Una rápida mirada a lo sucedido nos obliga a recordar que el sistema de tasas de cambio fijas tenía un claro sentido regulacionista que pretendía evitar la excesiva separación entre la producción y la circulación, manteniendo la especulación bajo control. En el contexto de la reconstrucción de posguerra, el sistema de tasas de cambio fijas logró mantener contenida la especulación al menos hasta la primera mitad de los años sesenta.

La especulación actual tiene su origen en el crecimiento de las inversiones extranjeras directas a escala cada vez más global, en el contexto del avance de la transnacionalización, a partir de la segunda mitad de los años sesenta. Fueron generando un flujo financiero privado que trascendía las fronteras nacionales e iba separándose de los controles oficiales.

Si en 1964 los créditos privados eran solo el 20% de las reservas internacionales, ya en 1970 alcanzaban el 70%.¹⁶ La privatización de las fuentes de crédito chocaba con los controles ejercidos por las autoridades monetarias y, entre otros factores, estuvo en la base de la inestabilidad monetaria que culmina en 1971 con la decisión del gobierno norteamericano de eliminar el sistema de tasas de cambio fijas, decretar la inconvertibilidad del dólar y devaluar dicha moneda. A partir de entonces ocurre una multiplicación de las fuentes y los mecanismos de los flujos financieros privados, sin controles internacionales.

¹⁶ Wim Dierckxsens: *Los límites de un capitalismo sin ciudadanía*, Editorial DEI, San José, 1998.

Ya en 1975 los flujos privados internacionales superaban a las reservas, y en 1980 alcanzaban más del doble de estas. En 1975 todavía la secta de Mont Pelerin permanecía en una relativa penumbra. Ya en 1980 había un gobierno –Margaret Thatcher– que abrazó el neoliberalismo y colocó a la secta en el centro del escenario.

El neoliberalismo ya en marcha reforzó las tendencias señaladas y desarrolló poderosas formas de especulación, ya no solo con la banca privada, sino con las grandes transnacionales, con los fondos institucionales (seguros, pensiones), con los llamados fondos de resguardo (*hedge funds*) y con la especulación cambiaria desatada con el sistema de tasas de cambio flotantes. Como consecuencia ya a mediados de los años noventa la economía financiera manejaba cincuenta veces más dinero que la economía real, y las reservas internacionales se habían hecho insignificantes en comparación con el extraordinario poderío del dinero privado. Las autoridades monetarias ya son incapaces de defender las tasas de cambio frente al poder del mercado sin regulación y la especulación dominante. En 1975 la compra-venta de monedas extranjeras para pagos por adquisición de bienes o servicios reales representaba el 80% del total de monedas extranjeras transadas, y el otro 20% lo representaba la especulación cambiaria que tradicionalmente era parte minoritaria en el comercio de divisas.

Dos décadas después todo había cambiado: entonces el 97,5% del total del comercio de divisas se hacía con fines especulativos y solo el 2,5% representaba transacciones reales en bienes y servicios. La burbuja financiera alimentada por la especulación se transformó de socia menor en dueña aplastante del escenario, de tal modo que la economía especulativa en manos de la oligarquía financiera neoliberal dicta las tendencias por encima y en desmedro de la economía real.

El neoliberalismo alcanzó su predominio como formalización teórica de las tendencias globalizadoras financieras que el capitalismo desarrolló en la segunda posguerra, pero también fue el instrumento apropiado para atacar al Estado de Bienestar, reducir los salarios reales, debilitar los sindicatos, disciplinar a los asalariados en una nueva ley de hierro del salario, en suma, para elevar la tasa de ganancia del capital mediante un capitalismo duro, carente de suavizadores sociales y dispuesto a ir hasta el final en pos del lucro.

La asombrosa capacidad del liberalismo para subsistir no significa que su vida haya sido de éxitos. En realidad, el desempeño del neoliberalismo en este, su ciclo de predominio, fue acertadamente calificado por Atilio Boron como un fracaso económico, una catástrofe social y, paradójicamente, un notable éxito ideológico-político.

Su fracaso económico y social es inocultable, tanto en los países desarrollados como en los subdesarrollados y en las llamadas “economías en transición”.

Veamos en una rápida ojeada lo que ocurrió desde los años ochenta con la aplicación del neoliberalismo allí donde este impuso su ley.

RESULTADOS DEL NEOLIBERALISMO EN PAÍSES DESARROLLADOS

En el mundo capitalista desarrollado el balance neoliberal de los años ochenta se anotó éxitos evidentes en temas que hacen parte de la lógica neoliberal: detener la inflación, recuperar la tasa de ganancia, hacer crecer el desempleo para abatir los salarios, elevar la desigualdad social para recompensar mejor a los triunfadores en el mercado.¹⁷

Pero estos éxitos tendrían valor completo solo si se hubiera alcanzado el objetivo estratégico sistémico, esto es, lograr la reanimación del capitalismo desarrollado mediante alto y estable crecimiento económico, como había ocurrido antes de la crisis 1974-1975.

En los Estados Unidos en los años de la mezcla reaganiana de monetarismo y “*supply side economics*” (1981-1988) el crecimiento del PIB fue de un 3,4%, en los años de Bush padre (1989-1992) fue de un 2%, y en los años de Clinton fue de un 3,7%; todos inferiores al 4,2% del período 1966-1973.¹⁸

En Europa el crecimiento en los años ochenta fue de un 2,3% y en la década de los noventa fue aún más bajo (1,3%).¹⁹

Nada parecido a los elevados crecimientos de la onda larga expansiva de las décadas del cincuenta y sesenta.

Este resultado económico decepcionante se debió al bajo nivel de la inversión productiva, a pesar de la recuperación de la tasa de ganancia. Aquí el neoliberalismo no hizo más que vivir sus contradicciones infranqueables.

Con su ofensiva antilaboral logró aumentar las ganancias del capital en medio de una distribución más regresiva del ingreso. Según el canon doctrinario liberal el ingreso así obtenido debía inducir mayores inversiones. Pero, lo que ocurrió fue que la desregulación y la especulación desatadas crearon condiciones más favorables para la inversión especulativa que para la productiva. Y lo que fue creciendo no fue la economía real, sino la

¹⁷ Perry Anderson: *La trama del neoliberalismo. Mercado, crisis y exclusión social*, CLACSO, Buenos Aires, 2003, en <http://www.clacso.org.ar/biblioteca>.

¹⁸ CEA: *Economic Report of the President*, 2003.

¹⁹ FMI: *World Economic Outlook*, abril de 2005.

superestructura especulativa, el follaje parasitario y peligroso del mercado financiero globalizado.

Europa experimenta hoy un cuasi estancamiento, con la economía alemana, su motor principal, con un crecimiento inferior al 1% en 2005, y alta desocupación y tensiones sociales por la insatisfacción de los habitantes de la parte oriental (antigua RDA). Si bien en Europa las inversiones de capital especulativo se multiplicaron por seis solo entre los años 1995 y 2000,²⁰ en cambio los gastos sociales disminuyeron en la segunda mitad de los años noventa, desde un 26,2% del PIB en 1994 hasta un 23,7% en el año 2000.²¹ En la Unión Europea el desempleo es mayor del 9% y unos 72 millones de personas (16% de la población) se encuentra en la pobreza.

Es en los Estados Unidos, centro del sistema, donde el fracaso económico neoliberal es no solo evidente, sino estrepitoso, y se combina con la incubación de una gran crisis económica.

Desde el gobierno de Reagan hasta el actual, la economía de los Estados Unidos ha recibido el influjo neoliberal, aunque con características estadounidenses. Allí se redujeron impuestos a favor de los ricos –especialmente con Reagan y Bush el pequeño–, se “flexibilizó” el mercado laboral y se adoptaron otras medidas del recetario neoliberal, pero excepto cuando Clinton, los gobiernos no practicaron la disciplina fiscal, justificándose en el gasto militar y en el papel de los Estados Unidos como puño militar de la OTAN.

Esa economía es portadora del potencial estallido de una megacrisis a partir de la expansión acelerada de sus desequilibrios externos.²²

El desbalance comercial era inexistente en los años sesenta, pero ya en 1984 alcanzó 109 000 millones de dólares, en el año 2000 fue de 378 000 millones, y en 2004 llegó a 617 000 millones.

El desbalance fiscal se ha disparado con Bush el pequeño. Fue de 160 000 millones en 2002 y de 412 000 millones en 2004. El recorte de impuestos a las empresas y el aumento de los gastos militares no fue compensado por una reanimación que nunca ha llegado y, entonces, la deuda pública alcanza ocho millones de millones de dólares y forma parte de

²⁰ Comisión de la Unión Europea sobre la aplicación del plan de acción para el capital de riesgo, en <http://europa.eu.int/eur>.

²¹ OECD: Social and Welfare Statistics, 2005.

²² Jorge Beinstein: “Los primeros pasos de la megacrisis”, Argenpress, Buenos Aires, 29-31 de enero de 2006.

una deuda interna total (pública, empresarial y personal) que supera los 37 millones de millones (más de tres veces el PIB de los Estados Unidos).

La economía de los Estados Unidos es ahora muy dependiente de los capitales externos que, actuando como una gran aspiradora, necesita absorber diariamente para sostener su funcionamiento deficitario, consumista, importador y de creciente endeudamiento.

Sin el ingreso diario de entre 2 000 y 3 000 millones de dólares, los consumidores no podrían continuar su carrera consumista, las empresas no podrían mantener sus inversiones y el gobierno no podría balancear los déficits.

Otro punto de alarma en esa economía es la peligrosa burbuja financiera que se ha formado en el sector inmobiliario, después que en 2001 y 2002 estallara ruidosamente otra burbuja en el sector de la informática, que arrastró bajo sus escombros las ilusiones en una “nueva economía” inmune a las crisis y dotada del “*glamour*” digital.

Ahora la burbuja se ha establecido en el más prosaico sector de la propiedad inmobiliaria, alentada por la política de dinero barato aplicada por el gobierno para salir de la caída en 2001, y su diluvio de créditos para viviendas con muy bajo interés. Esa burbuja alcanza un estimado de unos tres millones de millones de dólares de pura espuma financiera que puede esfumarse abruptamente. Esas burbujas son aguas donde el neoliberalismo nada habitualmente, las hace crecer, de ellas obtiene elevadas ganancias, pero nadar allí es algo tan arriesgado como hacerlo entre tiburones blancos o manipular una mina de contacto.

Las expresiones de deterioro social aparecen con más fuerza en los Estados Unidos. La tasa de ahorro nacional se ha situado en torno al 16%, que es menos de 1/3 del promedio de los años noventa y la sexta parte del promedio de los años sesenta y setenta.²³

En 2005 los empleos perdidos fueron casi el doble que en 2001. Hay alrededor de nueve millones de personas en los Estados Unidos que han estado buscando empleo durante veinte semanas, mientras que otros dos millones lo han buscado por más de seis meses. Los que ya no buscan empleo desaparecen de las estadísticas oficiales. Adicionalmente, seis millones de personas tienen empleos precarios y otros 15 millones trabajan a tiempo parcial y sin seguros sociales.²⁴

Sufren hambre crónica y desnutrición en los Estados Unidos 12 millones de personas y en 2004 el número de pobres se elevó a 36 millones; 1,3 millones más que el año anterior,

²³ U.S. Bureau of Economic Analysis, en <http://www.bea.gov>.

²⁴ U.S. Bureau of Labor Statistics, en <http://www.bls.gov>.

de los cuales 13,4 millones estaban muy cerca de la mendicidad. De los 36 millones de pobres, 11,7 millones son menores de 18 años, y 3,4 millones son ancianos.²⁵

En 2004 el salario mínimo real era casi un 30% menor que en 1970, mientras que a pesar de que los Estados Unidos gastan en salud más del 15% de su PIB (1,7 millones de millones de dólares), un total de 45 millones de personas (el 15,6% de la población) no tiene seguro médico.²⁶

Es evidente que bajo el esplendor de la especulación financiera y el vértigo de fortunas fáciles en la Bolsa, la sociedad norteamericana muestra profundas fallas sociales que han crecido en los años de “magia del mercado”.

En ese país hay dos millones de presos en las cárceles y otros cinco millones bajo libertad condicional. Los Estados Unidos tienen el 5% de la población mundial, pero concentra en sus cárceles el 25% de la población mundial encarcelada.

RESULTADOS DEL NEOLIBERALISMO

EN AMÉRICA LATINA

En América Latina el neoliberalismo ha tenido dos oportunidades únicas. Una de ellas se refiere a su aplicación generalizada en casi toda la región –durante años, y con la excepción de Cuba, ha sido la política económica oficial en todos los países latinoamericanos y caribeños–, con rigor doctrinario notable y dominio casi absoluto del debate de ideas en los años de apogeo del “pensamiento único”.

En esta región la mudanza de la generalizada política cepalina de sustitución de importaciones y “desarrollo hacia dentro” fue también general en dirección hacia la política de “inserción en el mercado mundial”, apertura y privatización. La CEPAL plegó sus banderas distintivas e intentó un equilibrio imposible entre la tradición de pensamiento de Raúl Prebisch, Aníbal Pinto, Pedro Vuskovic y el neoliberalismo arrollador; al que dio el nombre de regionalismo abierto, en el cual el regionalismo fue la reverencia a la vieja idea de la integración regional y lo abierto fue la aceptación del núcleo de política neoliberal, que en la práctica cancelaba la posibilidad de la integración regional para abrir el camino de la integración como apéndice subordinado a la economía de los Estados Unidos (ALCA).

La otra gran oportunidad se refiere a que en América Latina y el Caribe el neoliberalismo encontró una vasta región periférica, subdesarrollada –aunque no tanto como África– para

²⁵ U.S. Census Bureau, en <http://www.census.gov>.

²⁶ *Ibidem*.

demostrar su capacidad para generar desarrollo, para establecer de modo definitivo que la salida del subdesarrollo era solo alcanzable dejando al mercado resolverlo todo “de la mejor manera posible” y borrando para siempre cualquier tentación “estatista” o populista.

Ambas oportunidades únicas fueron perdidas.

Comparando el desempeño económico regional de las décadas de los años sesenta y setenta con las décadas neoliberales de los ochenta, noventa y lo transcurrido del presente siglo, la conclusión no resulta difícil de establecer. El neoliberalismo ha quedado por debajo de las políticas que lo precedieron en el terreno de la economía (allí donde el neoliberalismo pareció tener su fortaleza).

Solo en el control de la inflación y del déficit fiscal puede esta política mostrar resultados favorables.

En especial, la guerra contra la inflación –presentada como el villano absoluto– ha logrado reducirla considerablemente, y es aquí donde probablemente se encuentra la razón de la tolerancia e incluso apoyo al ajuste durante largos años. El neoliberalismo supo explotar en su favor la triste memoria de la alta inflación en todos los sectores sociales, y durante años neutralizó sus fracasos en otros indicadores con el éxito en la reducción de la inflación.

Ese éxito puede apreciarse en las siguientes tablas:

INFLACIÓN ENTRE 1950 Y 1979

(promedios anuales por períodos en porcentaje)

1950-1954	1955-1959	1960-1964	1965-1969	1970-1974	1975-1979
13	17	25	19	23	50

FUENTE: CEPAL: *División de desarrollo económico sobre la base de informaciones oficiales proporcionadas por los gobiernos.*

INFLACIÓN ENTRE 1982 Y 2005

(promedios anuales por períodos en porcentaje)

1982	1985	1995	2000	2003	2004	2005
85,6	274,1	25,8	9,0	8,5	7,4	6,3

FUENTES: CEPAL: *Balance preliminar... año 1983*, cuadro no. 5, p. 12.

CEPAL: *Balance preliminar... año 1991*, cuadro no. 5, p. 42.

CEPAL: *Balance preliminar... año 1993*, cuadro no. 5, p. 35.

CEPAL: *Balance preliminar... año 2000*, cuadro A-4.

CEPAL: *Balance preliminar... año 2005*, cuadro A-23.

Pero aquí terminan los éxitos y comienzan los fracasos.

El crecimiento del PIB alcanzó en los cepalinos años sesenta y setenta, promedios regionales de un 5,6 y un 5,9%, muy por encima de las décadas del ochenta y el noventa, e igual ocurrió con el crecimiento del PIB por habitante.

CRECIMIENTO ECONÓMICO

(tasas anuales de variación)

<i>Década de los 60</i>	<i>Década de los 70</i>	<i>Década de los 80</i>	<i>Década de los 90</i>
5,6	5,9	1,0	3,3

FUENTES: CEPAL: *División de Estadísticas sobre la base de informaciones oficiales ofrecidas por los gobiernos*. CEPAL: *Balance preliminar de las economías de América Latina y el Caribe, año 2000*, Santiago de Chile, cuadro A-1, p.85.

CRECIMIENTO DEL PIB PER CÁPITA

(tasas anuales de variación)

<i>Década de los 60</i>	<i>Década de los 70</i>	<i>Década de los 80</i>	<i>Década de los 90</i>
2,8	3,3	-0,9	1,5

FUENTES: CEPAL: *División de Estadísticas...* CEPAL: *Balance preliminar... año 2000*, cuadro A-2, p.86.

En cuanto al desempleo abierto urbano el resultado neoliberal es pésimo, aun con la subvaloración que en las estadísticas oficiales se produce por el arreglo cosmético que a las estadísticas de desempleo hacen los gobiernos, por la forma de registrar al desempleado como solo aquel que busca empleo, y porque esta estadística en América Latina se refiere no más que al desempleo urbano (ignorando el elevado desempleo en zonas rurales) y limitado casi siempre a las más grandes ciudades. Queda fuera de la estadística el enorme espacio del empleo informal, esa otra forma de desempleo.

DESEMPLEO ABIERTO URBANO

(tasas anuales medias)

<i>Década de los 60</i>	<i>Década de los 70</i>	<i>1991</i>	<i>1995</i>	<i>2000</i>
3,8	3,9	5,8	7,5	10,4

FUENTES: CEPAL: *División de Estadísticas...* CEPAL: *Balance preliminar... año 1999*, cuadro A-4, p.92.

La formación de ahorro interno y su participación en el financiamiento de la inversión ha mostrado la tendencia a una menor generación de ahorro interno y una mayor dependencia del financiamiento externo. Si en 1980 el coeficiente del ahorro interno bruto era de 29,2%, en 1999 no superaba el 20%.²⁷

El déficit de la cuenta corriente del balance de pagos, que en las décadas de los cincuenta y los sesenta nunca alcanzó el 1% como porcentaje del PIB, en los años noventa llega a subir por encima de 4%.²⁸

²⁷ CEPAL: *Anuario Estadístico de América Latina y el Caribe*, Santiago de Chile, 1996, pp. 110-111; y *Estudio económico de América Latina y el Caribe 1998-1999*, p. 83.

²⁸ CEPAL: *Balance preliminar de las economías de América Latina y el Caribe 2005*; y Osvaldo Sunkel: *El desarrollo desde dentro*, Fondo de Cultura Económica, México, 1999.

La deuda externa de la región era en 1970 de 27 810 millones de dólares. En 1999 alcanzó los 762 000 millones, pero no fue eso lo más significativo. Solo entre 1986 y 2004 América Latina entregó como servicio de la deuda dos millones de millones setenta y cinco mil millones de dólares.

Pero, incluso en un período menor (1990-2004), el servicio de la deuda equivale a 66 veces la deuda externa total de la región en 1970. Solo los intereses asumidos entre 1990 y 2004 han pagado la deuda total del año 2005 en 2,6 veces.

El tratamiento de la deuda externa regional excede los límites de este trabajo, pero ella ha sido factor clave en la implantación del neoliberalismo. El ajuste fue justificado y provocado para pagar la deuda y ella propició la intervención del FMI y el planteo de idénticos paquetes de política neoliberal para cada país deudor.

Deuda externa y neoliberalismo están amalgamados en la génesis de la invasión neoliberal. No es posible obviar que en el año 2005 había 12 países de América Latina en los que el servicio de la deuda era mayor que el gasto en educación. En otros 13 países era mayor que lo gastado en salud y en seis países el pago a los acreedores excedía el gasto sumado en educación y salud.

El tema de la pobreza y la equidad es la cara más sombría e impresentable del neoliberalismo. Tan inocultable ha sido su fracaso aquí, que en el discurso de entusiastas neoliberales ha sido necesario incorporar el reconocimiento en tono menor de los insatisfactorios resultados en el “combate a la pobreza” y en la distribución del ingreso.

De nuevo en el tema de la pobreza tropezamos con la subvaloración que de ella hacen las estadísticas oficiales, debido al interés por ocultarla y también por la larga y espesa discusión metodológica sobre la forma de medir la pobreza, en la que se incluyen formas que tienden a reducirla por el artificio estadístico.

De cualquier manera, en 1980 el 40,5% de la población latinoamericana vivía en la pobreza; en 1999 había alcanzado el 43,8%, y desde entonces se mantiene en torno al 44% (lo que significa unos 220 millones de personas), aunque existen otros 45 millones que integran el grupo de “no pobres con mayor riesgo de caer en la pobreza” porque sus ingresos superan en no más del 25% los correspondientes a la línea de pobreza.²⁹ Casi 77 millones de latinoamericanos habitan en condiciones de hacinamiento, 165 millones carecen de acceso al agua potable, y 22 millones de jóvenes entre 15 y 24 años no estudian ni trabajan, lo que ofrece un fértil semillero para la delincuencia.

²⁹ CEPAL: Una década de desarrollo social en América Latina. 1996-1999, Santiago de Chile, 2004.

Pero lo peor es la enorme inequidad en la distribución del ingreso, la más regresiva del planeta. En todos los países de la región –excluida Cuba– el 10% más rico se apropia de más del 30% del ingreso, en la mayoría de ellos se apropia del 35% y en Brasil del 45%. El ingreso de este 10% de satisfechos latinoamericanos supera en 19 veces al que recibe en promedio el 40% de los hogares.

Como la polarización del ingreso es tan elevada, el promedio general es engañoso y revela que entre el 66% y el 75% de la población, de acuerdo con el país, obtenía un ingreso por persona inferior al promedio general.

Joseph Stiglitz, buen conocedor de las interioridades de la política neoliberal, por haber sido economista jefe y también vicepresidente del Banco Mundial, lo expresa con claridad:

Las políticas del Consenso de Washington casi no prestaron atención a cuestiones de distribución y equidad. Si eran presionados, muchos de sus partidarios replicarían que la mejor manera de ayudar a los pobres era conseguir que la economía creciera. Creían en la economía de la filtración que afirma que finalmente los beneficios del crecimiento se filtran y llegan incluso a los pobres. La economía de la filtración nunca fue mucho más que una creencia, un artículo de fe.³⁰

HACIA EL POSTLIBERALISMO EN AMÉRICA LATINA

Que el neoliberalismo está en crisis en América Latina no es noticia. A su fracaso económico y a su tragedia social, hay que agregarles la ruptura de la capacidad para dominar la política electoral que le permitió gobernar y legitimarse como democracias neoliberales.

Rebeliones populares en su contra y derrotas electorales revelan la tendencia declinante del neoliberalismo.

Rebeliones populares en Ecuador (1997), Perú (2000), Argentina (2001) y Bolivia (2003) tienen todas un filo antineoliberal y en algunos casos logran derribar gobiernos de probada fidelidad a esa religión (Mahuad, Fujimori, De la Rúa, Sánchez de Lozada, Gutiérrez, etc.).

En procesos electorales obtienen victorias candidatos con discurso contrario a la política neoliberal. El neoliberalismo ha perdido el dominio electoral que disfrutó en las dos últimas décadas del siglo pasado, cuando el “sentido común de la época” encerraba a los electores en un estrechísimo espacio para elegir más de lo mismo.

De esas derrotas electorales del neoliberalismo han surgido resultados dispares.

³⁰ Joseph Stiglitz: *El malestar en la globalización*, Taurus, Buenos Aires, 2002, p. 119.

Surgió Hugo Chávez, en Venezuela, que ha demostrado una elevada capacidad de liderazgo, ha ganado ocho elecciones, incluido un referendo revocatorio, ha derrotado varios intentos golpistas, ha iniciado una Revolución de corte no solo antineoliberal, sino antimperialista, popular, y ha proclamado al socialismo como su objetivo estratégico; ha sacado al socialismo de la gaveta de los objetos perdidos, donde la oleada neoliberal lo había encerrado.

Surgió también Evo Morales, como el primer presidente de procedencia indígena en Bolivia, el país más pobre de la región después de Haití, donde el 63% de la población es indígena. Al frente de una agrupación de movimientos sociales más que de un partido, el gobierno de Evo Morales en apenas tres meses nacionalizó los hidrocarburos y avanzó hacia una Asamblea Constituyente con el propósito de refundar la nación en la que sus mayorías siempre habían sido oprimidas.

Y de procesos electorales victoriosos surgieron Lula, en Brasil, y Tabaré Vázquez, en Uruguay, como presidentes de discurso electoral antineoliberal en tanto candidatos, practicantes de la ortodoxia económica neoliberal como presidentes en ejercicio.

Ya no aseguran la victoria electoral las frases neoliberales insertadas en una masiva y costosa campaña mediática. Por el contrario, esas frases ahora son el riesgo de la derrota, como lo ha comprobado Lourdes Flores y Toledo en Perú y lo temen Vicente Fox en México y los neoliberales en Ecuador.

Si en muchos países el neoliberalismo perdió su anterior dominio ideológico-electoral y en aspectos clave como la aceptación de las privatizaciones, los latinoamericanos se muestran hastiados; entonces, ¿llegó el neoliberalismo a su crisis terminal?, o, por el contrario, ¿sería capaz de detener su crisis y afianzar de nuevo su dominio en otra demostración de la asombrosa vitalidad de esa doctrina?, ¿se puede revertir la victoria ideológico-cultural del neoliberalismo con su funesta mercantilización invasiva de la vida social?

Quizás la primera paradoja es que en el panorama actual donde el neoliberalismo ya no presenta la monolítica solidez de los años ochenta y noventa, sino un retroceso político evidente y varias fracturas, sigue teniendo su mayor fortaleza allí donde mayor ha sido su fracaso, esto es, en la política económica, en las decisiones de manejo de la economía.

Los dogmas del equilibrio fiscal, de la flotación cambiaria, de la apertura externa, del servicio de la deuda, del “libre” comercio y otros, continúan dominando aún después que los votantes hayan elegido un gobierno cuyo discurso criticaba lo mismo que ahora hace.

Pero, tan fuertes como estos dogmas económicos debidos más al FMI y al Consenso de Washington que a una estricta aplicación de las ideas de Hayek, eran hace pocos años ideas como la de las bondades indiscutibles de las privatizaciones, el individualismo a ultranza como filosofía de vida y fórmula de éxito, la aceptación de la mercantilización de servicios sociales y espacios públicos, la creencia de que solo había un único camino y un único pensamiento, el dominio en las ciencias sociales del individualismo y el economicismo.

Y sin embargo, estas ideas hoy encuentran fuertes enemigos en forma de una contraofensiva ideológica en la que los movimientos sociales actúan como la manifestación más visible de esa contraofensiva y los hacedores y divulgadores de un ideario opuesto a los valores neoliberales.

Desde la demostración de fuerza de los movimientos sociales en Seattle han transcurrido apenas siete años, pero en ese corto tiempo la influencia neoliberal ha pasado del dominio aplastante e indisputado, a una batalla de ideas en la que a los neoliberales les resulta cada vez más difícil lidiar.

El movimiento altermundista, con su acelerada multiplicación y su democrática diversidad, se ha convertido en la forma de oposición correspondiente a esta época y, en la práctica, ha asumido el papel de los partidos que se revelaron incapaces de responder a la embestida de la globalización neoliberal. Este movimiento emergido de las bases mismas de las sociedades heridas por el neoliberalismo es el gran enemigo que le ha surgido, con un enorme potencial, no solo crítico, sino transformador.

Cierto es que los movimientos sociales no están exentos de peligros. Tal vez el más evidente hasta ahora es una incapacidad para equilibrar en dosis adecuadas el impulso de la protesta y la democrática diversidad, con la organización y la estructuración mínimas que, sin burocratizarlos, ni extirparles su frescura, hagan del movimiento una formidable fuerza para la transformación del mundo criticado y la construcción del mundo mejor, y eviten encerrarse en una eterna protesta.

El debate acerca de las formas de organización interna en el Foro Social Mundial está en marcha, y no sería de extrañar que desemboque en el desgajamiento de algunas fuerzas reacias a cualquier tipo de organización o mínimo de disciplina; pero el movimiento altermundista es tan amplio y tiene una fuente nutricia tan abundante y constante en las heridas que provoca el capitalismo neoliberal de estos tiempos, que su vida no corre peligro.

Los que creen que el movimiento altermundista está en crisis interna no comprenden que se trata de una crisis de maduración a la cual se llega como resultado del crecimiento y

que no es más crisis que la ocurrida en el paso de la adolescencia a la fase adulta, con el abandono de patrones de conducta y la adaptación a una nueva condición.

Por el contrario, los movimientos sociales han dado pruebas de su fortaleza para enfrentar no solo el neoliberalismo en el terreno ideológico-cultural en condiciones de relativa normalidad político-institucional, sino incluso cuando después de Seattle y, aún más, después del 11 de septiembre de 2001, el neoliberalismo cambió su faz de debate con apariencia democrática, para pasar agresivamente a la criminalización de la protesta social y la militarización de la política, con el gran garrote enarbolado contra todos los que no se alinearan en apoyo de la “guerra preventiva”.

La ofensiva represiva e intimidatoria impactó a los movimientos sociales en los meses inmediatos después del *11 de septiembre*, y disminuyó entonces su actividad, pero recuperaron con rapidez su combatividad y crecimiento, y demostraron que no son hijos de una transitoria coyuntura, sino el resultado estructural de un estado de la sociedad en el que crecientes números de personas son rechazadas y acorraladas por el sistema.

Pero, si en los planos político, ideológico y cultural el pensamiento único se resquebraja y aparece un pensamiento alternativo, aquel primero sigue ejerciendo un dominio tenaz en la economía. La razón de esto la ha expresado Perry Anderson en forma terminante: “esto quiere decir que hoy apenas una teoría se presenta como proposición intelectual efectiva para el ordenamiento de la economía capitalista moderna: el neoliberalismo”.³¹

Después de ser derrotados el keynesianismo, en tanto teoría dentro de los límites del capitalismo, y el socialismo “real”, como intento de desbordar esos límites, el neoliberalismo continúa dictando los términos del pensamiento económico y de la política que moldea la operación diaria de las economías, así como sus proyecciones de futuro. En la consolidación de su dominio en el campo económico, el neoliberalismo ha caminado un largo trecho y ha construido el escenario más favorable para su actuación. Ha debilitado el Estado-nación y especialmente ha debilitado su capacidad de desregulación y de intervención en la economía, mediante la privatización masiva de empresas y la destrucción de las capacidades técnicas y humanas calificadas de que disponían los Estados. Ha establecido con la deuda externa y su servicio, con la “financierización”, la apertura, la adoración al capital transnacional, la independencia de los Bancos Centrales y la actuación de esas agencias de terrorismo económico llamadas agencias calificadoras de riesgo, un corralito bien pequeño en cuanto a espacio de movimiento y bien cercado por gruesos

³¹ CLACSO: *La trama del neoliberalismo. Mercado, crisis y exclusión social*, Biblioteca Virtual, 2003.

muros. Ha difundido el pensamiento neoliberal mediante muchas graduaciones de economistas, formados en universidades norteamericanas o en sus filiales establecidas en América Latina. Una verdadera legión de *yuppies* saturados de neoliberalismo, repetidores de una visión empresarial y mercantil de las sociedades, e ignorantes de la historia y la cultura de sus propios países.

Ha destruido o debilitado el movimiento sindical y degradado el trabajo organizado con la extensión del trabajo informal y precario, y ha tenido relativo éxito en presentar el elevado desempleo como inevitable e incluso como estimulante acicate económico o semillero de audaces empresarios salidos de las filas de los trabajadores informales.

Todo lo anterior da cuenta de la espesa trama del neoliberalismo en la economía y ayuda a comprender su supervivencia incluso como fatalismo económico en la práctica de gobierno de fuerzas políticas con procedencia ideológica de izquierda.

Entonces, ¿cómo imaginar el fin del neoliberalismo, ya que el avance del pensamiento alternativo en lo ideológico-cultural no es concebible que pueda continuar o sostenerse si no va acompañado de otra política económica? No pueden crecer formas democráticas, participativas, ambientalmente sustentables, de práctica política en coexistencia con un sistema económico despótico, excluyente, inequitativo y ambientalmente depredador.

Derrotar al neoliberalismo en su bastión de poder económico es la clave para abrir paso en términos reales al posliberalismo.

Esto lo ha expresado Michael Löwy de modo bien preciso:

(...) considero una ilusión pensar que sustituyendo un equipo de gobierno por otro, o bien aumentando la presión social podríamos obligar al neoliberalismo a retroceder, sustituyéndolo por una política más favorable a los intereses de las grandes mayorías. En tal sentido, el neoliberalismo no va a entrar en crisis o desaparecer por causa de sus contradicciones internas. Solo declinará y entrará en una crisis definitiva si aparece una alternativa creíble y viable.³²

El fracaso neoliberal en la economía, expresado de diversas formas entre las que se encuentra la ocurrencia de crisis económicas más frecuentes, no es tampoco razón suficiente para provocar la muerte del neoliberalismo.

El capitalismo contemporáneo se las ha ingeniado para evitar una crisis tan conmocionante como la de 1929. El neokeynesianismo no parece tener fuerzas para

³² *Ibidem*.

imponerse, ni hacerse compatible con la trama de financierización y especulación desbordada que es hoy dominante y no tiene un simple sentido coyuntural.

No puede pasarse por alto la observación muy real de Perry Anderson cuando recuerda que en la historia, cuando el capitalismo se enfrentó a dificultades estructurales, pudo encontrar soluciones pragmáticas, tanteando a ciegas y encontrando respuestas.

Todo lo anterior pone de manifiesto que la salida de escena del neoliberalismo puede ocurrir de dos modos posibles: una salida en falso, en la cual el capitalismo encontraría una respuesta pragmática, como lo hizo en los años treinta, y el neoliberalismo pasaría a convertirse en secta minoritaria en otro ciclo similar al ya conocido. Esto sugiere un curso cíclico ya no en términos de crisis periódica, ni tampoco de ondas largas, sino de alternancia en períodos aún mayores, de políticas económicas que oscilan entre grados mayores o menores de regulación estatal de la economía.

¿Podría el sistema capitalista, en el supuesto de que ninguna fuerza política lo derrumbe, continuar describiendo un ciclo circular de alternancia entre grados de regulación mayor, con Estado interventor y etapas de mayor desregulación con liberalismos que serían nuevos neoliberalismos?

La otra salida de escena, la verdadera salida, rebasa los límites del sistema y es incompatible con el pragmatismo y el tanteo a ciegas, pues supone no solamente superar al neoliberalismo, sino dejar atrás en la historia humana al capitalismo. Supone la construcción de una alternativa no capitalista, lo que es mucho más que dejar al capitalismo seguir tanteando para encontrar otra vez, al precio de enormes destrucciones y sufrimientos, una salida a su tortuoso curso.

Esa alternativa no capitalista es el socialismo, entendiendo por tal la construcción consciente, creadora y basada en la no repetición de las deformaciones y extravíos conocidos, que sirven al menos como útil lección de lo que no debe hacerse.

Para la construcción de ese socialismo del siglo XXI el camino es, por supuesto, difícil, pero es imprescindible recorrerlo.

De nuevo Perry Anderson nos llama la atención hacia un conjunto de conceptos que la construcción socialista, como parte orgánica del definitivo adiós al neoliberalismo, tiene que colocar en el centro de su pensamiento y acción.³³

Al igual que los neoliberales cuando luchaban a contracorriente, no debemos tener miedo a estar contra la corriente política actual. Los neoliberales perseveraron hasta que

³³ CLACSO: *La trama del neoliberalismo*, Biblioteca Virtual, 2003. Perry Anderson: *Más allá del neoliberalismo: lecciones para la izquierda*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2003.

cambiaron las condiciones históricas y llegó su momento propicio. Para los constructores de una alternativa socialista la frase de Max Weber que Atilio Boron suele citar debe encabezar cualquier texto: “(...) no se consigue nunca lo posible si no se intenta reiteradamente lo imposible”. La resistencia cubana durante 47 años frente a diez gobiernos norteamericanos se ciñe bien a esta frase.

Otra lección es no transigir en principios básicos, no aceptar la dilución de ellos, no temer la ruptura con los bienpensantes de estos tiempos. Fue la dureza intelectual de los neoliberales, su radicalismo frente al pensamiento establecido, lo que les permitió una influencia, una vida vigorosa y una hegemonía.

En principios básicos como la erradicación absoluta de la explotación de seres humanos por otros, no es posible transigir, lo cual no excluye la diversidad y la flexibilidad en el respeto por lo específico en socialismos felizmente carentes de un centro o modelo uniformador.

La tercera lección sugerida por Perry Anderson es no aceptar como inmutable ninguna institución establecida. Cuando los neoliberales eran marginales, parecía inimaginable privatizar el agua, los correos, los hospitales, las escuelas, las prisiones y los cementerios.

Las ideas y las instituciones son más cambiantes de lo que siempre cree el pensamiento dominante en una época.

Parecía imposible que la Revolución cubana soportara a principios de los años noventa el efecto combinado del derrumbe de la Unión Soviética y el recrudecimiento del bloqueo económico, pero fue posible. Parecía imposible entonces que 2 000 médicos cubanos fueran al Himalaya para ofrecer asistencia gratuita a las víctimas del terremoto en Pakistán, pero fue posible.

También Perry Anderson plantea tres dimensiones necesarias para pensar el postneoliberalismo.

Una dimensión es la escala de valores que resalta el principio de la igualdad, entendida en el sentido marxista de igualar las posibilidades de cada persona para vivir una vida plena sin carencias o desventajas debidas a los privilegios de otros. Igualar oportunidades de educación, salud, vivienda y trabajo, que solo pueden asegurarse mediante recursos captados por un Estado capaz de hacerlo.

Otra dimensión es el régimen de propiedad, el cual precisa levantar sobre la privatización en masa ejecutada por el neoliberalismo, nuevas formas de propiedad social, cooperativa, local, que revierta la concentración de poder de la empresa capitalista. Nuevas formas de

propiedad popular, como empresas recuperadas y autogestionadas por sus trabajadores u otras formas de propiedad colectiva.

La otra dimensión es la democracia sobre la cual el neoliberalismo no vaciló en proclamar que no era un valor absoluto y que necesitaba menos y no más democracia, y estableció como alguno de sus dogmas el de un Banco Central independiente de cualquier gobierno para administrar, sin escrutinio democrático alguno, la verdad absoluta e intemporal del equilibrio fiscal.

El socialismo posterior al sepelio neoliberal necesita más democracia, pero no aquella congelada en los ritos electorales, dominada por los consorcios mediáticos, donde el gran ganador es la abstención y los que alcanzan a votar eligen entre pálidos matices de lo mismo.

El socialismo del siglo XXI no está escrito en un manual de fórmulas consagradas e inmutables, sino que, como habría dicho Mariátegui, no puede ser calco y copia, sino creación heroica, ejercicio crítico e imaginativo permanente.

La gran lección y el gran desafío para la alternativa que realmente desplace al neoliberalismo los ha expresado Pablo González Casanova en pocas palabras: “El problema nuevo es que las alternativas fueron insuficientemente liberadoras, insuficientemente socialistas e insuficientemente democráticas”.³⁴

ALBA: UN EMBRIÓN PROMETEDOR

En torno al tema de las alternativas, la existencia como propuesta teórica de la Alternativa Bolivariana para las Américas (ALBA) y su puesta en práctica durante un año en las relaciones entre Cuba y Venezuela, así como la reciente incorporación de Bolivia, es otro terreno de debate y también de esperanza.

El ALBA no pretende ser la alternativa, sino parte de ella. No es tampoco ella sola el socialismo del siglo XXI, ni la convocatoria a efectuar revoluciones salidas de un molde fijo.

Es un modo diferente, sin duda antineoliberal, antimperialista, y que apunta hacia el socialismo, de concebir las relaciones de integración entre países latinoamericanos y caribeños.

Pocos temas han sido tan gastados y vaciados por la hueca retórica de las burguesías latinoamericanas como el de la integración. Los chispazos geniales de Bolívar, Martí y otros

³⁴ Pablo González Casanova: *La trama del neoliberalismo: una introducción* (prólogo), en CLACSO: On. cit.

grandes latinoamericanos fueron, en sus ingredientes antimperialistas, manipulados, deformados y silenciados, con el fin de encubrir la verdad esencial de que nunca a esas burguesías les interesó la integración más que como espacio de negocios.

Ni con el “desarrollo hacia adentro” cepalino, ni con la desintegradora política neoliberal de la “inserción en el mercado mundial”, la integración pudo avanzar.

Nunca ha conectado ella con las aspiraciones de los pueblos ni estas han sido más que remotos proyectos tecnocráticos objeto de reuniones de expertos, cócteles de empresarios que solo hablan de rebajas arancelarias, de tarifas, de reciprocidad comercial.

No por casualidad en América Latina la integración siempre ha sido anémica y ahora está amenazada por el ALCA y los Tratados de Libre Comercio que conducen a la integración con los Estados Unidos en calidad de apéndice subordinado. Y esto ocurre en la región del planeta con mejores condiciones teóricas para la integración, por su común herencia colonial y neocolonial y por compartir el tesoro común de la posibilidad, no existente en otra región, de la comunicación oral directa entre más de 500 millones de personas.

Como proyecto en desarrollo que es, el ALBA no es tampoco un manual para la integración, y no puede tampoco determinar aspectos esenciales como la evolución política de los gobiernos de la región. El curso del ALBA será determinado por esa evolución política.

Se ha señalado al ALBA cierta indefinición en cuanto a actuar como esquema de integración que les reporte beneficios a las burguesías locales en términos de abastecimiento de energía u otros aspectos, o actuar como instrumento de integración popular con un sentido claramente emancipatorio y socialista.³⁵

Más allá de las definiciones escritas, el ALBA tiene escasa papelería documental –a diferencia de los esquemas tradicionales de integración, que tienen toneladas–; es conveniente observar los hechos.

El ALBA existe solo desde diciembre de 2004 entre Cuba y Venezuela, y en abril de 2006 se incorpora Bolivia en vísperas de anunciar su gobierno la nacionalización de los hidrocarburos. A esta membresía se ciñe el ALBA. Las acciones, proyectos y acuerdos del gobierno venezolano con otros gobiernos de la región no son, ni han sido presentados como integrantes del ALBA. Ni siquiera lo es Petrocaribe. El ALBA no puede inducir revoluciones ni aplicar sus principios a gobiernos que no los compartan.

³⁵ Claudio Katz: “*Las disyuntivas del ALBA*” (inédito).

El ALBA aporta ya algunas lecciones interesantes por lo alcanzado hasta ahora y aún más por el potencial de una verdadera integración que tenga como motor la solidaridad y la cooperación antes que el lucro del mercado y el estrecho y exclusivo interés de un Estado o de una clase social.

La primera lección sería que la integración regional no puede ser con los Estados Unidos ni tampoco contando con la neutralidad del poderoso vecino. El gobierno y las transnacionales de ese país tienen su proyecto para integrar a la región como área de explotación financiera y comercial y abastecedora de petróleo, gas, agua, biodiversidad y enclave de bases militares.

No es concebible participar en el ALBA y al mismo tiempo entrar en el CAFTA u otro Tratado de Libre Comercio.

La integración no se hará con los Estados Unidos, ni tampoco con la neutralidad de su gobierno, sino haciéndola respetar en la lucha contra la hegemonía.

Una lección más es que la integración no será dirigida por las burguesías locales. Si estas fracasaron en desempeñar el papel estelar que la CEPAL les adjudicó en los primeros intentos integracionistas en los años sesenta y setenta, cuando se asumía la existencia de burguesías industrializantes, en especial, en países grandes y medianos; ya no quedan más que restos de aquellas, después que el neoliberalismo arrasó con buena parte de la industria nacional y estableció burguesías ahora estructuradas en torno a la liberalización y especulación financiera, constituidas por empleados bien pagados de filiales de las finanzas transnacionales, comerciantes importadores o prestadores de servicios destinados al estrecho sector capaz de consumir de modo tan dispendioso como en Nueva York, París o Londres.

La integración no puede reducirse al comercio, ni es posible medir su avance por el crecimiento del intercambio comercial, ni el comercio puede regirse por el llamado “libre comercio”.

Evitar el intercambio desigual y practicar en los hechos el trato preferencial hacia los países de menor desarrollo tiene que ser principio inviolable en la verdadera integración. El trato hacia Bolivia lo ilustra con claridad.

Tampoco puede reducirse la integración a la economía. Ella debe tocar con la mayor velocidad allí donde el déficit es mayor, y comenzar a aliviar la deuda social acumulada.

Los esquemas tradicionales de integración han sido en extremo economicistas. Esto se acentuó mucho con la llegada del neoliberalismo y su esencial desdén por lo social, aunque la catástrofe de la pobreza, la educación, la salud, la seguridad social, el empleo, han

forzado al Banco Mundial y a gobiernos neoliberales a entonar el discurso “social” y a pretender combatir de modo “focalizado” los resultados lógicos de la política económica que aplican. Es la posición de aquellos que entienden la política social como la ambulancia que recoge los muertos y heridos que provoca la política económica.

La deuda social que pesa sobre América Latina es de tal magnitud que la integración, para tener significado real sobre la vida de vastas porciones de la población, no puede dejar para después las acciones para reducirla.

La integración de los pueblos y no de los capitales no puede prescindir de la solidaridad y la cooperación. No se trata de ventajas comparativas que implican una visión comparativa y de aplastamiento del rival, sino de “ventajas cooperativas” compartidas por todos los países. No es ella una permanente donación de recursos de los que más tienen hacia otros países y no niega el beneficio mutuo, pero no puede colocar a este como precondition permanente.

En solo un año de existencia del ALBA entre Cuba y Venezuela los resultados son notables. En materia de rebajas arancelarias –el clásico punto por donde comienza la integración tradicional–, en un año el avance ha sido mayor que el logrado por los viejos esquemas en décadas de largas negociaciones. Pero no es por ahí por donde se encuentra el mayor significado.

Generalmente se asocia el ALBA con el intercambio de petróleo venezolano por servicios médicos cubanos, y ciertamente esto es importante, pero no es lo único.

El intercambio comercial que en 2001 fue de 973 millones de dólares, alcanzó 2 400 millones en 2005, con un crecimiento de 255% respecto a 2004 en las exportaciones no petroleras de Venezuela.

Prestan servicios en Venezuela 23 601 especialistas cubanos, que ofrecen cobertura de atención médica a 17 millones de venezolanos, en los cerros y los lugares de mayor incidencia de pobreza.

Venezuela logró alfabetizar a su población analfabeta de más de un millón de personas, utilizando el método cubano “Yo sí puedo” y la asesoría técnica cubana en alfabetización.

Hasta el 28 de abril de 2006 se habían realizado 220 571 intervenciones quirúrgicas a pacientes afectados por cataratas y otras enfermedades oftalmológicas que no habían podido pagarse la atención médica, y en alto grado han recuperado o mejorado su visión.³⁶

³⁶ Marta Lomas: “Discurso en la firma del Acuerdo sobre el ALBA entre Cuba, Venezuela y Bolivia”, en periódico *Juventud Rebelde*, La Habana, 30 de abril de 2006.

La alternativa postliberal está siendo construida por los gobiernos que en términos reales presentan batalla al neoliberalismo y se proponen erradicarlo, por los movimientos sociales que no solo rechacen el neoliberalismo, sino que trabajan por sustituirlo. No será la alternativa un genial chispazo intelectual. Será el resultado de la mutua alimentación entre la lucha política práctica y la elaboración intelectual que tenga en cuenta las lecciones derivadas de los extravíos del proyecto socialista, y también los logros de los que han perseverado en el proyecto.

El ALBA será uno de sus ingredientes, junto a nuevos planteos sobre la propiedad colectiva, las empresas autogestionadas, la democracia participativa, la independencia frente a los Estados Unidos y otros muchos temas.

Las grandes respuestas surgen de las grandes crisis, y la que sufre el capitalismo neoliberal en América Latina es bien grande. Como expresara Gramsci, lo viejo no termina de morir y lo nuevo no acaba de nacer y nadie puede pronosticar al detalle cómo será el alumbramiento de la alternativa.

Pero América Latina, agujoneada por la injusticia social que el capitalismo neoliberal ha exacerbado, ha echado a andar, y es probable que en esta región, donde el neoliberalismo se hizo política oficial por vez primera, se abra paso la alternativa socialista creíble y viable que haga del neoliberalismo un ingrato recuerdo del pasado.

II

ALGUNAS ESTRUCTURAS Y TENDENCIAS DEL MUNDO ACTUAL: ENTRE LO INSOSTENIBLE Y LO INSOPORTABLE

EL DISCURSO DE LA GLOBALIZACIÓN

Para entender algunas de las estructuras y tendencias del mundo actual se hace necesario comenzar despejando una confusión. Cierta moda postmoderna descubrió en la globalización un recurso mágico para explicarlo todo al precio de explicar casi nada y confundirlo casi todo.

Con la globalización se quiso borrar y sustituir el concepto de imperialismo, como instrumento para captar el significado del capitalismo actual, por una expresión de apariencia sociopolítica neutral, cargada de tecnologismo modernizante y apta para dar cabida dentro de ella al discurso que postula la existencia de una nueva realidad negadora del pasado y un futuro de progreso para todos los que se apresuren a no perder ese único y último tren que lleva a la riqueza y el bienestar.

La globalización es una realidad que no puede ser ignorada ni tampoco menospreciada como tema de estudio, pero la comprensión del mundo de nuestros días no puede limitarse a entender y explicar la globalización, sino los significados y determinaciones del capitalismo en su fase imperialista actual, esto es, tal como existe y actúa el sistema en nuestros días.

El capitalismo imperialista muestra hoy como una de sus características, una globalización que como proceso acompañante no es nueva, sino que tiene no menos de 500 años, que ahora presenta como novedad el extenderse a todo el mercado financiero y estar dominada por la política neoliberal que le imprime su sello característico y permite llamarla *globalización neoliberal*, como fue antes *keynesiana* y aún antes, simplemente *liberal*.

Como proceso acompañante del capitalismo y determinado por este, la globalización tiene validez y merece estudio. Como construcción histórica cargada de una mística que profesa una fe absoluta en el mercado y en el progreso impulsado por él y exhibe un cerrado absolutismo que niega cualquier otra alternativa, la globalización no es más que uno de los instrumentos ideológicos para defender el sistema.

El discurso de la globalización utiliza lo científico-técnico como prueba de las sólidas razones para la despolitización y la desideologización. Basado en la supuesta universalidad del progreso científico-técnico inducido por la revolución informática, se deduce que es inevitable tomar decisiones que propicien la incorporación de las nuevas tecnologías. La revolución tecnológica en las comunicaciones y el transporte es presentada como el fin de una época y el inicio de otra en la que conceptos y realidades como imperialismo, explotación, clases sociales no tendrían cabida.³⁷

El sistema actual del capitalismo imperialista, que tiene a la globalización como una de sus características, padece de una enfermedad terminal de desigualdad y, aún más, de inequidad social, lo que equivale a decir que la injusticia social –instalada desde siempre en la lógica capitalista– alcanza ahora cotas tan elevadas en su agresión al derecho de realización humana de comunidades enteras y de simples personas, que hacen insostenible la prolongación indefinida de su existencia.

Y ahora también, sus tendencias a la depredación –asistidas de posibilidades tecnológicas acrecentadas y espoleadas por un consumismo frívolo– agreden las condiciones ambientales para la vida en el planeta, hasta el punto de plantear como insostenible la prolongación de tal régimen, si de salvar la especie humana se trata.

Esta enfermedad de inequidad social abarca todo el organismo del enfermo. Tiene manifestaciones en la economía, en el ámbito científico-técnico, en la distribución del ingreso entre países y dentro de ellos, en el empleo, en el acceso al conocimiento y a la información, en el uso y abuso de los recursos naturales, en las diferencias de género y prácticamente en cualquier sector de la actividad social. Las páginas siguientes no son más que una selección de algunos puntos en los que la enfermedad se manifiesta con especial virulencia y donde la información disponible ofrece mayores posibilidades.

Como el discurso superficial de la globalización hace de la revolución científico-técnica su punto de partida y su argumento central, es por allí por donde comenzamos, para apreciar la realidad que subyace detrás de las maravillas tecnológicas y las optimistas alusiones a la sociedad del conocimiento, que adornan aquel discurso.

LA CIENCIA Y LA TECNOLOGÍA COMO MERCANCÍAS

³⁷ Marcos Roitman: “La falsa neutralidad de la globalización”, en Internet, 2001.

Las maravillas tecnológicas lo son sin espacio para dudas.

Las tecnologías de la información y las comunicaciones hacen posible conocer de inmediato lo que está sucediendo en cualquier parte del mundo. La comunicación instantánea entre personas colocadas en cualquier lugar del planeta ya es posible por teléfono móvil, correo electrónico o Internet. Toda la información contenida en las bibliotecas y publicaciones existentes podría estar disponible para cualquier persona que cuente con el acceso adecuado, en cualquier momento, a cualquier hora y en cualquier lugar del mundo en que esa persona estuviera. Avances científicos y técnicos como la biotecnología, la genómica, la bioinformática y la nanotecnología están estrechamente relacionadas con la tecnología de la información y las comunicaciones.³⁸

Los viajes al cosmos, la realidad virtual, el conocimiento del genoma humano y otras más, son realidades de uso cotidiano en términos de ciencia y técnica. Pero esas maravillas, insertadas en la matriz capitalista, devienen maravillas para muy pocos y factor de alargamiento de distancias entre sociedad del conocimiento y sociedad de subsistencia elemental, para muchos.

“La tecnología se crea en respuesta a las presiones del mercado y no de las necesidades de los pobres, que tienen escaso poder de compra”.³⁹ Esta es la clave para entender las realidades científico-técnicas cuando estas son vasallas del mercado y de las ganancias de las transnacionales, las cuales deciden lo que debe ser investigado, cuándo y cómo deben revelarse los resultados de la investigación y a qué precios se venderán esos resultados.

La ciencia y la tecnología mercantilizadas, al actuar como fuentes de valorización del capital, se encuentran en la base de los tristes contrastes entre maravillas tecnológicas, que como mercancías no alcanzan más que a beneficiar a pocos, e inmensas necesidades básicas no satisfechas, mientras se desarrollan consumos despilfarradores y frívolos.

En los países desarrollados miembros de la OCDE, que poseen el 20% de los habitantes del planeta, se registraron en 1998 el 99% de las patentes emitidas ese año. En el mismo año esos países gastaron 520 000 millones de dólares en investigación y desarrollo, que es una cifra superior a la suma del Producto Interno Bruto de los 88 países más pobres del mundo.⁴⁰ De esa inversión en investigación y desarrollo más del 60% la hace el sector privado, por lo que no es extraño que el rumbo de la investigación y el uso de sus

³⁸Centro del Sur: Sociedades de la información. Hacia una perspectiva del Sur, Ginebra, 2003.

³⁹ PNUD: Informe sobre desarrollo humano, 2001.

⁴⁰ *Ibidem*.

resultados dependan de la “mano invisible del mercado”, pero en este caso se trata de una mano esposada por el cerrado oligopolio que la domina.

En ese año 1998 el gasto mundial en investigación sobre salud fue de 70 000 millones de dólares, pero apenas cien millones se dedicaron a investigar sobre el paludismo, a pesar de que produce un millón de muertes cada año. Y de los 1 223 nuevos medicamentos comercializados en el mundo entre 1975 y 1996, solo 13 se dedicaron al tratamiento de enfermedades tropicales, porque estas son enfermedades típicas de la pobreza y en los países pobres no hay capacidad de compra para medicamentos de alto precio.

El discurso que magnifica la capacidad transformadora de la ciencia y la tecnología sobre las vidas humanas es una verdad a medias, lo que equivale a decir que es una media mentira, si se refiere a una capacidad abstracta y potencial y no coloca las espléndidas posibilidades que el conocimiento aporta, en el contexto del mundo real marcado no solo por la explotación, sino por la exclusión.

Ese discurso cientificista enrollado sobre sí mismo equivale a la pintura del paraíso, sin tener en cuenta que la estructura socioeconómica y la realidad política excluyen el ingreso al paraíso y más bien reproducen el cotidiano infierno para muchos miles de millones de personas.

La sociedad del conocimiento, saturada de redes de comunicación cuyo emblema es Internet, es una maravilla potencial, pero la electricidad todavía no ha llegado a la tercera parte de la población mundial, y el teléfono, que existe desde hace más de un siglo, tiene una densidad en países desarrollados de una línea telefónica cada dos habitantes, pero hacer una llamada telefónica es una experiencia todavía no conocida por cientos de millones de africanos, y en los países llamados piadosamente “menos adelantados” hay un teléfono por cada 200 personas.

En el campo de la salud es donde con mayor fuerza se expresa la contradicción entre la capacidad potencialmente benéfica de la ciencia y su condición de mercancía en el mercado capitalista.

A los efectos de la ganancia empresarial no es estimulante invertir en investigaciones para desarrollar vacunas de bajo costo que inmunizan de por vida con una sola aplicación. Es estimulante, en cambio, invertir en procedimientos terapéuticos que aseguren una periódica y costosa atención a los pacientes durante largo tiempo.

Es la industria farmacéutica el sector más lucrativo para la inversión de capital en el mundo,⁴¹ por encima de los bancos comerciales, las telecomunicaciones, la industria

⁴¹ *Fortune*, 2000.

química o cualquier otro. En este súper lucrativo sector, las ventas anuales en el año 2002 ascendieron a 100 000 millones de dólares, de los cuales el 41,8% lo acapararon los Estados Unidos y, si tomamos a Europa y Japón junto a los Estados Unidos, los consorcios farmacéuticos de ese trío de países concentraron el 77,9% del total.⁴²

Es fácil entender que estas transnacionales que lucran con medicamentos no tienen interés alguno en financiar investigaciones para obtener una vacuna cuyos clientes serían gobiernos de países pobres, donde el gasto por persona en salud pública es de diez dólares al año y donde trágicamente las vacunas son de agobiante necesidad.

Tampoco tienen interés en desarrollar investigaciones sobre variedades de cultivos resistentes a la sequía, que han quedado relegados para agricultores de subsistencia en tierras marginales y que nada significan para las transnacionales del *agrobusiness*, pero desempeñan un papel vital en la alimentación de esas comunidades.

No es extraño que el 90% de la carga mundial de enfermedades merezca apenas el 10% del gasto mundial en investigaciones de salud. La neumonía y la diarrea, que representan el 11% de la carga mundial de enfermedades, solo han alcanzado a recibir 0,2% del gasto en investigación.⁴³

Y no se trata solo de resultados de sofisticadas investigaciones.

Unos dos millones de millones de personas carecen de acceso a la penicilina; en el Tercer Mundo no se emplea aún la simple y elemental terapia de rehidratación oral en el 38% de los casos de diarrea; y solo la mitad de los africanos de un año de edad están vacunados contra la difteria, la tosferina, el tétano, la poliomielitis y el sarampión.

Las razones para estas realidades que parecen ilógicas se encuentran en la lógica misma del sistema al que la salud humana le resulta indiferente si no va acompañada de ganancia empresarial.

La penicilina fue descubierta en 1928 y su comercialización y aplicación en gran escala no ocurrió hasta 15 años después, a pesar de la enorme necesidad de antibióticos. Simplemente los consorcios farmacéuticos no estaban interesados y fue necesario que la Segunda Guerra Mundial desatara una demanda especialmente intensa para que el descubrimiento científico fuera incorporado al mercado.

La maravillosa red de redes (Internet) no escapa a la cerrada determinación socioeconómica que el sistema impone. El 91% de los usuarios de Internet vive en países

⁴² IMS: *Health*, 2000.

⁴³ PNUD: *Informe sobre desarrollo humano*, 2001.

desarrollados, en los que habita solo el 19% de la población mundial, y para acceder a sus posibilidades de información y conocimiento es imprescindible disponer al menos de electricidad, teléfono, dinero para comprar una computadora y pagar el servicio, y conocimientos suficientes para leer y entender mensajes que en el 80% de los casos se encuentran en idioma inglés.

En el mundo de la ciencia-mercancía las enfermedades de los pobres no cuentan porque se expresan como sufrimiento humano, y no como demanda solvente.

La realidad de la ciencia y la tecnología atadas al lucro del mercado es la otra cara áspera y brutal del discurso que pretende derivar de avances científicos que el sistema hace imposible generalizar a nivel social, una ilusa prosperidad y bienestar en una feliz sociedad del conocimiento que es esencialmente incompatible con la ciencia-mercancía.

En la economía el sistema muestra tres rasgos sobresalientes: una concentración empresarial global reforzada, una acentuación de la vieja separación entre centro y periferia, que lejos de atenuarse se profundiza, y una ratificación de la secular tendencia a las crisis económicas recurrentes, ahora bajo la forma de crisis financieras cada vez más frecuentes.

CONCENTRACIÓN EMPRESARIAL GLOBAL

La concentración empresarial ha avanzado en dirección hacia el control por un reducido número de grupos financieros, desmintiendo que se haya producido una democratización empresarial gracias al acceso a nuevas tecnologías y a medios de comunicación más eficaces.

En los países desarrollados las gigantescas empresas han ido devorando a pequeñas y medianas industrias, mientras que en la periferia la privatización de empresas públicas y la apertura a las importaciones aniquiló a sectores de burguesías y burocracias nacionales, al convertir a muchos de sus integrantes en simples empleados encargados de administrar filiales de transnacionales y provocar un desplazamiento hacia negocios financieros de sesgo parasitario.

Si en 1965 las 200 mayores empresas globales representaban el 17% del PIB mundial, en los inicios del siglo actual representan no menos del 35%.⁴⁴

Considerando a las 500 mayores empresas globales y su nacionalidad, puede apreciarse la enorme concentración en un centro integrado por los Estados Unidos, Europa y Japón, que controla casi totalmente la estructura productiva más avanzada, decide en términos de comercio y comunicaciones, y practica la especulación financiera como su actividad más

⁴⁴ Jorge Beinstein: *La larga crisis de la economía global*, Ed. Corregidor, Buenos Aires, 2000.

lucrativa y dinámica. En 1997, de esas 500 mayores empresas globales, eran estadounidense, europeas o japonesas un total de 440. Entre las primeras cincuenta no aparecía en 1998 ninguna empresa que no perteneciera al triángulo Estados Unidos-Europa-Japón.⁴⁵

Como señala Jorge Beinstein, hacia fines de los años sesenta, cuando estaban de moda los estudios sobre el crecimiento de las “empresas multinacionales”, era frecuente comparar las ventas de una gran empresa con el PIB de algún pequeño país subdesarrollado; ahora la concentración del capital transnacional ha alcanzado dimensiones no imaginables hace apenas tres décadas. Ya en 1996 las ventas de General Motors superaban el PIB combinado de Perú, Ecuador, Bolivia, Paraguay, Uruguay, Panamá, Nicaragua, Costa Rica, Honduras, El Salvador y Guatemala.

La lección es evidente: la privatización que ha avanzado globalmente, y en América Latina de modo especialmente intenso, no conduce a la democratización ni a la “difusión de la propiedad”, ni a una mayor y benéfica competencia. Por el contrario, lo que la realidad muestra es que la tendencia del capital monopolista –ahora a escala global– a la progresiva concentración estudiada por Lenin a principios del siglo XX, continúa operando en la anatomía del sistema.

EL ABISMO ENTRE CENTRO Y PERIFERIA

En cuanto al viejo y cada vez más profundo abismo entre centro y periferia, las evidencias son tan abrumadoras que solo el cinismo puede ser capaz de sostener una tendencia a la igualdad en el desarrollo o a un “derrame” de la riqueza hacia la periferia.

Tomando tan solo unos pocos datos básicos se puede apreciar que los países desarrollados, en los cuales vive el 19% de la población mundial, tienen, en cambio, el 91% de los usuarios de Internet, concentran el 71% del comercio mundial de bienes y servicios y el 58% de la inversión extranjera directa.⁴⁶ Ellos dominan el 97% de las patentes registradas, efectúan el 84% del gasto mundial en investigación y desarrollo, y poseen el 74% de las líneas telefónicas mundiales.

Desde que en la década de los cincuenta del siglo XX algunos economistas comenzaron a hablar del tema del desarrollo de los países periféricos, y las teorías del desarrollo iniciaron

⁴⁵ *Fortune*, 1998.

⁴⁶ PNUD: Informe sobre desarrollo humano, 1999.

su brega, ningún país de la periferia ha logrado superar la barrera e incorporarse al grupo de los países desarrollados. China es un caso especial que merece un análisis detallado, pero ningún otro de los países subdesarrollados ha logrado dar el salto.

Algunos parecieron colocados en el buen camino y protagonizaron “milagros” finalmente desinflados. Sea Argentina con su precoz impulso en las primeras décadas del pasado siglo XX, sea el “milagro” brasileño o los tigres hoy domesticados del sudeste asiático; todos vieron estancarse sus procesos hacia el desarrollo.

En América Latina la oleada neoliberal prometió derrame de riqueza, pero no ha logrado más que obligar a la CEPAL a nombrar “década perdida” a la de 1980 a 1989. La CEPAL bautizó con exagerado optimismo a la década que le prosiguió como “década de la esperanza” para después reconocer otro “sexenio perdido” entre 1998 y 2003. Haciendo una elemental aritmética resulta que en 23 años (1980-2003) se han perdido –según la CEPAL– nada menos que 16 años, lo que resulta un rendimiento miserable, pero que no hace retroceder al FMI y al Banco Mundial en su pretensión de que la política neoliberal no ha dado los resultados esperados porque la dosis es aún escasa.

CRISIS ECONÓMICAS MÁS FRECUENTES

También se ha ratificado la tendencia a las crisis económicas periódicas, ahora bajo la forma de crisis financieras cada vez más frecuentes.

Tomando en consideración solo la década de los noventa y lo transcurrido de la década actual, es evidente que las crisis económicas han sido más frecuentes.

Japón, la segunda economía del mundo, entró en una crisis financiera desde el inicio de los años noventa, que desvaneció el “milagro” japonés y sus elevadas tasas de crecimiento, para sumirse en una larga etapa de estancamiento que dura casi quince años. México cayó abatido en 1995 en medio de la diligencia liberalizadora de su gobierno, tan aplaudida por el FMI y premiada con el ingreso artificial a la OCDE.

En 1997 le llegó la hora a los “tigres” del sudeste asiático, lo que echó por tierra otro modelo y otro “milagro”.

En 1998 Brasil y Rusia cayeron envueltos en la crisis financiera. En 2001 explotó la burbuja financiera en los Estados Unidos, comenzando por grandes empresas de la informática y haciendo añicos el mito de una “nueva economía” centrada en empresas del corte de Enron y World Com, que serían inmunes a las crisis. Sigue discutiéndose aún si en rigor la economía de los Estados Unidos salió de esta crisis o continúa debatiéndose en ella.

Cualquiera que sea la conclusión, el curso de esa economía muestra, a lo sumo, una recuperación vacilante y preñada de síntomas anunciadores de una más grave caída.

Argentina se despeñó en 2002 en la que muchos consideran la peor crisis de la historia del país. Se vino abajo allí un modelo hasta poco antes elogiado, de buena conducta neoliberal y de ejemplo a imitar por otros en cuanto a privatización, liberalización y “relación carnal” con el gobierno de los Estados Unidos.

Pero no se trata de constatar la ocurrencia de crisis y describirlas, sino de esbozar una explicación de sus causas y sus significados que no se limite a la merecida crítica al FMI o el Banco Mundial, sino que explique las razones de fondo que conforman el escenario básico en el que la actuación de esas instituciones puede agravar la enfermedad, pero no son ellas los orígenes del mal. Para eso habría que comenzar por la existencia y acción de un arma de destrucción masiva realmente letal y que actúa todos los días sin que ningún cuerpo de inspectores internacionales intervengan y sin que el gobierno de Bush se alarme. Por el contrario, se declara fanático de su libre funcionamiento. Es el mercado financiero globalizado.

EL MERCADO FINANCIERO GLOBALIZADO

El sistema de tasas de cambio fijas establecido en Bretton Woods y basado en la relación entre el oro y el dólar, y entre este y el resto de las monedas, tenía un claro sentido regulacionista que pretendía evitar la excesiva separación entre la producción y la circulación y, en lo más inmediato, mantener la especulación bajo control. En el contexto de la reconstrucción de posguerra, con financiamiento oficial provisto por el Plan Marshall, demanda solvente y creciente, asegurada por la reconstrucción después del doble efecto destructivo de la Segunda Guerra Mundial y la crisis de los años treinta del siglo XX, el sistema de tasas de cambio fijas logró mantener neutralizada la especulación, al menos hasta alrededor de 1965.

La oleada especulativa actual tiene sus raíces en el crecimiento de las inversiones extranjeras directas a escala cada vez más global, bajo el influjo de la transnacionalización creciente a partir de la segunda mitad de los años sesenta. Esas inversiones fueron generando un flujo financiero privado que rebasaba las fronteras e iba separándose de los controles oficiales.

Si en 1964 los créditos privados internacionales eran solo el 20% de las reservas internacionales, lo cual era todavía controlable por la banca central, ya en 1970 el

porcentaje era de 70% respecto a las reservas.⁴⁷ Esa privatización de las fuentes de crédito chocaba cada vez más con los controles ejercidos por las autoridades monetarias y, entre otros factores, estuvo en la base de la inestabilidad monetaria que culmina en 1971 con la gran jugada norteamericana al liquidar el sistema de tasas de cambio fijas, decretar la inconvertibilidad del dólar y proceder a su devaluación.

A partir de entonces se diversifican y multiplican los mecanismos y las fuentes de los flujos privados financieros, sin controles institucionales.

Ya en 1975 los flujos privados internacionales superaban a las reservas, y en 1980 más que las duplicaban. La oleada neoliberal reforzó esta tendencia y desarrolló poderosas formas de especulación, ya no solo con la banca privada, sino con las grandes transnacionales, con los fondos institucionales (seguros, pensiones), con los llamados fondos de resguardo (*hedge funds*) y con la especulación cambiaria desenfrenada.

El resultado: a mediados de los años noventa la economía financiera en su conjunto manejaba cincuenta veces más dinero que la economía real.

Las autoridades monetarias se han vuelto impotentes para defender su tasa de cambio frente al poder omnímodo del mercado sin regulación y la especulación que lo domina. El sistema monetario internacional tiene cuatro características: es privado, especulativo, inestable y pronorteamericano. El dólar norteamericano ha sido hasta ahora no solo y no tanto la moneda de reserva más usual, sino la moneda predilecta de la especulación, la moneda de refugio ante los avatares de ella, la moneda que es emitida por el gobierno de los Estados Unidos sin controles externos y que al mismo tiempo puede hacer compras en cualquier parte del mundo.

En 1975 la compra-venta de monedas para pagos por adquisición de bienes o servicios, esto es, como parte normal del comercio internacional, representaba el 80% del total de monedas transadas. El restante 20% era la especulación cambiaria que tradicionalmente era una parte minoritaria en el comercio de divisas.

Veinte años después el escenario había cambiado radicalmente. Ya entonces el 97,5% del total del comercio de divisas se hacía con fines especulativos y solo el 2,5% cubría transacciones reales en bienes y servicios. La burbuja financiera alimentada por la especulación se ha transformado de socio menor en dueña aplastante del escenario económico. La economía especulativa decide y dicta las tendencias por encima y en desmedro de la economía real.

⁴⁷ Wim Dierckxsens: *Los límites de un capitalismo sin ciudadanía*, Editorial DEI, San José, 1998.

El movimiento diario de este mercado es alucinante: en 1973 las transacciones diarias en el mercado financiero eran de unos 15 000 millones de dólares. En 1986 eran ya de 200 mil millones y actualmente alcanzan la cifra de hasta dos millones de millones, de los cuales se estima que no menos del 95% no tiene relación alguna con movimientos de bienes o servicios, esto es, con la economía real.

Esta última cifra es de un monto tan enorme que equivale a igualar el Producto Interno Bruto anual de los Estados Unidos cada cuatro días de transacciones o el Producto Interno Bruto del mundo cada 16 días. En tanto, las reservas monetarias totales de los Bancos Centrales no van más allá de unos 700 000 millones, lo que revela el abismo entre la especulación desenfrenada y su exigua base de aseguramiento teórico; así como la incapacidad de tales reservas para neutralizar una profunda crisis que quiebre la enorme cadena de deudas y se extienda por los veloces mecanismos de propagación que la globalización implica.

El mercado financiero globalizado funciona cada día a escala global sin sujeción a reglas institucionales y, mediante su poderío, aplastando o burlando las impotentes regulaciones nacionales allí donde quede alguna.

El mercado financiero global es la más perfecta criatura de la globalización neoliberal. Ha logrado tan avanzado grado de globalización que la “aldea global” solo es realidad en los límites de dicho mercado, pero la plasmación de ese logro de la globalización está lastrada por su sentido neoliberal: el mercado financiero global es también la derrota del crecimiento económico, del empleo y de la economía real que la sustenta, a manos del lucro individual, de la insensibilidad social y el cortoplacismo del mercado sin regulación.

Las crisis recientes mencionadas no son más que explosiones parciales de un sistema que porta en su interior una gran crisis global, y que después de la depresión de los años treinta, se las ha arreglado para diferirla e ir sorteando los estallidos parciales sin que se conviertan en crisis globales.

Se trata del fenómeno más complejo que la ciencia económica puede enfrentar, sobre el cual varios siglos de pensamiento económico de todos los colores ha acumulado una variada gama de interpretaciones que van desde la “ley de Say”, negadora de la posibilidad siquiera de crisis capitalistas, hasta la alegada relación de ellas con las manchas solares, sin olvidar los “ciclos largos” y el virtual abandono del debate sobre las crisis, tanto por los keynesianos en sus momentos de esplendor, como por los neoliberales cegados por el dogma del mercado y la arrogancia de poseer la verdad revelada.

Lo primero a recordar sería que el neoliberalismo es, en esencia, la vieja tradición del pensamiento económico liberal con sus creencias en los automatismos del mercado, el óptimo colectivo derivado automáticamente de la suma de intereses individuales, el Estado guardián, etc., y que esa tradición de pensamiento era política económica predominante en 1929.

En una muestra peculiar de agotamiento creativo y de pérdida de memoria histórica, el sistema capitalista al entrar en su modo transnacional globalizado de funcionamiento, dismanteló el sistema de regulación keynesiano diseñado para amortiguar las tendencias comprobadas a la crisis recurrente. La expulsión del Estado de la actividad económica, e incluso su confiscación por mafias privadas, como en Rusia, no ha sido más que quitarle al sistema las defensas anticrisis que elaboró en la posguerra con la ingrata memoria de la todavía cercana crisis de los años treinta.

La política activa de gasto social, la regulación de precios y salarios, el subsidio al desempleo, el salario mínimo, la creación de empleo y demanda solvente por la vía del gasto estatal, el control, por el Estado, de sectores estratégicos no privatizables, la regulación del nivel de la tasa de interés para estimular la inversión productiva y otros instrumentos keynesianos que dieron nuevos aires al sistema en la posguerra, fueron sacrificados para dar paso a la “magia del mercado”.

Las tasas de cambio fijas eran un intento de estabilización de la economía mundial, que permitía un cierto orden y cierta predictibilidad. En aquellas circunstancias, el espacio para la especulación cambiaria era pequeño, y virtualmente inexistentes las posibilidades de que grandes especuladores privados, actuando como modernos piratas, pudieran desplomar la tasa de cambio de una moneda nacional y propiciar una crisis a un país.

A partir de la flotación monetaria sin regulación efectiva –hija eminente del neoliberalismo– la moneda de cualquier país se convirtió en objeto de especulación y factor capaz de generar fabulosas ganancias privadas al jugar a su alza o su baja. Se cumplió el dogma neoliberal sobre la liberación del mercado y, al mismo tiempo, se abrió cauce a la especulación cambiaria al convertir la tasa de cambio de una moneda nacional en algo tan susceptible de especulación como el valor de un terreno o de una casa.

El neoliberalismo, al tratar de lograr su regla de oro de la estabilidad monetaria, introduce en realidad la gran inestabilidad especulativa y afecta directamente a las inversiones y al comercio, debido a la incertidumbre y volatilidad de las tasas de cambio dejadas al libre accionar de los mercados financieros.

Para tratar de penetrar un tanto más hacia factores que no actúan en la superficie del sistema, hay que recurrir a Carlos Marx.

Al tocar de nuevo la crisis económica a las puertas del sistema en los años 1997 y 1998, comenzaron a aparecer trabajos con títulos sugerentes como “El regreso de Carlos Marx”,⁴⁸ donde autores no marxistas expresan planteamientos como este: “Mientras más tiempo paso en Wall Street, más me convengo de que Marx tenía razón”, o este otro: “Estoy absolutamente convencido de que el enfoque de Marx es la mejor forma de analizar el capitalismo”.

Recordando no más algunos momentos de su teoría de la crisis, Marx explicó cómo en una economía mercantil debe existir una correlación entre valores de uso y valores de cambio. Esa correlación entre los polos en que se desdobra toda mercancía existe aunque no está medida por una fórmula matemática y permite márgenes de autonomía, pero también establece límites a la separación de aquellos polos.

Esa correlación es desarrollada por Marx a lo largo de los tres tomos de *El capital* en sucesivos eslabones –entre valores de uso y valores, entre valores y precios, entre cantidad de mercancías y cantidad de dinero necesaria para la circulación, entre composición técnica y composición orgánica del capital, etc.– hasta culminar en el momento de crisis, esto es, cuando las contradictorias fuerzas internas del sistema detonan la crisis como explosión que destruye y abre nuevas vías de expansión. El sistema tiende permanentemente al desequilibrio y solo lo recupera parcialmente al precio de destruir fuerzas productivas. Es su modo de vida, su peculiar ciclo.

La explicación marxista puede ser vista también en acción si recordamos que la crisis de los años treinta –cuando el sistema tenía ya una cierta burbuja financiera– fue, entre otras cosas, un ajuste entre la economía real que produce valores de uso (bienes y servicios tangibles, derivados del trabajo y portadores de los valores reales creados) y la superestructura especulativa financiera que había crecido sobre ella, y la había superado varias veces en tamaño y generado una dinámica especulativa propia, cada vez más alejada e incluso divorciada de su base real.

Bolsas, acciones, derivados, fondos de pensiones, bonos, *hedge funds* crean una imagen fabulosa de enriquecimiento rápido en una dinámica especulativa que parece no tener límites, pero los tiene. Esos límites serían el punto en que el andamiaje de apuestas, deudas cruzadas y capital ficticio, sustentado no más que por una base tan voluble como la

⁴⁸ John Cassidy: “El regreso de Carlos Marx”, en *The New Yorker*, 20-27 de octubre de 1997.

confianza, se desplome; al tornarse la confianza en pánico por la llamada al orden del estancamiento de la economía real debido a la estrechez de la demanda solvente. Demanda solvente que no es más que el tecnicismo para expresar la capacidad de compra de los que pueden pagar y la incapacidad de los miles de millones de pobres que no pueden.

El estallido de la burbuja está en el orden del día y el detonante último será la ola de pobreza y exclusión que el neoliberalismo ha sembrado por todo el mundo subdesarrollado e incluso en segmentos del desarrollado.

En una efectiva contribución al desastre, el neoliberalismo ha socavado la base última de reproducción y crecimiento del sistema constituida por la dinámica de la economía real, la ampliación de la demanda solvente y el aumento del empleo.

Con serruchar la rama sobre la cual el sistema está sentado sobre el vacío, el neoliberalismo ha privilegiado la liberalización financiera que persigue el máximo enriquecimiento de pocos, ha olvidado la economía real y, para obtener ganancia máxima, ha empobrecido a millones.

El estancamiento o rezago de la economía real se manifiesta en múltiples formas. Una de ellas es la fiebre de fusiones y adquisiciones que constituyen la mayor parte de las inversiones en la era de la liberalización financiera.

Estas fusiones y adquisiciones expresan una pugna feroz por repartir un pastel que en lo sustancial no crece y se redistribuye en medio de luchas especulativas donde todo vale. Es la guerra por repartir un mismo mercado que no crece y que sustituye al proceso de inversión productiva.

Es evidente que el excesivo follaje especulativo tiende a asfixiar a la economía real y a partir de esta realidad pudiera decirse que el sistema pide un recorte del mismo. Ese recorte es la crisis que comenzó en 1997 en el sudeste asiático y desde entonces se complica.

La burbuja financiera puede llegar a sofocar a la economía real que es en rigor su base de sustentación, a pesar de la aparente autosuficiencia del mercado financiero. Lo que se transa en este mercado son títulos de valor que son creados en la economía real por la aplicación de trabajo físico e intelectual. Las acciones, bonos o cualquier otro instrumento financiero no hacen más que representar los valores de las empresas o activos en general. Ellos carecen de valor *per se*.

Keynes, quizás el más lúcido e inteligente defensor de los intereses estratégicos del sistema en el siglo XX, expresó de muchas maneras el peligro de la especulación convertida en eje de la reproducción:

Los especuladores pueden no hacer daño cuando solo son burbujas en una corriente firme de espíritu de empresa, pero la situación es seria cuando la empresa se convierte en burbuja dentro de la vorágine de la especulación. Cuando el desarrollo del capital de un país se convierte en subproducto de las actividades propias de un casino, es probable que aquel se realice mal.⁴⁹

Cuando el sector financiero funciona no como facilitador y canalizador de capital hacia el sector productivo, sino como un fin en sí mismo, y se mueve en el terreno de la especulación y atrae capitales que dejan de actuar productivamente, entonces dicho sector está minando, a cambio de la ganancia a corto plazo, la base más profunda del sistema.

Este daño a la base reproductiva y generadora de valores y riqueza del sistema puede reconocerse también en el cambio del paradigma empresarial.

En épocas de Smith, Ricardo, Marshall, Schumpeter, el paradigma progresivo exaltado por la teoría era el empresario organizador de la producción, dotado de audacia para arriesgar en el mercado, con capacidad de liderazgo y vocación innovadora. Eran los capitanes de industrias en los que se decía, descansaba el crecimiento y la reproducción ampliada del sistema.

En nuestros días de liberalización financiera, el paradigma se ha desdibujado, ha dejado de ser progresivo y apunta más hacia los millones ganados especulativamente por George Soros, que hacia empresarios productivos.

El mercado financiero, liberado de regulación, tiende a desarrollar la especulación como método de obtener ganancia fácil y rápida, pero no puede esperarse del especulador la creación de industrias, de tecnologías de uso productivo, que efectúe inversiones de infraestructura con largos períodos de recuperación, tenga sentido perspectivo y deseche la ganancia inmediata para priorizar los intereses estratégicos.

La liberalización financiera reduce y precariza el empleo mediante la “flexibilización del mercado de trabajo”. Reduce así la demanda solvente de la cual depende finalmente y que se revela con claridad cuando la crisis elimina la espuma financiera.

INEQUIDAD EN LA DISTRIBUCIÓN DEL INGRESO Y EL CONSUMO

⁴⁹ John Maynard Keynes: *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, Fondo de Cultura Económica, México, 1963, p. 157.

El mundo no está dividido en forma absoluta y pura entre países ricos donde están todos los ricos y países pobres donde están todos los pobres.

El mercado capitalista –aunque ha concentrado la pobreza masiva en los países del Tercer Mundo– no ha dejado de producir oligarquías tercermundistas de consumo imitativo, e islotes de pobreza en los países considerados ricos. Esta pobreza en el Primer Mundo es incluso mayor de lo que hace suponer la propaganda del lujo como estilo de vida. En los Estados Unidos el 20% de la población es analfabeta total o funcional, y el 17% de ella es pobre. En Europa hay 14,2 millones de desempleados y 68 millones de pobres. En Japón el alto ingreso no parece asegurar la felicidad, pues tiene la mayor tasa de suicidios.

No obstante, las enormes diferencias en ingreso y consumo se dan entre lo que ambiguamente se denomina “Norte” y “Sur”.

Con tanta velocidad como la especulación financiera, el capitalismo de signo neoliberal ha hecho crecer la desigualdad y, aun más, la profunda inequidad en la distribución del ingreso y el consumo.

El mundo es grato y la vida dulce para el 20% de la población mundial. Aquellos que creen en el discurso idílico de la globalización en que todos somos pasajeros en un mismo barco. Pero ellos viajan en camarotes de lujo con Internet, acceso a redes globales de comunicación, teléfonos celulares, disfrutan de dieta abundante y balanceada, toman agua limpia y tienen atención médica sofisticada.

Para la gran mayoría, que no alcanza camarotes de lujo, el viaje transcurre en el hacinamiento, con hambre, enfermedad y estricta prohibición de subir al territorio de los privilegiados.

En un análisis de largo plazo de las tendencias a la distribución del ingreso entre países, realizado por el PNUD,⁵⁰ resultó que en 1820 la distancia, en términos de ingreso, entre el país más rico y el país más pobre (Reino Unido e Indonesia, respectivamente) era de alrededor de tres a uno. En 1913 la distancia entre el más rico y el más pobre era de 11 a uno. En 1950 había escalado hasta una relación de 35 a uno. Ya en 1973 llegó a 44 a uno, para subir con fuerza hasta 72 a uno en 1992, aceleración que coincidió con la llegada de la “magia del mercado” de la mano de Reagan, Thatcher, Pinochet, el FMI y el BM. Ya en 1997 había alcanzado 74 a uno (los Estados Unidos y Myanmar).

⁵⁰ PNUD: Informe sobre desarrollo humano, 1998.

La tendencia a la polarización creciente se hace evidente también en la distribución del ingreso entre el 20% más rico de la población mundial (residente en países desarrollados) y el 20% más pobre (residente en el Tercer Mundo).

El 20% que viaja en camarotes de lujo hace el 86% del gasto mundial en consumo y el 20% más pobre hace apenas el 1,3%, lo que revela la virtual inexistencia, en cuanto a capacidad de compra en el mercado, de 1 300 millones de seres humanos.

El opulento 20% consume el 45% de la carne y el pescado, mientras que los más pobres solo el 5%; disfruta el 58% de la energía, y los más pobres el 1,5%; tiene el 74% de las líneas telefónicas, y los más pobres el 1,5%; consume el 84% de papel, y los más pobres el 1,1%; posee el 87% de los vehículos, y los más pobres menos del 1%.

En tanto, la riqueza de los tres más grandes multimillonarios supera el PIB combinado de los 48 países más pobres, en los cuales viven algo más de 600 millones de personas.

El mercado liberado de regulación y la privatización a ultranza han acelerado la conformación de un sistema altamente polarizado en lo económico y lo social, donde la inequidad es tan abismal que ya no se trata solo de desigualdad, sino de una franca exclusión, un auténtico bloqueo a las posibilidades de realización humana de vastas porciones de la población del planeta.

Lo insostenible del sistema no radica estrictamente en el funcionamiento inestable y propenso a crisis recurrentes de su economía, sino en la conformación de una estructura social que excluye de posibilidades de realización a miles de millones de personas y decenas de países; que agrede la condición humana de grandes mayorías, y agrede también al medio ambiente hasta comprometer la posibilidad misma de vida inteligente en el planeta.

Las crisis económicas –por más violentas y abarcadoras que sean– no derrumbarán al sistema. Para el capitalismo la crisis económica no es una anomalía, sino una regularidad. Forman parte las crisis de su peculiar ciclo de vida. La “destrucción creativa” de Schumpeter es la forma de minimizar y disculpar la realidad de un sistema que, para lograr el equilibrio siempre esquivo, requiere periódicos episodios de destrucción de fuerzas productivas. Y son los seres humanos el componente más importante de las fuerzas productivas.

No habrá derrumbe como simple resultado de una crisis económica. Siempre la economía capitalista puede resurgir por precarias que sean las condiciones en que lo haga y por profundo que sea el daño ocasionado. Dejadas a su espontaneidad, las relaciones mercantiles siempre harán su reproducción, lo cual implica que no habrá derrumbe

económico, sino que el sistema debe ser derrumbado por el accionar social concertado, por acciones de naturaleza política que rompan con la tradicional “política” desgastada.

Lo insostenible del sistema radica entonces en sus efectos sociales, que se extienden a la dimensión ambiental, aunque la economía, con su naturaleza explotadora, su visión estrecha y cortoplacista del mercado, que actúa sobre el empleo, el ingreso, el consumo, la tecnología y, en suma, sobre las posibilidades de desarrollo, sea la principal responsable en la creación de una estructura social que es insostenible porque se hace insoportable para la realización humana y para la continuidad de la vida social en el planeta.

América Latina ofrece una muestra de laboratorio de esa estructura social insostenible e insoportable. En ella la pobreza es el “tema social” más frecuente en cualquier estudio y según estadísticas oficiales disponibles la situación es bien seria. Aunque es evidente que la magnitud real de la pobreza es bastante mayor que la revelada por esa estadística que es manipulada al menos por dos factores: la larga y espesa discusión metodológica sobre el modo de medir la pobreza y los esfuerzos de muchos gobiernos por ocultarla.

Aun así, en 1980 la pobreza abarcaba, según la CEPAL,⁵¹ al 40,5% de la población latinoamericana. En 1999 era el 43,8%, y desde entonces se mantiene en torno al 44% (unos 220 millones de personas), aunque existen otros 45 millones que integran el grupo de “no pobres con mayor riesgo de caer en la pobreza” porque sus ingresos superan en no más del 25% los correspondientes a la línea de pobreza.

Solo tres datos seleccionados entre muchos posibles: cerca de 77 millones de latinoamericanos habitan en viviendas hacinadas con tres o más personas por cuarto, 165 millones carecen de acceso al agua potable, y 22 millones de jóvenes entre 15 y 24 años, que representan el 25% de ese grupo etario, no estudian ni trabajan, lo que ofrece un fértil semillero para la delincuencia.

Pero no es la magnitud absoluta de la pobreza latinoamericana, ni sus muchas expresiones, lo más grave. Es la pavorosa inequidad en la distribución del ingreso, aún peor que a nivel global entre países ricos y pobres o a nivel regional africano o asiático. En los países de la región el 10% más rico se apropia de más del 30% del ingreso, en la mayoría de ellos se apropia del 35% y en Brasil del 45%.⁵²

El ingreso de este 10% de satisfechos latinoamericanos supera en 19 veces al que recibe, en promedio, el 40% de los hogares.

⁵¹ CEPAL: Una década de desarrollo social en América Latina. 1990-1999, Santiago de Chile, 2004.

⁵² CEPAL: *Ibidem*.

Como la polarización del ingreso es tan enorme, el promedio general es engañoso y se revela en que el 66% y el 75% de la población, según el país, recibía un ingreso por persona inferior al promedio general.

La conclusión de la CEPAL es desalentadora:

Más allá de que el crecimiento económico haya permitido reducir la pobreza absoluta, la expansión productiva no ha modificado la distribución de los frutos del crecimiento. Tampoco se advierten signos alentadores que permitan esperar que esta situación experimente, en el corto y mediano plazo, variaciones importantes (...) incluso allí donde se logró mantener un ritmo de crecimiento alto y sostenido, como en Chile, la distribución del ingreso mostró una enorme rigidez y persistieron las disparidades.⁵³

Mientras la economía se tambalea entre una y otra crisis, la ciencia y la tecnología no pueden desplegar su potencial transformador por el estrecho margen de actuación que le impone su sometimiento al mercado.

En tanto la naturaleza se resiente por la depredación y grandes mayorías de personas arrastran la carga de la pobreza y la exclusión, una élite ebria de consumismo y banalidad vive en un permanente derroche.

LA INCÓGNITA DEMOGRÁFICA

El sistema así constituido enfrenta otro formidable desafío: ¿qué hacer con la gente?, ¿cómo resolver el reto de la creciente población dentro de un sistema que excluye a las mayorías?

Alrededor del año 1500 la población mundial ascendía a unos 500 millones y tres cuartas partes de la superficie terrestre eran espacios vacíos o territorios de cazadores nómadas y agricultores primitivos.⁵⁴ En 1970 ascendía a unos 3 000 millones.

Ya a comienzos del año 2005 la población mundial ronda los 6 500 millones. Los pronósticos indican que en el año 2020 habrá 8 000 millones.⁵⁵ Cada año se agrega a la población mundial otro México.

De los aproximadamente 133 millones de nacimientos anuales actuales, alrededor del 10% (13 millones) se producen en los países desarrollados y el 90% (120 millones) en países subdesarrollados. En el año 2020 vivirán en la periferia tercermundista 7 000

⁵³ CEPAL: *Ibíd.*

⁵⁴ Aldo Ferrer: *Historia de la globalización*, Fondo de Cultura Económica, México, 1996.

⁵⁵ Fondo de Población de Naciones Unidas: *World Population Prospects*.

millones, más del 50% en relación a los que vivían en 1995. Allí vivirá entonces el 84% de la población mundial, mientras que en los países desarrollados la población apenas habrá crecido. En los países ricos la densidad media de población será de 23 habitantes por kilómetro cuadrado, ligeramente mayor que los 22 actuales. En los países pobres será de 78 habitantes, lo que significa mayor presión sobre los recursos naturales, en especial sobre la limitada tierra fértil.

En el año 2020 casi 25% de la población del mundo desarrollado será mayor de sesenta años, incluido un 18% mayor de 65 años. La edad promedio será de 41 años y el número de personas entre los 24 y los 59 años, considerada como el segmento más productivo, será inferior a la mitad de los habitantes. Tendrán pocos hijos y se verán obligados a cuidar de sus padres ancianos.

En el mundo subdesarrollado la proporción de jóvenes será del 46% de la población. El 43% estará en la edad más productiva y no tendrán muchos ancianos que cuidar, pues solo el 10% de la población tendrá más de sesenta años, y habrá tres veces menos población mayor de 65 años que en el llamado Primer Mundo. La edad promedio será de 27 años.

Más hacia el futuro, la población mundial alcanzaría entre diez mil y doce mil millones antes de nivelarse en esas cifras bien elevadas y esa nivelación no ocurriría nunca antes del año 2050.

Por un lado, entonces, una población minoritaria, estancada en su crecimiento e incluso en reducción, progresivamente vieja, que hoy concentra el 86% del gasto en consumo del mundo y que tiende a concentrar más aún la riqueza en su poder. Por otro, una población mayoritaria, y que lo será aún más, que es muy joven, con inmensas necesidades insatisfechas y con tendencia a ser más excluida del desarrollo, el conocimiento y el consumo.⁵⁶

No se trata de terciar en la vieja discusión sobre la visión malthusiana, ni de incurrir en un catastrofismo poblacional, sino de colocar la variable demográfica como factor de evidente peso en el desafío social que el sistema enfrenta.

Lo que está en juego es si el capitalismo globalizado neoliberal puede resolver esta ecuación en la que satisface a proporciones minoritarias decrecientes y progresivamente envejecidas de la población mundial, mientras rechaza y empobrece a vastas mayorías jóvenes e insatisfechas, al tiempo que sus medios de difusión incrustan en las mentes un modelo de consumo inalcanzable para nueve de cada diez personas.

⁵⁶ Susan George: *Informe Lugano*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2002.

¿Es sostenible el sistema hacia el futuro a partir de sus tendencias excluyentes que al empobrecer a las mayorías las reproduce en forma ampliada y va ahondando el abismo entre mundo rico y mundo pobre?

LA INCÓGNITA AMBIENTAL

La enfermedad de inequidad social está en la base también de la insostenibilidad ambiental, que es en lo esencial una expresión de la insostenibilidad socioeconómica, y no solo y no tanto el resultado de gases de efecto invernadero, reducción de la capa de ozono u otros factores encerrados en el debate técnico-ambiental.

Lo que está en el centro de la insostenibilidad ambiental es, por un lado, las condiciones naturales de vida sometidas a la depredación del mercado y agredidas por un ideal consumista de vida y, por el otro, el deterioro ambiental provocado por el subdesarrollo y la pobreza.

En un extremo, el mercado todopoderoso y el lucro empresarial envenenan o exterminan el aire, el agua, el suelo, el mar, los ríos, los bosques, la biodiversidad, y un estilo consumista e irresponsable de vida, convertido en ideal supremo de felicidad, lo agrava. En el otro extremo, la pobreza –hija sobresaliente del sistema– presiona también de modo negativo sobre el medio ambiente.

Sería imposible reseñar siquiera el debate sobre medio ambiente actual, pero es necesario recordar algunos puntos básicos de este.

Los países desarrollados, con los Estados Unidos como intransigente campeón, en sus posiciones oficiales cuestionan la validez del deterioro ambiental como reto ya planteado a la supervivencia de la especie humana.

Sostienen que no hay evidencia científica sólida para compartir lo que consideran alarma exagerada de los ambientalistas. Incluso cuando existen instrumentos nada radicales como el Protocolo de Kyoto, el gobierno de los Estados Unidos los rechaza.

Esta posición estadounidense es bien coherente con su condición de gran agresor del medio ambiente y gran beneficiario de esa agresión. Reconocer que el mundo se acerca a peligrosos límites ambientales sería para los Estados Unidos renunciar a una cómoda situación. Esa renuncia sería tan costosa que explica la razón por la que ninguna evidencia de crisis ecológica resulta suficiente, a pesar de que las evidencias y los síntomas alarmantes son abundantes.

Nada mejor para los petroleros depredadores en el poder en los Estados Unidos que la explicación basada en la Curva de Kuznets, según la cual, el crecimiento económico

conduce en el corto plazo a cierta degradación ambiental, pero una vez que se alcanza un nivel de ingreso por habitante las condiciones ambientales tienden a mejorar. Esto significa que el crecimiento económico tiene que alcanzarse, antes que pensar en proteger el medio ambiente, o, en otras palabras, que la política económica sustituye o anula a la política ambiental hasta que se alcance un hipotético punto a partir del cual sea posible preocuparse por el medio ambiente.

Tomando datos estadísticos promedio que no toman en cuenta la diferencia de consumo entre ricos y pobres en los Estados Unidos, pero que sirven como expresión del consumismo desenfrenado en ese país, se calcula que en su vida un habitante de los Estados Unidos consume 540 toneladas de materiales de construcción, 18 toneladas de papel, 23 toneladas de madera, 16 toneladas de metales y 32 toneladas de productos químicos de origen orgánico.

Ese país, con el 4,7% de la población mundial (2001), tiene un consumo de energía comercial por habitante que es superior en más de cinco veces a la media mundial. Por cada mil habitantes circulan en él 750 vehículos de motor. Los países desarrollados son responsables de más de la mitad de las emisiones de dióxido de carbono y solo los Estados Unidos emiten algo más del 22%.

Cada habitante de los Estados Unidos emite al año unas veinte toneladas de ese gas, que es nueve veces más que lo correspondiente a un habitante promedio del Tercer Mundo y casi ocho veces las emisiones de un latinoamericano.⁵⁷

Los Estados Unidos emiten un 38% más de dióxido de azufre que el promedio de los países miembros de la OCDE, genera desechos nucleares por 2 700 toneladas métricas de metal pesado por año y también residuos peligrosos por 173 millones de toneladas métricas anuales.

Un ejemplo, entre muchos posibles, de la lógica de mercado en materia ambiental es lo que impulsa a la exportación de estos desechos peligrosos, de esta basura tóxica y contaminante: el costo de aplicar tratamientos a estos desechos en los países desarrollados es de hasta 3 000 dólares por tonelada, mientras que pueden ser exportados hacia el Tercer Mundo y enterrados sin tratamiento alguno por solo cinco dólares la tonelada.

Mientras tanto, los síntomas de una grave crisis se hacen alarmantes en tanto indican la posibilidad de un punto de no retorno.

⁵⁷ Ramón Pichs: *Economía mundial, energía y medio ambiente*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2004.

Cada año se pierden unas 50 000 especies de plantas y animales. Las especies de algunos grupos de plantas y animales se están extinguiendo a un ritmo entre cincuenta y cien veces más rápido que la velocidad media natural.

Más de un 80% de los bosques que cubrían grandes partes del planeta, han sido talados, fragmentados o degradados de una u otra forma, y un 39% de los bosques naturales remanentes se encuentran en peligro de deforestación.

La desertificación avanza sobre tierras agrícolas a ritmos de más de seis millones de hectáreas anuales. Esto es una seria amenaza para el 40% de la superficie terrestre (zonas áridas, semiáridas y subhúmedas secas) donde viven más de mil millones de personas.

El deterioro de la capa de ozono ocurre a un ritmo de un 3% por década y, aún con el cumplimiento de lo acordado en el Protocolo de Montreal para eliminar la producción de clorofluorocarbonos, las emisiones ya hechas de estos gases continuarían erosionando la capa de ozono durante décadas y la recuperación de dicha capa no tendría lugar antes del año 2100.

De los últimos 130 años, los diez más calurosos se registraron entre las décadas de 1980 y 1990.

La temperatura promedio global se podría incrementar entre 1,4 y 5,8 grados centígrados en el período 1990-2100. Este incremento es de dos a diez veces mayor que el valor medio del calentamiento en el siglo XX y no tendría precedentes, al menos en los últimos 10 000 años. El nivel medio global del mar se podría incrementar entre 0,09 metros y 0,88 metros entre 1990 y 2100, con graves amenazas para la vida de muchos millones de personas.

No es todo, pero es suficiente para entender que la agresión al medio ambiente no puede prolongarse indefinidamente.

La seria amenaza ambiental no es un resultado tecnológico, sino social. Al capitalismo le interesa la transformación de la naturaleza en tanto instrumento para la valoración del capital. La protección de la naturaleza y de las condiciones para la vida no son más que costos reductores de ganancia, por lo que la estricta lógica del sistema, despojada de toda regulación que la limite, es depredadora del medio ambiente.

Un horizonte mental tan estrecho como el de la ganancia de capitales privados no puede conducir más que a la catástrofe ambiental. En el dilema entre la ganancia y la protección ambiental, el capital siempre elegirá la ganancia y encontrará argumentos para minimizar la amenaza o postergar las acciones de protección.

Esperar otra cosa sería tan insensato como tratar de convencer a Bush y su clan de petroleros de que es necesario dejar de quemar petróleo y cambiar el modelo energético basado en combustibles fósiles.

La tendencia hacia la crisis ambiental global –implícita en su lógica de funcionamiento– acompañó al capitalismo desde su cuna. Esa crisis tiene al lucro de mercado como su motor, a la opulencia despilfarradora como su agravante mayor, y a la pobreza que destruye el bosque porque no tiene otro combustible para cocinar, como su agravante menor.

Es la estructura de profunda desigualdad e inequidad social expresada en la polarización entre opulencia y pobreza, entre poseedores y desposeídos, y la tendencia esencial del sistema a mantener e incluso a hacer aún peor esa estructura, la que permite colocar la insostenibilidad ambiental como otra dimensión de lo insostenible del sistema en términos sociales.

El mundo actual modelado por el imperialismo neoliberal acumula tal carga de bloqueo a la realización humana concebida como vida digna en condiciones de equidad social, acceso al conocimiento, a la atención de salud, a la participación democrática, a la vida en un entorno natural equilibrado y sustentable, que su trayectoria de vida apunta hacia lo insostenible, hacia la extinción.

Es insostenible no por razones técnicas, sino por profundas razones sociales que se podrían resumir en que rebaja, degrada y excluye a demasiados habitantes del planeta, de tal modo que hace insoportable para ellos la continuación de su funcionamiento.

El sistema capitalista actual exhibe su incapacidad nada menos que para alimentar, educar, proveer atención de salud, dar empleo digno, recreación sana y atención adecuada en la vejez, a la mayoría de los humanos, y preservar el medio ambiente que les permite vivir.

Sus tendencias indican que cada vez lo hará peor.

De muchas maneras podría ejemplificarse lo destructivo y aun lo absurdo de su existencia. Véase una de ellas: las Naciones Unidas han calculado que bastaría con destinar seis mil millones de dólares anuales adicionales a lo que ahora se destina, para lograr la enseñanza básica para todos en los países del Tercer Mundo. Es una exigua cifra comparada con el millón de millones de dólares que cada año se dedican a la propaganda comercial para intoxicar las mentes de consumismo, o los 900 000 millones que se gastan en producir armas.

Otra pequeña cifra, esto es, 12 000 millones, bastarían para lograr salud reproductiva para todas las mujeres. Estas pequeñas cifras no se logran reunir, a pesar de los ruegos,

exhortaciones y explicaciones para convencer a los gobiernos de los países “donantes”, que son los mismos que patrocinan la propaganda comercial, producen y exportan armas de todo tipo, y protagonizan, del brazo de sus transnacionales, la especulación financiera que cada día mueve dos millones de millones de dólares.

Mientras esto ocurre, en los Estados Unidos se gastan cada año 8 000 millones de dólares en cosméticos. Europa gasta 11 000 millones en helados, y entre estadounidenses y europeos gastan 17 000 millones en alimentos para animales domésticos.

Cada día mueren silenciosamente 30 000 niños por enfermedades curables. Varias veces el número de víctimas de las Torres Gemelas. Son víctimas del hambre, de la pobreza, de la falta de atención médica. Los mata un tipo de terrorismo más mortífero que cualquier otro, pero que no por eso es perseguido ni demonizado. Es el terrorismo de mercado.

Las condiciones extremas de explotación, exclusión social y amenaza a la vida de la especie, explican el surgimiento de los movimientos sociales que se expresan en el Foro Social Mundial. El mundo, tal como lo ha modelado el capitalismo a lo largo de cinco siglos, es ya insostenible porque es insoportable. Otro mundo no solo es posible, sino imprescindible.

III

ALBA Y ALCA: EL DILEMA DE LA INTEGRACIÓN O LA ANEXIÓN

La integración de América Latina ha hecho correr ríos de tinta e interminables torrentes de retórica, pero sigue siendo el gran tema estratégico pendiente.

Esa integración posee un fuerte cimiento histórico en las visiones de Bolívar y Martí. El primero llamó a la unidad política de los recién liberados pedazos del imperio español, intentó darle forma a esa unidad política al convocar al Congreso Anfictiónico de Panamá y enfrentó la oposición de los recién nacidos Estados Unidos, a los que –con profunda y precoz visión– señaló como los futuros responsables de “plagar a la América de miserias, en nombre de la libertad”.

Martí conoció de modo directo, por haber vivido un largo período en Nueva York, el surgimiento del imperialismo, y con una penetración sorprendente urgió a los pueblos de la “América nuestra” a unirse para resistir el dominio y la expansión de la naciente potencia imperialista.

En ambas figuras cumbres de la formación de lo que después llamaríamos América Latina, hay una percepción esencial: los países al sur del río Bravo forman parte de un conjunto cuya realización como pueblos no puede alcanzarse más que como conjunto integrado y haciendo resistencia al imperialismo que desde el norte ve al resto de la América como el patio trasero de su propiedad.

Los reclamos de Bolívar y Martí tenían y tienen sólidas razones, pues los argumentos favorables a la integración son abundantes.

América Latina ha sido estructurada por los procesos coloniales español y portugués, los que, no siendo exactamente iguales, comparten entre ellos similitudes mayores que las existentes entre los modelos coloniales inglés, francés, holandés, alemán, belga. Finalizada la gesta de la independencia, el dominio colonial fue sustituido por el dominio neocolonial ejercido por imperios europeos con la intromisión creciente de los Estados Unidos y, en tiempos más cercanos, por los imperialismos británico y estadounidense, con preponderancia progresiva de este último.

Como herencia positiva de ese pasado colonial, la América Latina posee una riqueza única en tanto potencial para la integración.

Se trata de la posibilidad de comunicación directa entre los pueblos hispanoparlantes y lusoparlantes, lo que permite a más de 500 millones de personas entenderse, hablando unos español y otros el portugués ya muy brasileño que se habla en Brasil.

Con relación al África, dividida en cuanto a la lengua y no pocas veces incomunicada, al Asia que presenta una situación similar, e incluso a Europa, allí donde más ha avanzado la integración, pero donde la Unión Europea tiene que hacer traducciones a más de diez lenguas diferentes, los latinoamericanos disfrutamos de mayores posibilidades de comunicación.

La América Latina, aun sin pretender un romántico y falso homologuismo entre sus naciones y pueblos, muestra unas condiciones para la integración que en teoría son superiores a las de cualquier otra región del planeta.

Al pasado colonial que formó una estructura socioeconómica relativamente común y a la posterior acción modeladora imperialista que forjó relaciones de dependencia y explotación similares le suma América Latina esa singular posibilidad de la comunicación directa entre los pueblos de habla española y portuguesa.

Y a todo eso, que no es poco, le agregamos ahora lo que en tiempos de esta globalización, que en rigor debiera ser llamada neoimperialismo, es ya un hecho establecido: la integración en la época de los grandes bloques económicos de países desarrollados (Unión Europea, Estados Unidos-Canadá, Japón-NIC's) es para los países subdesarrollados mucho más que aprovechar economías de escala o beneficiarse de un mercado ampliado. Es condición de desarrollo y, aún más, de supervivencia en los tiempos de los grandes espacios económicos y de la lucha por la hegemonía imperialista.

La integración de la "América nuestra" para hacer realidad el desarrollo de sus pueblos y para derrotar el dominio de la América que no es nuestra tiene hoy al menos tanta vigencia como en los tiempos en que Martí asistió a las reuniones en Washington de la Conferencia Monetaria de las Repúblicas de América. Entonces el naciente imperialismo norteamericano pretendió establecer una moneda común, de plata, para las transacciones en la América. Ahora pretende con el ALCA y los Tratados de Libre Comercio consolidar y extender su hegemonía sobre la región.

Pero la distancia entre el potencial de la integración y su anémica realidad es enorme.

Si pensamos en las distancias entre la posible América Latina integrada económica y políticamente, haciendo valer su riqueza económica, cultural, intelectual, haciendo escuchar

su voz unida, y la América Latina todavía atrapada en la OEA, con algunos gobiernos compitiendo por ganar la sede del ALCA y entusiasmados con ingresar a ese proyecto, tendremos que reconocer lo poco que se ha avanzado hacia la integración.

El corto camino recorrido tiene muchas instituciones o estructuras creadas para propósitos declarados de representación, coordinación o integración regional o subregional, pero la acumulación de siglas que aluden a instituciones no expresa profundidad ni eficacia en la integración, sino más bien refleja su inoperancia y la acumulación de proyectos fallidos.

En términos políticos la América Latina sigue careciendo de un verdadero mecanismo de concertación latinoamericano y caribeño. No lo pueden ser ni la desprestigiada OEA, ni las Cumbres Iberoamericanas, ni agrupaciones subregionales o de conformación coyuntural como el Grupo de Río, u otras instancias a nivel centroamericano o caribeño. La Comunidad Sudamericana de Naciones y la Comunidad Andina son buenos proyectos en el papel, pero no representan a toda la región, y su verdadero significado dependerá de las tendencias políticas que predominen hacia adelante en sus gobiernos.

Aunque la existencia de instituciones no determina el curso de la realidad, ni asegura integración efectiva, es significativo que América Latina no tenga siquiera algo parecido a la Organización de la Unidad Africana. La región –como expresión de fragmentación política– no ha logrado trascender el escenario de instituciones diseñadas para reunirse en Washington y transmitir las directivas del amo (OEA), para reunirse con las antiguas metrópolis coloniales que ahora actúan como asociados menores de los Estados Unidos (Cumbres Iberoamericanas), o para reunirse en grupos subregionales a veces capaces de asumir posiciones valiosas (CARICOM, Grupo de Río, Asociación de Estados del Caribe), a veces capaces de producir lamentables resultados (Centroamérica) y a veces como desafortunada expresión de un buen proyecto que vive en la agonía por la falta de apoyo de no pocos gobiernos (SELA).

La fragmentación política aludida ha conducido a que la integración regional sea entendida con preferencia como integración económica y es por eso frecuente que se presente al proceso de integración regional como la descripción y el relato de los avatares de los esquemas de integración económica iniciados a comienzo de los años sesenta bajo la influencia intelectual del desarrollismo cepalino, de las urgencia y temores catalizados por la Revolución cubana, y del despegue de la integración europea.

Esos esquemas de integración económica tienen vidas ya relativamente largas y todos – con las obvias diferencias individuales– son intentos subdesarrollados de integrar países subdesarrollados.

Ha fracasado la integración que podríamos llamar cepalina por corresponder a la época del “desarrollo hacia adentro”, la sustitución de importaciones y el aliento de una industrialización liderada por una burguesía industrializante, modernizadora y que la CEPAL creía capaz de ser “nacional”, en tanto portadora de intereses desarrollistas que la harían capaz de defender sus mercados nacionales frente a la obvia tendencia a la hegemonía del capital extranjero.

Ha fracasado también –con fracaso aún más sonado– la integración que podríamos llamar neoliberal por corresponder a la época en que el neoliberalismo se hace dominante y convierte a la integración en cáscara encubridora de un gran vacío y a la retórica integracionista en parloteo para encubrir la creciente desintegración.

El fracaso de la integración cepalina es el fracaso del modelo cepalino de desarrollo hacia adentro. En aquel modelo la integración fue un desarrollo intelectual lógico, que fue planteado cuando se empezó a constatar que la industrialización, el desarrollo hacia adentro y la incorporación de “los frutos del progreso técnico” se asfixiaban dentro de los estrechos mercados nacionales y era evidente que la ampliación del mercado a escala regional era determinante para aspirar a los necesarios niveles de producción y productividad.

Pero el modelo, y el tipo de integración correspondiente al mismo, fracasaron. Las razones y el debate en torno a este problema han ocupado y ocuparán muchos miles de páginas. No pretendo más que apuntar las razones que explican el fracaso, sin desconocer los méritos del pensamiento cepalino durante aquella “edad de oro” de la CEPAL; cuando fue capaz de estructurar una interpretación y una propuesta originales que se irían perdiendo.

La primera razón del fracaso no está en las economías de escala, en las técnicas y procedimientos para la rebaja arancelaria o en cualquier otro aspecto de técnica económica, y tampoco está en la economía “pura”, si es que esta existe de algún modo.

Esa razón se encuentra en esa zona donde la economía se amalgama con la política, la sociología, la historia y la cultura, para explicar el fracaso de la burguesía industrializante que para la CEPAL era el principal actor social que debía hacer cambios estructurales internos imprescindibles (reforma agraria para quebrar el latifundio y la acción del regresivo binomio latifundio-minifundio, redistribución del ingreso, sin lo cual el mercado interno seguiría siendo estrecho), disponerse a resistir con firmeza la penetración y el dominio de

las transnacionales en defensa de sus mercados nacionales y de su mercado regional y, por tanto, disponerse a enfrentar a los gobiernos de los Estados Unidos, sin lo cual es impensable alguna política de desarrollo autónoma en esta región.

Como balance regional, y sin olvidar que cada historia nacional es específica y nunca exacta a otras, la burguesía industrializante soñada por la CEPAL fracasó en su papel como estrella del reparto. Demostró ser más transnacionalizada que nacional y, por lo general, aceptó la hegemonía norteamericana y el actuar como administradores de la dependencia y empleados de alto nivel de filiales de transnacionales, antes que ser los burgueses “nacionales” plantados en defensa de sus mercados, empresas y proyectos propios.

El error de la CEPAL no consistió en una mala concepción del modelo en cuanto a la lógica de su funcionamiento a partir de concederle a la burguesía industrializante todos los atributos con que la idealizó. Aquella lógica era correcta para reproducir con atraso en América Latina procesos clásicos de desarrollo capitalista ocurridos en Europa y los Estados Unidos. Pero ya entonces la burguesía industrializante o era demasiado débil, o era demasiado dependiente y sometida, o temía demasiado a las revoluciones populares después del triunfo de la Revolución cubana, o tenía todo lo anterior mezclado; y no fue más allá de ser administradora de la dependencia, más que dirigentes de un desarrollo capitalista autónomo.

Más que el fracaso del modelo cepalino, lo que ocurrió fue el fracaso del desarrollo capitalista autónomo de América Latina.

No se hicieron las transformaciones estructurales internas y no fue sorpresa que la integración fuera entonces de los capitales y no de los pueblos. Y ni siquiera de capitales nacionales, sino de la integración de capitales transnacionales que han sido los reales diseñadores de los esquemas existentes.

Las reformas agrarias o no se hicieron en absoluto (Brasil), o fueron hechas reformas blandas, o, peor aún, fueron sustituidas por subterfugios como la colonización, administración de tierras o “desarrollo del mercado de tierras” de los tiempos neoliberales.

Dado que el poverío latinoamericano nunca fue considerado más que como acompañante y receptor pasivo de un modelo dirigido por sus burgueses y oligarcas, entonces la integración nunca fue una causa popular ni conectó con las luchas y aspiraciones de los pueblos. Permaneció como uno más de los temas tecnocráticos reservados al manejo de expertos en remotas reuniones internacionales y materia prima para discursos de salón.

Cuando el neoliberalismo irrumpe y se hace dominante en la región, la integración se había quedado lejos de su realización, pero tal como el “desarrollo hacia adentro” logró algunos aciertos parciales, ella había alcanzado algunos pequeños avances en forma de intentos de complementación productiva mediante programas multinacionales como los metal-mecánico y automotriz en el Pacto Andino, o los intentos de regulación del capital extranjero con la Decisión 24 de dicho Pacto, en coincidencia no casual con los momentos de mayor proyección popular y autonomía frente a los Estados Unidos en los gobiernos de Allende en Chile y Velasco Alvarado en Perú.

El CARICOM intentaba avanzar en muy difíciles condiciones dadas por la pequeñez de las economías y las huellas muy visibles de la relación dependiente con las viejas metrópolis europeas y la nueva metrópoli norteamericana.

A partir de 1982, con el estallido de la crisis de la deuda externa y la caída en masa hacia el neoliberalismo, el escenario sería otro. El ciclo neoliberal vació el escaso contenido de la integración regional y, bajo los nombres de los esquemas de integración que se conservaron, abrió paso a la desintegración.

Es curioso recordar lo que algunos dijeron al observar que bajo el “ajuste estructural” fondomonetarista los países que en él caían de inmediato hacían y decían lo mismo, con una homogeneidad que era lo contrario de la “heterogeneidad” tan invocada por la CEPAL como obstáculo para la integración en los tiempos idos.

Esa homogeneidad en discurso y acciones neoliberales hizo exclamar a algunos, con regocijo ingenuo en algún caso y cínico en muchos, que había llegado la buena hora para la integración regional, pues había terminado la heterogeneidad en cuanto a política y estrategia de desarrollo. Ahora todos los gobiernos decían, hacían y deseaban lo mismo.

La CEPAL arrió sus banderas del “desarrollo hacia adentro” y adoptó el eclecticismo imposible entre el modelo cepalino de Prebisch –surgido en condiciones de guerra con el pensamiento económico liberal de los años cuarenta y cincuenta–, y el neoliberalismo de los *Chicago boys* y el FMI. El resultado fue un híbrido que planteó una retirada de la herencia clásica cepalina, queriendo hacerla pasar como otra expresión de pensamiento original. Fue el “regionalismo abierto” que, bajo la acción modeladora real de la política neoliberal, las privatizaciones masivas y la capitulación ante las transnacionales, mostró ser muy abierto y muy poco regionalista.

Desde la época cepalina, y aún más con el ciclo neoliberal, la integración fue entendida en lo esencial como comercio intralatinoamericano, y sus avances fueron medidos por el

crecimiento del comercio intrarregional. Este modo de entender y medir el avance de la integración refleja su debilidad al menos en tres aspectos.

La integración no puede reducirse al puro y simple comercio porque este –sin mecanismos reguladores que compensen la tendencia al intercambio desigual entre partes de mayor y menor desarrollo– no hace más que reproducir y ampliar el esquema de producción, productividad y dominio comercial del cual parte.

En la medida en que el comercio sea más respetuoso de la pretendida pureza de la ley del valor, como lo quieren los neoliberales, en esa medida fortalecerá a los fuertes y debilitará a los débiles, o, en otras palabras, actuará como un agente desintegrador.

Por otra parte, las estadísticas sobre el comercio intrarregional son engañosas porque no dicen quiénes son los agentes económicos protagonistas de ese comercio. Es una verdad bien establecida que al menos 2/3 del comercio mundial actual no es más que comercio intrafiliales de empresas transnacionales (Oxfam, 2002). Estas filiales se “compran” y se “venden” entre ellas para evadir impuestos, como parte del funcionamiento global de mega empresas que de ese modo hacen una especie de caricatura de comercio internacional que no es otra cosa que comercio cautivo dentro de la empresa y movido por el interés de lucro de la misma, pero que aparece en las estadísticas como exportaciones de países soberanos. ¿Cuánto de ese comercio intralatinoamericano no es más que “comercio” entre filiales radicadas al amparo de privatizaciones y concesiones?

Las transnacionales superponen sobre el espacio económico regional sus estrategias de concentración o desconcentración de producción, de mercado, de crecimiento, con una lógica global de competencia entre grandes consorcios privados. Esa lógica es diferente a la del proceso de integración regional sobre el cual actúa, y es también indiferente a las necesidades de ese proceso, el cual no es más que un dato a considerar entre muchos otros en una estrategia global de maximización de ganancia.

Esa lógica globalizada puede coincidir de modo coyuntural y momentáneo con el crecimiento del comercio dentro de un esquema de integración.

Eventualmente, por razones de intereses de la regionalización de las empresas transnacionales, se producen espacios de competencia que permiten la exportación de manufacturas.⁵⁸ Más recientemente, la industria automotriz sufrió un proceso de reagrupamiento y modernización en las empresas de ensamblaje, que alimentó la expansión del comercio de manufacturas intrabloque Mercosur. Esto constituye un buen ejemplo de cómo estas empresas globalizadas reestructuran espacialmente su proceso de producción y

⁵⁸ Fajnzylber, 1970; Fajnzylber y Tarragó, 1976.

de cómo el aumento del comercio en realidad representa, en su mayor parte, un aumento de las transacciones intraempresas, con incremento del coeficiente importado, bajo valor agregado y bajo nivel de empleo por unidad de producto.⁵⁹

Por último, en lo cuantitativo la realidad es pobre.

Después de un crecimiento inicial en la década de los sesenta, el comercio intrarregional se mantuvo más de veinte años moviéndose en torno al 13% del comercio total regional.⁶⁰ En 1997 llegó a alcanzar el 21,1%, pero en 2003 había retrocedido hasta el 16%.⁶¹

Más de cuarenta años de intentos integracionistas no habían podido hacer avanzar el comercio intrarregional –entendido como medidor central de la integración– más allá del 16% del comercio total. Sin olvidar que México, una de las economías mayores y la más absorbida por los Estados Unidos, hace con su socio mayor en el TLCAN el 88% de su comercio y con América Latina apenas el 5%.

La desintegración como proceso real, aunque conservando los nombres de los viejos esquemas de integración e incluso agregando otros como el Mercosur, ha sido la tónica del ciclo neoliberal. En él se aplicó con rigor dogmático aquello de que el mercado lo resuelve todo de la mejor manera posible y, en línea con eso, se pusieron en práctica tres ámbitos de política que resultaron fatales para la integración.

Uno de ellos fue la concepción del comercio como carrera competitiva por exportar hacia los Estados Unidos y Europa, lo que fue en los hechos la llamada inserción de América Latina en la economía mundial. Economías latinoamericanas con estructuras similares de exportación no hicieron otra cosa que una competencia suicida por exportar hacia aquellos mercados extrarregionales, mientras que los mercados nacionales y el mercado regional, minimizados aún más por la creciente pobreza y exclusión que el neoliberalismo desató, se convirtieron en subproductos marginales carentes de atractivo.

Otro paso desintegrador fue el abandono del trato preferencial a los países de menor desarrollo. Este trato preferencial es tan necesario como fácil de entender, si asumimos que ningún grupo de países puede hacer una integración efectiva entre ellos reproduciendo o ampliando las diferencias de desarrollo y concentrando los beneficios de la integración en los más fuertes. Esta verdad elemental la entendió la integración europea, la que nunca renunció a mantener esquemas de intercambio desigual y de explotación neocolonial con

⁵⁹ María de Conceição Tavares y Geason Gomes: *La CEPAL y la integración económica de América Latina*, CEPAL, 1998.

⁶⁰ *Ibidem*.

⁶¹ CEPAL: *Panorama de la inserción internacional de América Latina y el Caribe 2002-2003*

sus antiguas colonias tercermundistas, pero que le concedió sustancial trato preferencial a España y Portugal porque no habría integración europea con la continuidad del atraso en esos países situados dentro del espacio a integrar.

Esa verdad elemental fue ignorada por el rigor dogmático neoliberal en América Latina. El trato preferencial es, para este neoliberalismo de manual, mucho más que una anomalía. Es una herejía que atenta contra el dogma del mercado perfecto. Así como la pobreza personal no es un fallo del sistema, sino un fracaso individual derivado de la ineptitud para abrirse paso en el mercado, la pobreza de un país también lo es, por lo que otorgarle trato preferencial sería negar el dictamen del mercado y premiar la ineptitud.

El trato preferencial es rechazado como principio general de política y repudiado como corrección de fallas del sistema o compensación por la explotación colonial. Aniquilado como principio general de política y ni siquiera reconocido como necesidad para que la integración funcione, el trato preferencial queda desnaturalizado y reducido a limosna de caridad con nombre de ayuda humanitaria.

El efecto para la integración regional de este dogmatismo de mercado ha sido devastador, aunque con innegable coherencia han actuado tanto el FMI –aplicando iguales programas de “ajuste estructural” a países tan diferentes como Brasil y Haití–, como el ALCA al proponer iguales disciplinas para la inversión, las compras gubernamentales, la política de competencia, el régimen de propiedad intelectual, la apertura comercial a esos países y admitir tan solo plazos algo diferentes para hacer lo mismo.

El tercer golpe mortal a la integración fue la privatización masiva de empresas públicas mediante una fiebre privatizadora que abarcó unos 4 000 activos de propiedad pública y propició tal marea de corrupción y enriquecimiento ilícito que América Latina compite con fuerza por el campeonato mundial en presidentes presos y sometidos a tribunales por “democráticos” robos de fondos públicos.

El significado de la privatización de las empresas y la exaltación de lo privado a una suerte de mitología de supereficiencia y fuerza generadora de riqueza fue despojar a los estados de la capacidad para hacer política económica, para regular con medios propios el funcionamiento de la economía, y para ofrecer al conjunto social los servicios públicos básicos.

El ciclo neoliberal ha sido en lo tocante a la integración el de la ruptura de los modestos lazos intrarregionales y el avance acelerado de otro tipo de integración: la que tiene lugar con las transnacionales, en especial con el capital especulativo que se aprovecha de la liberalización financiera, pero también con aquellos interesados en controlar aún más los

mercados nacionales, en obtener concesiones absolutas para asegurar su inversión, en apoderarse de las compras gubernamentales, en saquear la riqueza regional de biodiversidad, en controlar el petróleo, el gas, el agua.

El avance de esa integración con las transnacionales, con la liberalización financiera y comercial, equivale a una integración hacia afuera y una desintegración hacia adentro. Continuar avanzando por ese camino tiene ya señalado un destino de llegada. Es el ALCA, que representa la integración con los Estados Unidos, en calidad de apéndice subordinado. Es el abandono de cualquier proyecto de integración regional propio para aceptar la función de coristas.

El ALCA pretende ser el broche que cierre la cadena neoliberal que durante tres décadas se ha forjado en la región y convertir la política neoliberal del “libre comercio” en un compromiso jurídico de los estados, para hacer imposible su abandono.

Si el ALCA se convirtiera en realidad –lo cual parece imposible si se mantiene con máxima intensidad la lucha contra ese proyecto imperialista– la integración de América Latina consigo misma quedaría clausurada. La política neoliberal y el ALCA como su culminación jurídica demuestran que una integración modelada por el mercado de las transnacionales y la liberalización no conduce más que a la anexión a los Estados Unidos.

Fracasó la integración cepalina y fracasó la integración neoliberal, pero la integración es más que nunca asunto vital para la región devastada por tres décadas de “apertura y libre comercio”.

La reflexión sobre el fracaso no puede quedarse en el inventario de errores. No se trata de extender el certificado de defunción, después de una minuciosa autopsia del cadáver, que establezca las causas de la muerte.

La integración regional no es cadáver porque hay lucha y resistencia contra el ALCA, porque el terreno para esa resistencia está fertilizado por la explotación y la deuda social acumuladas. Y porque existe un nuevo proyecto de integración diferente y distante de cualquier esquema anterior: la Alternativa Bolivariana para las Américas (ALBA).

La idea de una integración diferente a esa que en las últimas cuatro décadas se le ha llamado así; la integración pensada en los términos de Bolívar y Martí, al rescate de la sustancia olvidada y silenciada; la integración de los pueblos y no de los capitales; en suma, la verdadera integración convocada tanto por la historia, por la cultura como por la necesidad de sobrevivir y alcanzar el desarrollo, fue planteada por el presidente Hugo Chávez en la Cumbre de la Asociación de Estados del Caribe efectuada en Isla Margarita, Venezuela, en 2001.

¿Cuáles son las lecciones que pueden aprenderse del fracaso de aquella integración, que toma el ALBA para convocar de nuevo a los latinoamericanos y caribeños a integrarnos?

1. La primera sería que para hacer la integración regional, esta no puede ser con los Estados Unidos (ALCA), ni tampoco pretendiendo una falsa no mención del gobierno de ese país. El gobierno y las transnacionales de los Estados Unidos tienen su proyecto para integrar a la región como área de segura explotación financiera y comercial y abastecedora de petróleo, gas, agua, biodiversidad y enclave de bases militares. El ALCA y el ALBA tienen lógicas no solo diferentes, sino excluyentes. La posición respecto al ALCA y su otra cara, esto es, los Tratados Bilaterales o Plurilaterales de Libre Comercio, es una línea divisoria entre la integración de los pueblos y la integración de los capitales.

No es concebible participar en el ALBA y al mismo tiempo entrar en el CAFTA o en un Tratado Bilateral de Libre Comercio que equivale a un ALCA a la medida. La integración no se hará con los Estados Unidos ni tampoco con la neutralidad de su gobierno, sino haciendo respetar el ALBA en la lucha contra la hegemonía.

2. La integración no será dirigida por las oligarquías de la región. Si estas fracasaron en desempeñar el papel estelar que la CEPAL les adjudicó en los primeros intentos integracionistas en las décadas de los sesenta y setenta, cuando se asumía la existencia de burguesías industrializantes, en especial, en países grandes y medianos; ya no quedan más que restos de aquellas, después que el neoliberalismo arrasó con buena parte de la industria nacional y estableció oligarquías ahora estructuradas en torno a la liberalización y especulación financiera, constituidas por empleados bien pagados de filiales de las finanzas transnacionales, comerciantes vinculados a la importación o a los servicios destinados al estrecho sector capaz de consumir de modo tan dispendioso como en Nueva York, París o Londres.

Esas oligarquías transnacionalizadas y cautivas en el discurso del libre comercio y la democracia formal no pueden dirigir más que la fuga de sus capitales y la oposición – telegrafada desde Washington– a cualquier gobierno o movimiento popular que levante la cabeza en la región.

3. La integración no puede reducirse al comercio, ni medir sus avances por el crecimiento del intercambio comercial, ni este puede encerrarse entre las rejas del llamado “libre comercio”.

No se trata de abolir el comercio, sino de reconocer que el proceso de integración es mucho más que hacer comercio y que, incluso, no puede contentarse la integración verdadera con cualquier clase de comercio. El “libre comercio del ALCA, de los Tratados de Libre Comercio, de la OMC, no es más que la añeja fórmula de reclamar libertad de comercio por aquellos países que tienen mayor desarrollo y control oligopólico del mismo, para penetrar mercados de países de menor desarrollo y obtener, para su beneficio, el intercambio desigual.

Ese intercambio desigual que se aplica de modo habitual en las relaciones entre países desarrollados y subdesarrollados puede funcionar también entre diferentes grados de subdesarrollo en perjuicio de los más pobres entre los pobres, si se permite que sea el mercado sin regulación quien decida el curso del intercambio.

La glorificación del “libre comercio” –que no ha existido en estado puro más que en las elegantes abstracciones del liberalismo–, y la consecuente demonización del proteccionismo y del “comercio administrado”, son expresiones de aquellos que se encuentran en el polo agradable del intercambio desigual.

Para los que se encuentran en el campo de los perdedores, el comercio es un instrumento imprescindible, que debe ser estimulado, aunque siempre sometido a los objetivos de desarrollo de la integración, lo que implica compensar a los más débiles con fórmulas que pueden ser precios preferenciales, comercio de trueque u otros, al tiempo que se eliminan, con mucha más velocidad que en los esquemas tradicionales de integración, las barreras arancelarias y no arancelarias y los obstáculos técnicos al comercio.

El ALBA ha iniciado su vida con la Declaración Conjunta y el Acuerdo para su aplicación firmados en La Habana por los Presidentes de Venezuela y Cuba el 14 de diciembre de 2004. En esos documentos se refleja la concepción del intercambio comercial como instrumento (no un fin en sí mismo) al servicio de la integración. La venta de petróleo venezolano a Cuba en los términos concesionales del Acuerdo de Caracas, la compra por Cuba de exportaciones no petroleras venezolanas por 412 millones de dólares solo en 2005, el establecimiento de un precio mínimo garantizado por Cuba al barril de petróleo exportado por Venezuela, con independencia de que el precio en el mercado mundial pueda caer por debajo de él, son expresiones reales de este nuevo tipo de integración.

4. El proceso de integración tampoco puede reducirse a la economía, aunque sea una verdad obvia que la economía no puede descuidarse nunca y que sin ella la integración carecería de sustento.

El proceso de integración debe tocar con la mayor velocidad allí donde el déficit es mayor y comenzar a aliviar los males sociales. Lo “social” no puede quedar para después de lo económico. Con los recursos disponibles debe desplegarse el máximo esfuerzo por reducir la deuda social.

Los esquemas integracionistas tradicionales han sido en extremo economicistas. Esto se acentuó mucho más con la llegada del ciclo neoliberal y su esencial desdén por lo social, aunque la triste catástrofe de la pobreza, la educación, la salud, la seguridad social, el empleo, han forzado en años recientes a los neoliberales a entonar el discurso “social”, y a pretender combatir con conceptos “focalizados” los inevitables resultados de la política económica que siguen aplicando. Es la posición de aquellos que entienden la política social como la ambulancia que recoge los muertos y heridos que provoca la política económica.

La deuda social que pesa sobre la región es de tal magnitud que la integración –para tener significado real sobre la vida de vastas porciones de la población de la región– no puede dejar para después las acciones para reducirla.

Curar enfermos que nunca tuvieron atención a su salud, alfabetizar a los analfabetos, proveer educación desde el nivel primario hasta la enseñanza superior a los que no pudieron acceder a ella, es comenzar a atacar en su base misma la exclusión social y a integrar a la vida a muchos millones de humanos para los que, entonces, la integración latinoamericana tendría un imborrable significado concreto.

Esto equivale a sembrar la integración en los sentimientos y en las vivencias, con raíces afianzadas en la atención a las carencias más lacerantes.

La colaboración entre Cuba y Venezuela –que es la Alternativa Bolivariana para las Américas (ALBA) en acción– muestra ya planes en marcha que reflejan un modo diferente de concebir la integración.

Los días 27 y 28 de abril de 2005 se reunieron en La Habana las delegaciones de Cuba y Venezuela y aprobaron el Plan Estratégico para la aplicación del ALBA. De este documento se puede extraer:⁶²

- *Inaugurar en el presente año en Venezuela, 600 Centros de Diagnóstico Integral; 600 Salas de Rehabilitación y Fisioterapia y 35 Centros de Alta Tecnología que brindarán servicios gratuitos de salud, de elevado nivel profesional a toda la población venezolana.*
- *Formación en Venezuela de 40 000 médicos y 5 000 especialistas en Tecnología de la Salud, dentro del Programa Barrio Adentro II.*

⁶² Primera reunión Cuba-Venezuela para la aplicación del ALBA. *Declaración final y Acuerdo.*

- *Formación en Cuba de 10 000 bachilleres egresados de la Misión Ribas en la carrera de Medicina y Enfermería, que estarán distribuidos por todos los policlínicos y hospitales del país, los que tendrán como residencia hogares de familias cubanas.*
- *Cuba continuará su contribución al desarrollo del Plan Barrio Adentro I y II, mediante el cual hasta 30 000 médicos cubanos y otros trabajadores de la salud a lo largo y ancho de la geografía venezolana estarán prestando sus servicios a fines del segundo semestre de este año.*
- *Serán intervenidos quirúrgicamente este año en Cuba por distintas afectaciones de la visión 100 000 venezolanos. Para ello, se han creado todas las condiciones en los centros de atención hospitalaria con los medios más modernos y sofisticados existentes y condiciones de vida para su estancia confortable.*

Así mismo, Cuba mantendrá su apoyo para contribuir al éxito de los Programas Especiales Bolivarianos, entre ellos a:

- *La Misión Robinson I, mediante la cual próximamente Venezuela se declarará como el segundo territorio libre de analfabetismo en América, habiendo enseñado a leer y escribir a 1 400 000 venezolanos.*
- *La Misión Robinson II en la que se encuentran estudiando para alcanzar el sexto grado 1 262 000 venezolanos.*
- *La Misión Ribas, que forma bachilleres para darle acceso a los estudios universitarios a jóvenes venezolanos a los que la Revolución Bolivariana les brinda esa oportunidad. Al respecto se promoverá el cumplimiento del Plan de Becas que Cuba ofrece.*
- *La Misión Sucre para la universalización de la enseñanza superior.*
- *La Misión Vuelvan Caras para la formación de obreros especializados y darles acceso a las nuevas fuentes de empleo.*

En adición, ambos países trabajarán en el diseño de un proyecto continental para eliminar el analfabetismo en América Latina.

Se mantendrá la atención en Cuba de pacientes venezolanos. Estos alcanzaron al cierre del año 2004 un nivel de 7 793 pacientes con 6 567 acompañantes, a los que se les prestó servicios altamente especializados, entre ellos cirugía cardiovascular, oftalmología, ortopedia, trasplante de órganos y este año se programa que alcance la cifra de 3 000 pacientes y 2 500 acompañantes.

5. En un orden mundial donde el petróleo sigue siendo su base energética, disponer en la región de abastecimiento de petróleo y sus derivados con sentido de cooperación y solidaridad es un ingrediente estratégico para la integración regional.

El petróleo se hace más caro no solo por maniobras especulativas e insuficiente capacidad de refinación, sino por la más determinante razón de que comienza a agotarse en

la realidad el recurso que tantas veces en teoría se insistió en que era agotable. El voraz y despilfarrador consumo de los Estados Unidos y otras sociedades de consumo impone un ritmo imposible de alcanzar por el descubrimiento de nuevos yacimientos.

Que Venezuela sea uno de los mayores productores y exportadores mundiales de petróleo, que posea una de las mayores reservas probadas y que ese recurso esté del lado de una Revolución popular antimperialista, es un suceso extraordinario y la mejor noticia para los pueblos de la región.

Al abastecimiento de petróleo a Cuba y otros países del Caribe y Centroamérica por medio del Acuerdo de Caracas (2001) hay que agregar la venta de combustible venezolano a Argentina en momentos de crisis energética para este país, combustible a ser pagado con productos argentinos, la construcción de una refinería en Pernambuco con inversión venezolana para abastecer al norte del Brasil a precios más baratos que los aplicados por los intermediarios.⁶³

En lo más reciente (29 de junio de 2005), el gobierno de Venezuela ha hecho realidad el Acuerdo de Cooperación Energética con los países del Caribe agrupados en el CARICOM, por el cual se ha creado Petrocaribe.

Se trata de una singular muestra de solidaridad y cooperación con este grupo de pequeños países que padecen con intensidad el embate de los altos precios del petróleo.

Estos países caribeños enfrentan además la pequeñez de sus economías, la herencia colonial, las prácticas neocoloniales que dañan sus ingresos por turismo con el turismo de cruceros, que disminuyen sus ingresos por exportaciones tradicionales de azúcar y bananos a mercados de Europa y de los Estados Unidos. Para ellos el alto precio del petróleo les agrava su situación, y es aún peor por el control en muchos casos de la refinación, el almacenaje, el transporte y la distribución por empresas extranjeras, y la actuación de intermediarios que encarecen las operaciones. El abastecimiento energético a pequeños países, muchos de ellos insulares, que consumen pequeñas cantidades de toda la gama de productos del petróleo, requiere una atención especializada que incluye transporte marítimo específico para este tipo de operaciones.

Petrocaribe es un ejemplo de trato especial y diferenciado hacia países de menor desarrollo. Es una organización para asegurar la coordinación de las políticas de energía, incluyendo el petróleo y sus derivados, gas, electricidad, uso eficiente de la misma,

⁶³ Hugo Chávez: “Discurso en la sesión especial del IV Encuentro Hemisférico de Lucha contra el ALCA”, La Habana, 29 de abril de 2005.

cooperación tecnológica, desarrollo de infraestructura energética, así como el aprovechamiento de fuentes alternas, tales como la energía eólica, solar y otras.

Para hacer funcionar a Petrocaribe se crea en PDVSA una filial para la actuación específica en el Caribe, llamada PDV Caribe.

Petrocaribe significa para los países beneficiarios:

- Abastecimiento de petróleo y sus derivados prescindiendo de intermediarios, pagando el flete de transporte al costo y con facilidades de pago y financiamiento a largo plazo, lo que incluye el financiamiento del 25% de la factura si el precio del petróleo es de treinta dólares por barril. Si es de cuarenta por barril el financiamiento sería del treinta por ciento. Si es de cincuenta o más por barril –como ocurre ahora– sería financiado el cuarenta por ciento, y si alcanzara los cien dólares por barril sería financiado el cincuenta por ciento.⁶⁴
 - Ese financiamiento tiene un período de gracia que fue alargado a dos años, y el pago a corto plazo se extendió de treinta a noventa días. El pago diferido establece 17 años, incluyendo los dos años de gracia, en tanto el precio se mantenga por debajo de cuarenta dólares el barril.
 - Cuando el precio exceda los cuarenta dólares el pago diferido se extenderá a 25 años, manteniendo los dos años de gracia y reduciendo el interés al 1%. Para el pago diferido Venezuela podrá aceptar que parte del mismo se realice con exportaciones caribeñas, con el pago de precios preferenciales por productos como el azúcar, o los bananos, afectados por decisiones comerciales de países ricos, u otros bienes y servicios.
 - Establecimiento del Fondo ALBA Caribe para el desarrollo económico y social destinado al financiamiento de programas sociales y económicos, para el que Venezuela aportó un capital inicial de cincuenta millones de dólares.⁶⁵
6. El ALBA puede aprovechar los espacios de poder político provinciales o municipales que la izquierda o las fuerzas políticas interesadas en hacer integración real controlan en América Latina, para tejer acciones de cooperación y establecer esquemas de complementación. Los gobiernos provinciales y/o municipales que fuerzas políticas como el FMLN poseen en El Salvador, o el Frente Sandinista en Nicaragua, u otros,

⁶⁴ Si el precio es de 15 dólares, se financia el 5%. Si es de 20 dólares, el 10%. Si es de 22 dólares, el 15%. Si es de 24 dólares, el 20%.

⁶⁵ Acuerdo de Cooperación Energética Petrocaribe, Puerto La Cruz, 29 de junio de 2005.

pueden desarrollar acciones con Cuba y Venezuela sin esperar por los acuerdos con los gobiernos nacionales.

El neoliberalismo impulsó en la región la descentralización y la transferencia de ciertos poderes a las instancias provinciales y locales. Lo hizo con sus acendrados principios antiestatistas y con visión de fraccionamiento político que en muchos casos ha sido expresión de desigual desarrollo territorial provocado a su vez por el mercado sin regulación.

El ALBA puede aprovechar esta coyuntura que sin quererlo le ofrece la política neoliberal y, junto a la fuerza política local que tiende a crecer, impulsar proyectos de alfabetización, de atención a la salud y formación de médicos, y participar en la Operación Milagro, la que ofrece atención oftalmológica gratuita para devolver la visión o evitar su pérdida a latinoamericanos pobres que serán llevados hasta Caracas por cuenta del gobierno venezolano y transportados hasta La Habana y atendidos en centros de salud especializados, y devueltos a Caracas por cuenta del gobierno cubano y, por último, llevados de regreso a sus países por vía de Venezuela.

7. La integración tiene que dotarse de armas mediáticas para quebrar el monopolio mediático de las imágenes y la información, y multiplicar en su favor las ventajas derivadas de la relativa homogeneidad lingüística y la afinidad cultural entre los países latinoamericanos.

Es una auténtica desgracia regional que los habitantes de un país reciban las informaciones y desinformaciones sobre el país vecino sintonizando la CNN, y que la imagen más difundida, y por tanto más conocida, de la región sea la que emite esa cadena o alguna de las otras repetidoras del consumismo como ideal de vida, de la ideología del lucro de mercado como principio rector y de la visión regional teñida de paternalismo folklorista y racismo apenas encubierto.

Tan importante como asegurar el abastecimiento energético es, para la región, asegurar el “abastecimiento” de información, de imágenes que alimenten y cultiven el imaginario popular a partir del respeto a la historia de los pueblos y de su cultura, y que hagan una necesaria desenajenación, enfrenten la intoxicación ideológica y la desinformación brutal que sufren los pueblos. Quizás el más perfecto y efectivo monopolio que posea el capitalismo de la globalización neoliberal sea el monopolio mediático con su enorme influencia sobre las mentes y las conductas.

El ALBA cuenta ahora con Telesur –ningún otro esquema de integración regional hizo lo mismo– como medio para romper aquel monopolio y lograr que América Latina y el Caribe se informen, se reflejen y se piensen en términos latinoamericanos y caribeños.

Esta iniciativa tiene tanto sentido y tanto filo potencial contra el arma más efectiva y sofisticada del arsenal imperialista, que no por casualidad ha reaccionado el gobierno de los Estados Unidos con precoz olfato y virulento encono para detectar una amenaza, y ha atacado a Telesur incluso antes de que esta comience sus transmisiones.

8. El ALBA es un reto a la creatividad y la imaginación. No es un libro escrito en forma de manual para la integración latinoamericana, que pretenda incluir todos y cada uno de los contenidos, técnicas y posibilidades de la integración.

No existe un texto que pueda pretender contener el ALBA en su totalidad. Cuba y Venezuela han echado a andar por un camino que se va abriendo con cada nuevo paso. El ALBA se irá construyendo en el proceso de lucha política e ideológica y en estrecha relación con el ascenso de los movimientos sociales, de la izquierda, de los que se oponen al dominio imperialista en la región; tendrá los gobiernos participantes y las formas y técnicas de integración que broten de la resistencia a los intentos de anexión y la genuina voluntad de hacer una integración de los pueblos.

9. La novena lección es la que sintetiza todas las anteriores y constituye el sello distintivo del ALBA: la solidaridad y la cooperación.

En el tortuoso proceso de creación de esquemas de integración a lo largo de más de cuatro décadas, la solidaridad y la cooperación han sido raras excepciones, apenas visibles tras la espesa retórica que invoca la cooperación para hacer negocios lucrativos y le llama solidaridad a esporádicos y pequeños ejercicios de caridad ejecutados más bien como promoción de imagen.

Para una verdadera integración de los pueblos son imprescindibles la solidaridad y la cooperación. La integración no es una permanente donación de recursos hacia los países que tienen menos recursos; no niega el beneficio mutuo, sin el cual ella sería lírica romántica, pero tampoco puede colocar el beneficio mutuo como precondition permanente ni dejar de practicar el trato preferencial hacia los países de menor desarrollo.

Para hacer de la solidaridad una realidad operativa es necesario contar con estados que tengan capacidad para regular los mercados, enmendarlos allí donde su dictamen sea incompatible con la solidaridad y trascender el horizonte cortoplacista o los estrechos intereses de sectores sociales o de territorios y elaborar programas de largo alcance como el

desarrollo de la infraestructura de vías de transporte, comunicación, carreteras, puertos, líneas aéreas y marítimas, que son el sistema venoso que recorre todo el organismo y le permite existir como organismo integrado.

Solidaridad es el abastecimiento de petróleo en condiciones ventajosas que ofrece el Acuerdo de Caracas y el Acuerdo de Petrocaribe. Solidaridad es la presencia y el trabajo de hasta 30 000 profesionales cubanos de la salud, que hacen posible la Misión Barrio Adentro por la cual recibe atención de salud más del 60% de la población venezolana a la que no llegaron nunca antes los petrodólares que fueron a engrosar cuentas bancarias en el exterior o a financiar consumos suntuarios, ni vieron jamás frente a ellos en sus barrios de pobreza a los médicos privados que hoy acusan de intrusos a los médicos cubanos.

Solidaridad es la rápida y efectiva colaboración venezolana entregada a Cuba y otros países del Caribe golpeados por el huracán Dennis. Falsa solidaridad e hipocresía real es la pretensión del gobierno de los Estados Unidos de entregar a Cuba 50 000 dólares para “mitigar” los daños de ese huracán, mientras mantiene el bloqueo económico que después de 46 años de aplicación le ha costado a Cuba más de 80 000 millones de dólares solo en pérdidas financieras.

La solidaridad en el ALBA tiene sólidas razones en la ética y anclaje profundo en la tradición de pensamiento procedente de la constelación de figuras latinoamericanas que forjaron la independencia y fundaron las naciones.

Pero la solidaridad no es solo una idea vinculada al internacionalismo, lo que para los cubanos sería ya una poderosa razón, por la solidaridad recibida en sus guerras de independencia donde el General en Jefe de su Ejército Libertador fue dominicano, por la huella imborrable del argentino Che Guevara en Cuba o por la contribución cubana decisiva para derrotar el *apartheid* en África, entre otros ejemplos de una historia de solidaridad recibida y entregada.

La solidaridad también es una necesidad práctica para que la integración pueda funcionar, desarrollarse y defenderse, pues solo ella puede hacer de las fronteras nacionales las costuras de nuestra unidad y de la integración un valioso y real ingrediente de una vida y un mundo mejor por el cual las mujeres y hombres latinoamericanos y caribeños se sientan dispuestos a defender y preferir la “América nuestra”, la “patria grande” de Bolívar y Martí, antes que la América del ALCA y la OEA.

Las palabras de Martí escritas en 1889, resuenan con valor actual en esta hora en que el ALBA y el ALCA marcan de nuevo el dilema de la integración latinoamericana o la anexión a los Estados Unidos: “De la tiranía de España supo salvarse la América española; y ahora

después de ver con ojos judiciales los antecedentes, causas y factores del convite, urge decir, porque es la verdad, que ha llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia”.⁶⁶

⁶⁶ José Martí: “Congreso Internacional de Washington”, en *América para la humanidad*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2001.

IV

TERRORISMO EN LA ECONOMÍA

Al escuchar la palabra terrorismo pensamos de modo automático en ataques con bombas, asesinatos, torturas y todo el repertorio de horrores que exhibe la carnicería terrorista.

También pensamos en esa hipócrita política “antiterrorista” que pone las cosas exactamente al revés: le llaman “terrorismo” a las luchas de resistencia de los pueblos y “lucha contra el terrorismo” a la oleada fascista que desde Washington pretende justificar así las agresiones de los opresores.

Por lo general, no establecemos relación entre el terrorismo y la economía, como si esta fuera un ámbito técnico, neutral, imposible de que en él algunos ejerzan el terror contra otros. Y no es así, porque el sistema económico mundial dominante, esto es, el capitalismo imperialista con su traje de lentejuelas de la globalización neoliberal incorpora el terrorismo económico como parte orgánica de su modo peculiar de funcionamiento.

Esta forma de terrorismo no hace estallar bombas, pero funciona 24 horas al día con implacable constancia y una alta eficiencia terrorista. Tanto que provoca más muertes por hambre, pobreza, desempleo y enfermedades curables que guerras enteras. No mata por metralla o bala, pero asesina cada día por explotación, por exclusión o por desesperanza a una cifra pavorosa. Solo un ejemplo entre muchos: cada año mueren 13 millones de niños por enfermedades prevenibles y fácilmente curables con medicamentos que cuesta centavos de dólar producir. Más de 35 000 niñas y niños mueren así cada día, mientras Forbes en lujoso formato combina frivolidad y vanidad para informar sobre las fortunas multimillonarias, y por el *Informe sobre desarrollo humano* del PNUD sabemos que los tres multimillonarios que encabezan la lista poseen más activos que el PIB sumado de los 48 países más pobres del mundo, o que el ingreso de los 25 millones de estadounidenses más ricos es tanto como el ingreso total de los 2 000 millones de personas más pobres en el planeta.

El capitalismo existe por la explotación de fuerza de trabajo y se reproduce para continuar esa explotación. Es una verdad esencial establecida por Carlos Marx, pero explotación y terrorismo económico no son equivalentes.

En la relación básica capital-trabajo, el capital dispone de fuerza de trabajo obligada a venderse a sí misma por recibir lo suficiente para reproducirse biológicamente, aunque es insuficiente para romper con la condición de vendedora de fuerza de trabajo. Pero esta relación básica se efectúa bajo la apariencia de un intercambio equivalente que encubre la explotación bajo un manto fetichista.

La compra-venta de fuerza de trabajo tiene lugar entre personas jurídicamente libres, cumple con la ley del valor y no excluye que, bajo ciertas condiciones como las que alcanzó el “Estado de bienestar” en algunos países desarrollados, los salarios hayan sido elevados, e incluso que el seguro de desempleo, la extensión de la seguridad social y alguna redistribución de los ingresos saqueados al Tercer Mundo hayan endulzado la explotación y adormecido la lucha anticapitalista. Todo eso con un Estado intervencionista que ejecuta activas políticas, económicas y sociales de corte keynesiano, que es como decir, atenúa la acción del mercado para evitar que este despliegue el terror de su acción descontrolada.

El triunfo del neoliberalismo fue la derrota del Estado intervencionista y regulador para abrir paso al mercado desregulado, al mercado ultraliberal acunado por el pensamiento único y decidido a hacer una salvaje acumulación de súper ganancias después de tirar por la borda los “suavizadores” sociales tan gratos a la socialdemocracia, y a lanzarse sobre los recursos laborales y naturales del planeta, ahora más a su alcance que nunca gracias a la globalización.

El mercado desregulado, el Estado reducido a mero guardián del orden, el pensamiento que aseguraba ser absolutamente único y los monopolios mediáticos que proclamaban que lo sensato consistía exclusivamente en ser rico y frívolo, fueron ingredientes estelares de la oleada neoliberal que en las últimas tres décadas le sumó a la vieja explotación un factor adicional: el terror económico en todos los eslabones del sistema y, con especial intensidad, en la relación con la periferia pobre y subdesarrollada.

Este terror económico potencia la explotación. Provocan terror ciertamente el hambre, la pobreza, el desempleo, la muerte prematura por desatención de salud, el analfabetismo, la vida mutilada por la enfermedad, la desinformación, la incultura y otras desgracias sociales. Pero estas siempre han provocado terror en cualquier etapa de la larga historia del capitalismo.

Lo nuevo y distintivo en este capitalismo de la globalización neoliberal es que esas desgracias sociales o motivos de terror no solo crecen al lado del avance asombroso de la ciencia y la tecnología, que tienen ya el potencial para desaparecerlas, sino que, a diferencia

de la historia anterior del capitalismo, el pensamiento dominante no las entiende como defectos o anomalías del sistema que deben ser enmendados o al menos reducidos.

Ahora, son consideradas como datos integrantes de una realidad ineludible, de la que no es culpable el sistema, sino la inhabilidad de las personas o de los países para aprovechar las oportunidades que el mercado liberalizado ofrece. Los inhábiles e incapaces tienen lo que se merecen y a nadie pueden culpar de su suerte. El subdesarrollo y la pobreza son “daños colaterales” inevitables y nada importantes, que van quedando al paso del espléndido mercado generador de fabulosas fortunas. El subdesarrollo y la pobreza no son más incapacidades del sistema en que existen. Son incapacidades individuales y nacionales para cumplir con las reglas del buen gobierno y la buena economía, que llevan al fracaso merecido. No hay responsabilidad con el subdesarrollo y la pobreza. Por tanto, el único enfoque aplicable es el de la caridad.

Colocados en la posición de mendigos que deben implorar asistencia de caridad, los países pobres sufren el terrorismo económico de un sistema que los explota, los excluye y también los culpa por ser pobres. Él ha racionalizado el terror económico y ha convertido a las víctimas en culpables.

Otro rasgo nuevo y distintivo es que el sistema no solo ha racionalizado el terror económico. Ha creado agentes terroristas que son los operadores del terror y actúan desde la sombra y el anonimato con armas de alto poder destructivo.

Son los especuladores que encuentran en el mercado liberalizado el escenario ideal para atacar con sorpresa y rapidez a víctimas que son exterminadas.

Son las instituciones emblemáticas del sistema, (FMI, BM, OMC) las que sintetizan el pensamiento y aportan la metodología para aplicar las decisiones de los reales centros de poder económico: los niveles ejecutivos de las grandes transnacionales.

El capitalismo de nuestros días ha convertido la economía real, aquella que produce bienes y servicios que satisfacen necesidades humanas, en un pigmeo al lado de la especulación financiera. En solo 24 horas el mercado financiero globalizado mueve unos tres millones de millones de dólares en transacciones que en el 95% nada tienen que ver con movimientos reales de bienes y servicios. Es especulación desenfrenada, frente a la cual el monto anual de las exportaciones de bienes y servicios (unos ocho millones de millones de dólares) es una fracción insignificante, e incluso lo es el PIB anual de todos los países del mundo (32 millones de millones de dólares).

No son ya la producción y la innovación tecnológica asociada a ella los resortes principales que el sistema utiliza para lucrar. No son los empresarios organizadores de la producción al estilo de Henry Ford los personajes que simbolizan ahora al sistema.

Ahora el sistema se vale no de la producción generadora de valores, sino de la especulación con títulos de valor que redistribuyen valores creados por el trabajo productivo. Los personajes que mejor expresan las tendencias dominantes en la nueva estructura del sistema son los especuladores al estilo de George Soros.

A partir de esa nueva estructura, el terrorismo económico florece.

Veamos algunas muestras:

Los Estados Unidos, el país que domina el sistema y dicta sus reglas, imponen severos ajustes a cualquier país pobre que tenga déficit fiscal, comercial, dificultades para pagar sus deudas externas o déficit de balance de pagos. Pero son los Estados Unidos el país que presenta en mayor grado las culpas que no tolera en otros. Son la nación más endeudada del mundo en cuanto a deuda externa (tres millones de millones de dólares), pero también exhiben los llamados déficits gemelos, el déficit fiscal que en el año 2004 fue de 412 000 millones de dólares y el déficit comercial que alcanzó en ese año el récord histórico de 617 000 millones.

Con esos enormes desequilibrios la economía de los Estados Unidos clasifica en primer lugar en el mundo, para recibir un plan de ajuste del FMI. Para mantener esos déficits sin rebajar el consumismo derrochador, la economía estadounidense absorbe cada 24 horas unos 2 500 millones de dólares procedentes del resto del mundo. Como parásito que cobra tributo al resto del mundo, esa economía sostiene lo que para otros condena: déficits enormes, consumismo desenfrenado y rebaja de impuestos.

Los Estados Unidos jamás han recibido un plan de ajuste del FMI. Ni pensarlo, porque tienen derecho de veto en esa institución. En cambio, ese país es el campeón en la aplicación a países pobres, de planes de ajustes que han ocasionado estallidos sociales que han incluido el costo en sangre y vidas en Indonesia, Tailandia, Argentina, Ecuador y otros países.

En este sistema una región como América Latina puede pagar seis veces su deuda externa y seguir debiendo una cifra tres veces superior a su deuda original. América Latina debía 300 000 millones de dólares en 1985. Ahora debe 780 000 millones, pero solo entre 1990 y 2004 pagó como servicio un millón de millones con 861 000 millones de dólares (115 000 millones anuales).

En doce países de América Latina el servicio anual de la deuda externa es superior al gasto en educación, en trece países es mayor que el gasto en salud, y en seis es mayor que el gasto en educación y en salud.

En Lesotho, donde uno de cada tres adultos está infectado de SIDA, se gasta más en pagar la deuda que en salud.

Eso es terrorismo económico.

Ya no es necesario enviar barcos de guerra y ocupar las aduanas del país deudor para cobrar, como sucedió en varios países latinoamericanos. Ahora basta con enviar una misión del FMI y/o amenazar con una mala calificación de una agencia privada calificadora de riesgo, que son expertas en hacer aparecer como decisiones objetivas del mercado las manipulaciones de las transnacionales y las decisiones de política que gobiernan el mercado.

Estas agencias calificadoras de riesgo consagran o condenan de modo inapelable a los países. Pero calificaron con notas de sobresaliente a Enron y World Com, protagonistas de quiebras fraudulentas y escandalosas. Han sido cómplices en el fraude y la estafa, pero siguen actuando como severos e inapelables jueces de los países pobres.

No solo se hace terrorismo amenazando con bombas. La amenaza de una mala calificación por parte de Moody's, Standard and Poor u otra agencia calificadora de riesgo, provoca tanto terror y puede matar más que muchas bombas, en términos de pobreza, hambre y desempleo.

Eso es terrorismo económico.

En este sistema a cualquier país se le exige transparencia informativa y estricta supervisión bancaria. Deben mostrar hasta las costuras de la ropa interior. Pero esto no se aplica a los *hedge funds* u otros inversores institucionales que operan desde paraísos fiscales, no informan nada a nadie y tienen una base monetaria de tal magnitud que pueden desestabilizar gobiernos y desplomar tasas de cambio de monedas nacionales.

La acción premeditada, desde el anonimato, sorpresiva y fulminante, ejecutada por los especuladores que juegan a derribar la tasa de cambio de una moneda nacional, tiene todos los ingredientes del terrorismo y no son menores sus terribles efectos destructivos.

En este sistema la especulación y la volatilidad obligan a los países pobres a mantener más del 20% de sus ingresos netos como reserva monetaria para enfrentar ataques especulativos. De esas reservas unos 750 000 millones están colocados en los Estados Unidos. Es el colmo del absurdo: los países pobres se ven obligados a inmovilizar recursos para protegerse de la especulación e inestabilidad que el propio sistema crea, y, al hacerlo, le dan financiamiento barato y a largo plazo al país más rico y poderoso.

En este sistema se gasta un millón de millones de dólares en propaganda comercial, 900 000 millones en armas, 400 000 millones en drogas.

Con solo 5 200 millones se alimentaría a los 214 millones de personas que más hambre sufren. Se gastan 8 000 millones anuales en cosméticos en los Estados Unidos.

Eso es terrorismo económico.

Con solo 9 000 millones de dólares anuales se lograría la matrícula universal en enseñanza primaria para el año 2015. Hay 325 millones de niños sin asistir a la escuela. En Europa se gastan 11 000 millones de dólares anuales en helados.

Con solo 10 500 millones de dólares se podría –según la ONU– desarrollar una campaña mínima contra el SIDA. Se gastan 17 000 millones en alimentos para animales domésticos en los Estados Unidos y Europa.

Con mil millones de dólares podría reducirse a la mitad las muertes anuales por malaria, que ascienden a 1 100 000 personas, de ellas 700 000 niños africanos. Más que eso ganó Pfizer con el lanzamiento del Viagra solo en el primer año (1999).

Desde hace más de treinta años la meta de destinar el 0,7% del PNB para la Ayuda Oficial al Desarrollo, acordada en las Naciones Unidas, permanece incumplida. El aporte real ahora es de 0,2%. Los Estados Unidos aportan el 0,1% y, de eso, más del 20% va hacia Iraq y Afganistán para financiar la ocupación militar, aunque disfrazado como ayuda para el desarrollo.

En este sistema el 79% de los usuarios de Internet vive en países desarrollados donde habita solo el 14% de la población mundial. La ciudad de Nueva York tiene más usuarios de Internet que todo el continente africano.

El 23% de los doctores que trabajan en los Estados Unidos no son estadounidenses. En la computación es el 40%. La tercera parte de los científicos formados en el Tercer Mundo no trabajan en sus países, y actualmente más de la mitad de los que viajan a hacer un doctorado en los Estados Unidos no regresan.

En este sistema de la retórica del libre comercio, Bush identifica comercio con prosperidad, pero los aranceles que los Estados Unidos hace pagar a los países pobres son veinte veces más altos que los que hace pagar a otros países desarrollados. Le cobran mayores aranceles a los productos elaborados que a las materias primas, para eternizar al Sur como exportador primario. El resultado es que el Tercer Mundo produce el 90% del cacao del mundo, pero hace menos del 5% de la producción mundial de chocolate.

Esto es terrorismo económico.

LOS ESTADOS UNIDOS: COMERCIAR CON LA GUERRA Y HACER GUERRA CON EL COMERCIO*

Tratándose del imperialismo estadounidense podemos afirmar que este comercia con la guerra y hace guerra con el comercio. Y esto no es un simple juego de palabras, sino una realidad que surge de las peculiaridades de la nueva hegemonía mundial y del gravísimo peligro que esta administración de los Estados Unidos, con su carga de neoconservadurismo neoliberal y su apetito de dominio global, significa para el mundo.

El belicismo norteamericano se alimenta por diferentes vías y no solo es el resultado de una ideología de dominio global, sino que también se afianza en la peculiar posición de los Estados Unidos en la economía mundial frente a los demás países.

La guerra, sea la de Afganistán, la de Iraq, o cualquier otra que esté en la “cartera de proyectos” del gobierno Bush, está precedida por y sustentada en el gasto militar. Este gasto militar es el eje central alrededor del cual se ordena el funcionamiento de la hegemonía norteamericana porque es allí donde la superioridad de ese país resulta clara e incluso abrumadora y porque además el gasto militar está siendo usado, con visión electoralista de corto plazo, como estímulo para salir de la recesión. El gasto militar está actuando como recurso supremo para mantener disciplinadas a Europa y Japón y para aplicar un “keynesianismo militar” que tienda una superficial curita sobre una grave infección.

La nueva hegemonía tiene entre sus ingredientes algunos que deseo enfatizar: 1) una economía mundial en la que los Estados Unidos actúan como parásito o depredador que absorbe los capitales y el ahorro de todos; 2) una economía norteamericana que después de dos años de seria recesión apenas empieza una vacilante y parcial recuperación inducida por el gasto militar; 3) un grupo compacto de neoconservadores fundamentalistas colocados en el poder en los Estados Unidos y dotados de una visión de “derecho natural” imperial que los ha autodesignado para cambiar gobiernos y atacar, atacar a cualquiera y en cualquier “oscuro rincón del mundo”. Estos tres ingredientes conducen todos a la justificación de un altísimo gasto militar mediante enemigos reales o inventados y a las guerras como su desenlace lógico.

El primer ingrediente es la función parásita de la economía de los Estados Unidos, la que absorbe capitales y ahorros del mundo entero, como una gigantesca aspiradora que sustrae de Europa, de Japón, del Tercer Mundo, del mundo todo, enormes recursos financieros que podrían ser usados para el desarrollo propio y que van a financiar el funcionamiento de un sistema absurdo en el que los Estados Unidos, con superioridad manifiesta solo en capacidad militar, cobra un pesado tributo al mundo para sostener su consumo despilfarrador. A cambio de ese tributo los Estados Unidos asumen las tareas de “defensa”. Es una versión del comercio de trueque en que Europa y Japón entregan pasividad a los Estados Unidos en trueque por “defensa”.

El déficit comercial de los Estados Unidos era de 35 000 millones de dólares en 1992 y ha ido escalando hasta alcanzar los 420 000 millones el pasado año. Esto demuestra que, a pesar de su agresiva política comercial, la competitividad norteamericana cede frente a sus competidores incluso en el segmento de bienes de alta tecnología. La “nueva economía” fue el sector que primero recibió el golpe de la recesión y donde con más intensidad se manifestó la caída.

Los Estados Unidos enfrentan una reñida competencia de Europa y Japón en el sector de alta tecnología, en tanto ceden frente a China, Corea del Sur, Brasil y otros países en manufacturas de uso corriente y frente a América Latina y otras áreas del Tercer Mundo en agricultura.

El déficit en la cuenta corriente de los Estados Unidos superó los 500 000 millones de dólares en el año 2002, en comparación con unos 50 000 millones en 1992. Este déficit requiere el ingreso de 1 500 millones de dólares diarios procedentes del exterior y alcanzará en este año entre el cinco y el seis por ciento del PIB.

Este país ha dejado de ser el gran inversionista en el exterior para convertirse en el gran receptor de inversión extranjera. Recibe casi el doble de lo que exporta. La inversión extranjera en los Estados Unidos, que era en 1995 el 8% de la inversión en el país, es ahora el 30%.

La deuda externa de este país saltó de 268 000 millones de dólares en los primeros años de la década de los noventa, hasta más de 2,5 millones de millones (25% del PIB), casi el tamaño de las economías de Alemania y Francia sumadas.

¡Qué perfecta colección de desequilibrios para merecer un plan de ajuste del FMI, pero bien sabemos que los Estados Unidos son el gran administrador de los planes de ajuste para aplicarlos a otros!

El tributo cobrado en forma de absorción de capitales por el parasitismo de la economía estadounidense hace posible el gasto militar y también lo hace necesario y permanente, pues solo con la intimidación militar disfrazada como defensa puede mantenerse el sistema tributario de los vasallos hacia el imperio.

Por otra parte, el mercado financiero estadounidense es la gran atracción y el refugio para el capital especulativo de todas las procedencias, e incluso más de 700 000 millones de dólares de las reservas de los Bancos Centrales de todo el mundo se encuentran colocadas en ese mercado financiero y ofrecen así financiamiento barato a largo plazo para los déficits del país más rico del mundo.

Este país más rico puede mantener su gasto militar y su consumismo exacerbado, al absorber recursos financieros que se restan de la recuperación económica de Europa y Japón y de las necesidades siempre insatisfechas de inversión de capital del Tercer Mundo.

Este pesado tributo que cobran los Estados Unidos al mundo, incluyendo, por supuesto, a Europa y Japón, ¿por qué puede sostenerse?

Por la influencia perversa de lo que Samir Amin llama “el virus liberal”, que contamina las mentes y paraliza incluso a la izquierda, y por los servicios de “defensa” frente a un enemigo “terrorista” difuso e irreal. No es más que un tributo cobrado sobre la base de una superioridad militar obligada a sostenerse para intimidar. Esta “locomotora” de la economía mundial tiene como motor las transferencias financieras que a modo de tributo le arrebatan a aquellos que se supone sean arrastrados por ella en el crecimiento.

Como parte de la misma lógica, la guerra y la superioridad militar se aplican para la recrudescida carrera por el control del petróleo, el gas, el agua, la biodiversidad. ¿La guerra de Iraq no es acaso un reforzamiento del control sobre los europeos y japoneses, que equivale a sentarse sobre las mangueras que abastecen de petróleo desde el Medio Oriente el 80% del consumo europeo y el 76% del consumo japonés? ¿No es acaso el ALCA un proyecto para apoderarse no solo de los mercados, sino del petróleo, el gas, el agua, la biodiversidad de América Latina y el Caribe, basado no solo en la superioridad económica, sino en una red de bases militares que tejen una telaraña sobre la región?

El gasto militar encuentra otras justificaciones adicionales para la lógica neoconservadora en la recesión que en los últimos años se ha abatido simultáneamente sobre los Estados Unidos, Europa y Japón, con la mayor intensidad registrada en la posguerra.

Después de dos años de recesión en que se evaporaron más de 2,5 millones de millones de dólares por desplome de la bolsa, en que la “nueva economía” se deshizo como pompa de jabón, en que el desempleo superó el 6% y se produjo una cadena de quiebras

fraudulentas de grandes y hasta entonces brillantes y respetables empresas, la economía de los Estados Unidos parece iniciar una vacilante y discutida recuperación, sin que el desempleo disminuya y sin que la recuperación misma aparezca clara en medio del manejo interesado y tramposo de la estadística.

En este ambiente de economía en retroceso y alto desempleo, los halcones norteamericanos han ensayado de nuevo el viejo procedimiento de intentar frenar la caída de la economía creando demanda por vía del gasto militar acrecentado.

No es el propósito entrar ahora en el viejo y extenso debate entre economistas acerca del efecto del gasto militar sobre la buena o mala salud de una economía. A lo largo de muchos años de debates se han acumulado fuertes argumentos para demostrar que, a la larga, el recurso de utilizar el gasto militar como estímulo produce daño, estanca el crecimiento, genera inflación y déficit fiscal. Pero, el largo plazo, la estrategia de largo alcance, no es el fuerte de los neoconservadores. El largo plazo solo es invocado para afirmar un ilimitado futuro de hegemonía norteamericana.

En el corto plazo, la urgencia de frenar la recesión de cara a la elección presidencial, con un masivo gasto militar capaz de crear una ilusión de recuperación, ha sido más fuerte que todo. Por ejemplo, el presupuesto militar para el año 2003 era de 396 000 millones, a lo que se sumaron 63 000 millones adicionales solicitados por Bush al iniciar la guerra, para un total de unos 460 000 millones (4,1% del PIB). Este gasto fue superior en 100 000 millones al del año 2002 y constituyó el 50% del gasto militar mundial.

Este enorme gasto público –que entonces se estimaba debía continuar creciendo con presupuestos anuales por encima de los 500 000 millones de dólares– se ha derramado sobre empresas privilegiadas y las ha ayudado a sortear la recesión. General Electric vende actualmente más motores de aviación al Pentágono que los destinados a uso civil. Al suavizar la tendencia a la baja de las ganancias corporativas en algunos sectores claves, el gasto militar ha evitado una caída abrupta y profunda de los títulos de valor en la bolsa e, indirectamente, ha sostenido las compras de los norteamericanos.

Por supuesto, el precio a pagar por esta reanimación de corto plazo puede ser pavoroso. Un creciente déficit fiscal alimentado por el gasto militar y la reducción de los impuestos, unido a la enorme deuda externa e interna, puede a duras penas ser sostenible a partir de la muy baja tasa de interés actual. Pero, ¿qué ocurrirá cuando la necesidad de financiar el creciente déficit haga aumentar la tasa de interés, ponga en evidencia lo insostenible del déficit comercial y plantee el imperativo de devaluar el dólar con una cadena subsiguiente de efectos turbulentos?

El recurso de usar el gasto militar para buscar una salida superficial a la recesión contribuye a encubrir las causas más profundas que dañan la economía norteamericana, como son las deficiencias del sistema de educación. La urgencia reeleccionista se une a lo anterior para estimular la visión Este enorme gasto público –que entonces se estimaba debía continuar creciendo con presupuestos anuales por encima de los 500 000 millones de dólares– se ha derramado sobre empresas privilegiadas y las ha ayudado a sortear la recesión. General Electric vende actualmente más motores de aviación al Pentágono que los destinados a uso civil. Al suavizar la tendencia a la baja de las ganancias corporativas en algunos sectores claves, el gasto militar ha evitado una caída abrupta y profunda de los títulos de valor en la bolsa e, indirectamente, ha sostenido las compras de los norteamericanos.

Las Naciones Unidas han calculado que bastarían 80 000 millones de dólares anuales durante una década para acabar con el hambre, la pobreza, la falta de salud, de educación y de vivienda en el planeta. Esa modesta suma anual contrasta con los 200 ó 250 000 millones de dólares que cada año el Tercer Mundo entrega como servicio de su deuda externa. Es apenas la sexta parte del presupuesto militar de los Estados Unidos o el 8% de los gastos mundiales en publicidad comercial, o apenas la mitad de la fortuna de las cuatro personas más ricas del planeta.

El gasto militar y la guerra que la administración Bush hace no solo es una amenaza mortal, sino que es un bochorno para los humanos. Un bochorno que tenemos que frenar por razones de supervivencia, de desarrollo por alcanzar, y de ética.

VI

GLOBALIZACIÓN DE LA ECONOMÍA MUNDIAL: LA REALIDAD Y EL MITO

Casi es imposible abrir una revista, escuchar noticias, asistir a seminarios académicos o leer un periódico, sin que nos indiquen que viajamos en un planeta que se ha globalizado y que en dicho intrincado y evidente proceso la globalización de la economía mundial es como la tutora de todas las otras abundantes globalizaciones: la tecnológica, la de los medios, la cultural, e incluso la globalización de los modos y maneras de destruir el medio ambiente.

Se nos habla de una nueva “economía-mundo” en la que los estados nacionales casi se han disuelto y han perdido el sentido la soberanía nacional, en virtud de unas tendencias universales que han ido diseñando un traje de igual color y estilo para todos los países: un uniforme que todos deben llevar como distintivo de que forman parte de la modernidad. Innumerables páginas se han escrito sobre la globalización. Decenas de interpretaciones diferentes tiene un proceso del que muchos hablan aludiendo a realidades o ficciones en las que lo único común es el término *globalización*. Este término, tal vez por su generalidad y ambigüedad unidas a una aparente y decisiva capacidad de sobredeterminación, está sirviendo para intentar explicar muchas cosas.

Desde la fiebre por el uso de nuevas y más sofisticadas computadoras hasta el auge del narcotráfico, todo puede ser explicado, sin necesidad de culpables, por la globalización, pues se trataría de algo tan objetivo e ineluctable como la salida y la puesta del sol. Hasta los revolucionarios arrepentidos presentan la globalización como justificación para la desertión, pues se dice que ella no deja espacio para plantearse transformaciones revolucionarias.⁶⁷

Tanto uso y abuso de la globalización merece separar la realidad de la ficción; la tendencia objetiva, de la manipulación ideológica.

⁶⁷ “Las posibilidades de grandes trastocamientos del orden económico y social interno en un país o una región siguen siendo diminutas debido ante todo a las restricciones externas impuestas por la globalización”. Jorge Castañeda: “La izquierda en ascuas y en ciernes”, revista *Nueva Sociedad*, no. 141, enero-febrero, 1996, p. 22.

La globalización de la economía mundial no es una mentira ni una perversa invención transnacional. Es un proceso objetivo del capitalismo de nuestros días, pero en modo alguno equivale al triunfo universal y definitivo de ese sistema ni a la abolición de las contradicciones entre clases sociales o entre países y regiones, ni a la cancelación de las transformaciones revolucionarias, ni tampoco a la inevitable adopción como camisa de fuerza, por todos los países, de un cierto patrón de conducta en su políticas interna y externa.

Es evidente que la economía mundial de 1998 es diferente a la de 1970, y aún más a la de décadas anteriores. No se trata solo de que las magnitudes del comercio internacional, de los movimientos de capital o de las transacciones bursátiles sean mayores, sino que existe un superior grado de interpenetración de economías nacionales ahora más cercanas por la revolución en los medios de transporte, mucho mejor comunicadas por la revolución en los medios de comunicación y transmisión de información, e integradas en una red transnacional tejida por un capital que tiene ahora una movilidad internacional enormemente superior a la de sus bisabuelos del siglo pasado.

Puede comprenderse el sustrato tecnológico objetivo de la globalización actual si comparamos las largas semanas y meses de navegación entre Europa y Las Antillas en el siglo pasado, con las pocas horas que hoy demoramos en trasladarnos; o el engorroso envío de información y documentos del pasado, con el uso del fax, el correo electrónico, los satélites; o las reducidas posibilidades que la tecnología ofrecía para la realización de la vocación internacional que el capital posee desde su cuna, con las pasmosas posibilidades que ahora permiten mover miles de millones de dólares en segundos hacia casi cualquier punto del planeta, con accionar los comandos de una computadora.

Sobre esa base tecnológica y en interacción con ella ha ocurrido un enorme crecimiento del comercio mundial, de los movimientos internacionales de capital y, en especial, del capital en forma financiera, a ritmos mayores que el crecimiento de la producción o de los indicadores productivo-materiales o de servicios que conforman la economía “real”. La llamada burbuja financiera formada por la especulación en títulos de valor le ha dado el sello tal vez más característico a los últimos veinte años de la economía mundial con su vertiginoso crecimiento. Esto que se ha llamado “economía de casino”, con sus matices nacionales, ha invadido la economía mundial y conquistado posiciones de mando en las políticas económicas.

Entre los años 1950 y 1990 la producción mundial creció cinco veces, en tanto el comercio mundial lo hizo en 11,5 veces. Pero aún más revelador es que en 1970 el 90% del

capital empleado en transacciones internacionales era real, mientras que al finalizar 1995 dicho capital no iba más allá del 10%. Según cálculos del Harvard Business Review, por cada dólar emanado de la producción y el trabajo productivo circulan actualmente en la economía mundial entre treinta y cincuenta dólares surgidos del mercado financiero, girando en la ruleta de la economía de casino.

Los depósitos bancarios se calculan a nivel mundial en unos 800 000 millones de dólares, pero circulando en los circuitos especulativos existe una fabulosa suma que duplica la anterior y que da cuerpo a esos llamados “capitales golondrina” que se mueven a gran velocidad sin reparar en las fronteras nacionales. Ellos acuden allí donde concurren condiciones favorables a la especulación, crean una frágil ilusión de modernidad y se fugan masivamente al primer signo de reducción de ganancia o de posibilidades más beneficiosas en otro escenario. Al ocurrir en México el asesinato del aspirante presidencial Luis Donaldo Colosio se fugaron de ese país más de cuatro mil millones de dólares en solo 24 horas.

Es, por tanto, el capital financiero, y en particular la especulación financiera exacerbada por la desregulación, el signo distintivo de la globalización de la economía mundial. La globalización del mercado financiero es una realidad, pero lo es también la volatilidad, la inestabilidad que representan enormes masas de capital moviéndose erráticamente, sin regulación efectiva, y con enorme capacidad destructiva como para poner en crisis a economías nacionales y gobiernos en pocas horas. También es cierto que este proceso por el cual se separa cada vez más la masa de capital especulativo de la base productiva real tiene límites y no asegura buena salud para el sistema. Alguien tan imposible de acusar de marxista como John Maynard Keynes expresó:

Los especuladores pueden no hacer daño cuando solo son burbujas en una corriente firme de espíritu de empresa, pero la situación es seria cuando la empresa se convierte en burbuja dentro de la vorágine de la especulación. Cuando el desarrollo del capital de un país se convierte en subproducto de las actividades propias de un casino, es probable que aquel se realice mal.⁶⁸

Los agentes que operan e impulsan la globalización son las corporaciones transnacionales. Ellas son las arañas que han tendido los hilos del mercado financiero globalizado, de la interpenetración de las economías penetradas por ellas, de la supuesta

⁶⁸ John Maynard Keynes: *Teoría de la ocupación, el interés y el dinero*, Fondo de Cultura Económica, México, 1963, p.157.

economía sin fronteras, para mover el capital mediante la planificación a escala global en persecución de la máxima ganancia.

Los ingresos anuales de las 500 mayores corporaciones transnacionales fueron en 1994 mayores en un 50% que el PIB de los Estados Unidos, diez veces mayores que el Producto de toda América Latina y 25 veces mayores que el PIB de Brasil, la más grande economía latinoamericana.

EL SIGNIFICADO DE LA GLOBALIZACIÓN.

LOS DICHOS Y LOS HECHOS

Una primera propuesta surgida de la ideología globalizadora es que han perdido sentido las fronteras nacionales y que ya las economías no son el referente adecuado para entender esta economía-mundo. Si han perdido sentido las economías nacionales, entonces se ha quedado sin base de sustentación económica propia el Estado-nación y resulta cuestionado el concepto y el ejercicio de la soberanía nacional en tan vital esfera.

El manejo de la economía nacional no puede hacerse entonces si no es sometido a imperativos globales, no surgidos del consenso, sino de la imposición de una realidad que se afirma es la única posible.

A lo anterior habría que señalar el hecho de que la globalización no es una novedad escapada de toda previsión marxista. La vocación internacional del capital –uno de sus rasgos definitorios– hizo posible que el dominio capitalista tuviera como uno de sus ingredientes el establecimiento de un sistema mundial, el primero propiamente dicho en la historia de la humanidad. Desarrollo capitalista y crecimiento de un entramado de relaciones económicas internacionales fueron analizados hacia el pasado y pronosticados hacia el futuro por los clásicos del marxismo desde mediados del siglo pasado. Esa misma vocación internacional, ahora asistida por los colosales avances científico-tecnológicos, da como resultado un elevadísimo grado de internacionalización del capital. Pero esto no elimina la pertenencia nacional de los capitales ni equivale a una homogeneización de todas las partes de la economía mundial.

Esta internacionalización-globalización sigue mostrando los vínculos finalmente determinantes entre la corporación global y el Estado matriz, aunque ahora ese vínculo sea más complejo y con frecuencia no reducible exclusivamente a la economía.

Las corporaciones globales son de hecho integrantes de la “seguridad nacional” de su Estado-matriz, y aquí se incluyen los intereses del poderío militar, el espionaje económico, tecnológico y financiero ejercido sobre los “aliados globales”. Exxon, Bayer o Toyota

venden e invierten por todo el mundo y su objetivo es maximizar ganancias para sus accionistas, pero esto no las independiza del país donde radica la matriz, la mayoría del *stock*, y donde pagan impuestos.⁶⁹

La globalización japonesa es un ejemplo claro de integración corporaciones-Estado para producir, hacia el interior de la economía japonesa y en su accionar externo, un modelo de desarrollo capitalista que recién ahora ha mostrado sus primeras grietas, pero en el que siempre ha sido evidente la acción del Estado en defensa de las corporaciones y la utilización de estas como elementos de elevación del poderío nacional, de su seguridad, de su estrategia regional y mundial.

Por último, ¿qué son las ácidas acusaciones que el gobierno norteamericano hace a su homólogo japonés para que abra su economía y reduzca sus exportaciones a los Estados Unidos, y a los países de Europa para que dejen entrar excedentes agrícolas norteamericanos a la “casa europea”? Es obvio que se trata de la defensa de los intereses de sus corporaciones por parte del Estado norteamericano, más allá de la retórica globalizadora, la interdependencia y la economía mundo.

La supuesta tendencia a la igualación entre las partes de la economía mundial es una dolorosa ironía. Nunca antes se habló tanto de igualación y nunca antes fue tan profundo el desarrollo desigual entre las partes del sistema.

La igualación u homogeneización de algunos componentes es selectivamente absolutizada para ocultar la enorme desigualdad o heterogeneidad.

¿Qué se ha homogeneizado en el contexto de la globalización?

Permaneciendo en el terreno de la economía y, por tanto, obviando las igualaciones globales en el consumo de Coca Cola o el frívolo interés por las prácticas sexuales y el cambio de color de Michael Jackson, es visible la homogeneización del mercado financiero como síntesis de una forma compleja de movimiento internacional del capital, que incluye sus dimensiones comercial y de servicios, que se superpone y por el momento determina en cierto grado su dimensión productiva.

Este mercado financiero homogeneizado da a la economía mundial la imagen de una gigantesca bolsa en perpetua interacción con las diferentes bolsas radicadas en diversos países, pero regidas todas por principios homogéneos, cotizando títulos de valor similares y muchas veces iguales, e interconectadas por las maravillas de la informática y la voracidad especulativa.

⁶⁹ John Saxe-Fernández: “Globalización y regionalización”, periódico *Excelsior*, México, 9 de enero de 1996.

También se ha homogeneizado en alto grado el discurso predominante sobre economía. Probablemente sea este el mayor éxito de la globalización y de allí extraiga su mayor fuerza para dominar las mentes y modelar las políticas económicas en buena parte del planeta.

Ese éxito consiste en que el mismo discurso de matriz neoliberal, privatizador, aperturista y desregulador, que da como verdad establecida la incurable ineptitud económica del Estado, se repite en Washington, en las capitales europeas, en las capitales latinoamericanas, asiáticas y africanas, sin que las abismales distancias en términos de desarrollo, recursos y riqueza, introduzca el menor cambio o esfuerzo de adaptación.

La globalización del discurso económico a nivel de la economía capitalista mundial es una realidad evidente, aunque ya no con la unanimidad sin fisuras que tuvo en años anteriores. La brutalidad de la camisa de fuerza neoliberal ha traído pobreza sin desarrollo ni equidad y el proceso comienza a ser admitido mediante la búsqueda de paliativos que adoptan nombres como “liberalismo social”, “capitalismo con rostro humano”, u otros.

La globalización de las políticas económicas es también real, pero con menor cobertura que la globalización del discurso.

Las políticas económicas que tienen como emblema las fórmulas del FMI han sido un exitoso producto de exportación desde países desarrollados hacia el Tercer Mundo. Se ha homogeneizado a casi todo el mundo subdesarrollado en una práctica de la misma política económica, de la cual se han distanciado cuidadosamente los que a nivel de discurso las exaltan y proponen desde tribunas de gobierno, académicas, empresariales y de organismos económicos internacionales.

Las consecuencias, para el Tercer Mundo, de esta capitulación intelectual y política que ha relegado al olvido los esfuerzos por elaborar teorías y políticas de desarrollo pensadas desde el subdesarrollo y para él, son imposibles de cuantificar en los años ya transcurridos y en los que resten, pero la tragedia está a la vista: hay demasiada pobreza, hambre e inequidad en la estela de la privatización y el “sálvese quien pueda” del mercado perfecto.

Esta globalización de la ideología económica ha erradicado el debate sobre conceptos y modelos de desarrollo diferentes, que fue tan rica en las décadas de los sesenta y los setenta. No se escucha más que un monólogo sobre cómo nivelar las políticas dentro de un único modelo y en la misma medida se ha reducido el espacio de maniobra y de negociación de los subdesarrollados. La más significativa victoria de la globalización neoliberal y la “teología del mercado” ha consistido en lograr que las víctimas piensen en los mismos términos que los victimarios.

Otro logro de la globalización es la generalización de la igualdad formal de todos los países en el mercado mundial. Todos aparecen como iguales –los Estados Unidos y Burundi, Alemania y Haití– ante el supremo dictamen del mercado.

Desaparecieron virtualmente conceptos como los de *trato preferencial* y *no reciprocidad*, por los cuales libraron duras batallas en décadas pasadas los países del Tercer Mundo. Desaparecieron instrumentos de protección de los productos básicos exportados por los subdesarrollados, como los Convenios de Productos Básicos. Con el argumento de que interferían el perfecto engranaje del libre mercado fueron echados a un lado. Resultado visible: entre 1980 y 1993 América Latina perdió unos 300 000 millones de dólares por deterioro de los términos de intercambio.⁷⁰

La homogeneización o igualación no muestra otros avances. No representa el fin de la heterogeneidad y las contradicciones, ni tampoco “el fin de la historia”, a pesar de haber obtenido –con la desaparición del campo socialista– una importante atenuación de la contradicción capitalismo-socialismo.

HETEROGENEIDAD Y CONTRADICCIONES

La globalización no es la llegada a un estadio igualador en que la heterogeneidad y las contradicciones desaparecen. Por el contrario, es un nuevo momento del desarrollo desigual capitalista. Solo que ahora con unos niveles tan elevados de desarrollo científico tecnológico que expresan la necesidad de un uso y control social, al plantear la contradicción con su apropiación y dominio privados en términos ya no solo de lucha de clases, sino de supervivencia de la especie en tanto convivencia en relaciones sociales y en tanto continuidad de la vida en un entorno ecológico sustentable.

Sería imposible desarrollar *in extenso* los comentarios sobre el rosario de contradicciones –viejas con nuevas formas y nuevas con vieja esencia– que hoy actúan en el escenario globalizado de la economía mundial. Lo que sigue no va más allá de la simple mención.

Ya conocemos el alto nivel de interconexión electrónica que permite transferir en segundos magnitudes de capital semejantes a los Productos Brutos de muchos países, sin regulación alguna. Sabemos que la base productiva, la economía “real”, se achica cada vez más en relación a una enorme superestructura financiero-especulativa que ha adquirido no solo autonomía, sino mando sobre aquella. Pero, mientras más crece este distanciamiento, más frágil se hace el sistema.

⁷⁰ Cálculos del Centro de Estudios sobre la Economía Mundial (CIEM).

La globalización de la producción requiere estabilidad en la política económica y especialmente en las finanzas. La globalización financiera tiene hoy el mando porque domina la creación de crédito, que a su vez determina el futuro de la producción, pero estas finanzas son una volátil cadena de interdependencias sin regulación, expuesta a una ruptura por la misma fuerza especulativa creada.

Las inmensas masas de capital que se mueven en el mercado financiero globalizado –las transacciones diarias bursátiles ascienden a no menos de un millón de millones de dólares– poseen una tremenda fuerza destructiva potencial y no hay regulación efectiva sobre ellas. Hechos tales como el continuo crecimiento de la deuda externa e interna de los Estados Unidos, el endeudamiento de América Latina y del Tercer Mundo, o las encendidas pugnas monetarias entre norteamericanos, europeos y japoneses, constituyen algunos de los posibles detonadores de un desplome que será tanto más grave mientras más globalizadas e interdependientes sean las economías.

Junto a la globalización marcha la regionalización de la economía mundial. Son procesos contradictorios que apuntan a un escenario de choques interimperialistas ahora elevados a niveles de región.

La formación de bloques regionales –Unión Europea, Japón y su relativo dominio en su zona económica, los Estados Unidos con el TLC y su proyectado bloque que incluye toda América Latina– que crean zonas preferenciales hacia el interior y excluyentes hacia el exterior son una negación de la globalización. Esta coexiste con la tendencia a la fragmentación del sistema económico implantado después de la Segunda Guerra Mundial, en virtud de la pérdida relativa de hegemonía por parte de los Estados Unidos y la consiguiente dispersión del poder económico y la incapacidad de cualquier otro país para “coordinar” el funcionamiento global del sistema.

Esta regionalización no ha podido evadir las viejas y tenaces tendencias contradictorias señaladas por Marx y Lenin, ni al interior de los bloques regionales, y menos aún en las relaciones entre ellos.

La Unión Europea, proceso de integración más avanzado que hoy pueda encontrarse, se encuentra sometida a fuertes tensiones que han alejado las ambiciosas expectativas del Tratado de Maastrich. El resto de los países ve con recelo el crecimiento del poderío económico alemán, incluyendo su mejor aprovechamiento de las nuevas áreas de beneficio económico abiertas en Rusia, en otras ex repúblicas soviéticas y en los países ex socialistas de Europa del Este. Suiza permanece fuera de la Unión y en varios países las fuerzas con expresión electoral en favor de la Unión apenas aventajan a las fuerzas que se oponen.

Por su parte, las relaciones entre los bloques son una muestra de que las pugnas de siempre no han desaparecido en un remanso globalizado, sino que permanecen, crecen y se hacen más peligrosas después de haber desaparecido el factor de contención que significó la Unión Soviética.

El excedente comercial de Japón con los Estados Unidos sigue siendo la manzana de la discordia. El gobierno norteamericano pugna por abrir el mercado japonés a las exportaciones norteamericanas para reducir su déficit, y utiliza toda la gama de violaciones al libre comercio, que al mismo tiempo se adora como fetiche.

Topes cuantitativos, aranceles, aplicación de la agresiva ley norteamericana Super 301, e incluso amenazas de manipular la cotización del dólar para provocar el alza del yen respecto a la moneda norteamericana y reducir la competitividad japonesa, conforman una tensa rivalidad que no se reduce a lo económico, pero que en este terreno tiene su principal manifestación.

Se trata de fijar topes cuantitativos a las importaciones norteamericanas de bienes o servicios japoneses como automóviles y sus componentes, licitaciones de obras públicas, tecnología médica, telecomunicaciones, teléfonos celulares. Los Estados Unidos acusan a Japón por piratería en materia de propiedad intelectual, por supuesta apropiación de películas, programas de computación, discos, libros. Por su parte Japón acusa a los Estados Unidos de no cumplir sus compromisos de reducción de gravámenes a la importación de productos electrónicos japoneses.

Otra enconada batalla tiene lugar entre los Estados Unidos y la Unión Europea. El gobierno de los Estados Unidos acusa a la Unión Europea de aplicar tarifas proteccionistas de su sector agrícola en productos como granos, lácteos, carne de res, pollos, huevos. Esto irrita a los intereses norteamericanos que quieren acceder con sus excedentes agrícolas al considerable mercado europeo.

Los Estados Unidos quieren dominar totalmente el mercado aeronáutico mundial y le molesta el consorcio europeo Airbus, al que acusa de violar las reglas del libre comercio por recibir subsidios de los países europeos que lo integran. También acusan a los europeos de practicar el favoritismo hacia sus empresas y, en represalia, los expulsan de la licitación de contratos públicos en los Estados Unidos en sectores como la energía, el transporte y las telecomunicaciones. Han acusado de practicar el *dumping* a las exportaciones europeas de acero, y les han aplicado altos aranceles.

Entre la Unión Europea y Japón tampoco reina el idilio, aunque los choques no sean tan fuertes como los existentes con los Estados Unidos.

Europa presiona a Japón para que este libere las importaciones de productos europeos competitivos –como servicios financieros, satélites de comunicaciones y alimentos procesados–, mientras amenaza con aumentar las limitaciones para la entrada de autos japoneses al mercado europeo.

Además de su objetivo central enfocado a destruir la Revolución cubana y su insoportable ejemplo de resistencia, el intento grotesco de recrear la Enmienda Platt casi un siglo después, llamado Helms-Burton, tiene un ingrediente de interés imperial herido y desafiado en lo que considera su bloque regional para movimiento preferente de sus capitales. La presencia de capitales europeos y, aún más humillante, de Canadá y México, sus asociados en el TLC, es expresión condensada de la incapacidad norteamericana para ordenar a su manera la economía globalizada y, al mismo tiempo, de sus peligrosas pretensiones de hacerlo.

Otro foco de contradicciones, probablemente las más explosivas en términos sociopolíticos, está dado porque el avance de la globalización marcha de la mano con el avance de la pobreza y la polarización social. Es innegable que las décadas del ochenta y el noventa han sido las de distanciamiento abismal entre riqueza y pobreza, no solo entre países desarrollados y subdesarrollados, sino en los trozos de Tercer Mundo que crecen en todas las economías desarrolladas y se alimentan, entre otras cosas, de una migración de pobres a la que se pretende frenar echando gasolina a las llamas, con racismo, xenofobia y represión.

En 1960 el veinte por ciento más rico de la población mundial recibió ingresos treinta veces más elevados que los del veinte por ciento más pobre. En 1990 el veinte por ciento más rico recibía sesenta veces más. Esta comparación tiene en cuenta la distribución entre países desarrollados y subdesarrollados, pero si se considera la desigual distribución al interior de los distintos países, entonces el veinte por ciento más rico recibe ingresos por lo menos 150 veces superiores a los del veinte por ciento más pobre.⁷¹

Otra forma de expresar esta tragedia es que el veinte por ciento más rico recibe el 82,7% de los ingresos totales del mundo, en tanto que el veinte por ciento más pobre recibe el 1,4% de ellos.

El crecimiento económico mundial no se filtra hacia abajo. Es la globalización capitalista neoliberal la que se asienta sobre ese polvorín y se debate en el dilema de no poder

⁷¹ PNUD: *Informe sobre desarrollo humano 1992*, Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1993, p.18.

desarrollarse sin alimentar simultáneamente la bomba de alta explosividad social que conforma un orden mundial no sustentable, sin futuro.

En América Latina, escenario predilecto de la política neoliberal de laboratorio, existen unos 98 millones de indigentes, nivel de pobreza difícil de superar. Esto significa que casi uno de cada cinco latinoamericanos se clasifica estadísticamente como indigente, después de unos quince años de sostenida aplicación del neoliberalismo para erradicar la ineficiencia estatal y dejar que el mercado sin controles y la iniciativa privada traigan el desarrollo.

Tampoco la globalización neoliberal puede mostrar en su favor estabilidad política después de la desaparición de la Unión Soviética y el llamado “socialismo real”. Por el contrario, la fuerte oleada de explosiones étnicas, de disputas territoriales y fundamentalismos religiosos, de desaparición y surgimiento de estados en el fragor de guerras locales, como en el caso de Bosnia, en el corazón de Europa, y en otros varios puntos del planeta, ponen de manifiesto que el triunfo momentáneo sobre el socialismo no eliminó la conflictividad inherente al sistema y que esta sale a flote desde su núcleo profundo de explotación, exclusión e inequidad, asumiendo formas nuevas, sorprendentes y también formas viejas y peligrosas como el renacer del fascismo.

El mundo supuestamente homogeneizado por la globalización, impregnado por el mensaje mediático del capitalismo como única realidad posible, y recorrido de un extremo a otro por transnacionales portadoras de similares valores, es, no obstante, más inestable, disgregado y políticamente explosivo que nunca.

El último foco de contradicciones que serán mencionadas es el que tiene en su centro la destrucción del medio ambiente.

Señalan algunos que los humanos son la única especie que con fatal irresponsabilidad va serruchando la rama en que se apoya. Esto no es otra profecía catastrofista, sino una realidad tan precisa como una demostración matemática a partir de la continuación de las actuales tendencias en materia de depredación ambiental.

Los libros, documentos, películas e incluso conferencias de las Naciones Unidas con carácter de Cumbres Mundiales, como la efectuada en Río de Janeiro en 1992, que han alertado, hecho recomendaciones y tomado acuerdos para detener la fatal carrera hacia la destrucción de las condiciones de vida en el planeta, son abundantes, en su mayoría son de excelente calidad, y podrían ser suficientes para explicar la suprema gravedad del problema y provocar su entendimiento.

Pero, depredación ambiental y globalización capitalista neoliberal también marchan inexorablemente unidas por razones que tienen que ver más con las cuentas bancarias que

con el raciocinio. Desde siempre, la ley de la ganancia pasó por encima de la ecología en la historia del sistema, pero el capitalismo de la globalización tiene mucha mayor capacidad destructiva y la posibilidad de destruir el medio ambiente en cualquier lugar del mundo, universalizando tecnologías o exportando contaminación.

La protección del medio ambiente, incluida la protección del trabajador, es un elemento del costo, que disminuye la ganancia, y contra ese hecho esencial se estrellan las advertencias y alertas de los científicos.

En el efecto invernadero, en la lluvia ácida y en la destrucción de la capa de ozono pueden encontrarse causales básicas que identifican a la industrialización, la comercialización y el consumo, encuadrados en la búsqueda del máximo beneficio de mercado. En la deforestación y la desertificación se encuentra también lo anterior, en compañía de las presiones que la pobreza y el subdesarrollo inducen sobre el medio por vía de las precarias condiciones de vida de las poblaciones.

Todo parece demostrar que en tanto el lucro capitalista sea el árbitro de la creación y aplicación de tecnologías, de la distribución territorial de la producción, de la implantación y difusión de estilos de vida consumistas y derrochadores, no habrá freno al deterioro ecológico y continuarán globalizándose las vías y modos de destruir el planeta. En esas condiciones, el crecimiento y la expansión económica del sistema serán aceleradores de la crisis ecológica.

Más allá de la torrencial propaganda que postula las excelencias de la globalización como la victoriosa apoteosis del capitalismo, ella no es más que un nuevo peldaño —¿quizás el último?— en la acumulación de capital, en el que al sistema le estorba para algunas cosas la intervención del Estado, y, dotado de los poderosos medios de movimiento e información que le ha entregado la revolución científico-técnica, ahora privilegia el “libre mercado” y la especulación financiera a escala global.

Al hacerlo no encuentra el tranquilo sueño de la victoria global, sino más bien la globalización de la inestabilidad, el crecimiento de las contradicciones y del malestar social que emanan de la incapacidad del sistema para lograr que miles de millones de habitantes del planeta alcancen el humano derecho de vivir como seres humanos.

BIBLIOGRAFÍA

- Acuerdo de Cooperación Energética Petrocaribe*, Puerto La Cruz, 29 de junio de 2005.
- ANDERSON, PERRY: “Historia y lecciones de neoliberalismo”, en Francois Houtart y Francois Polet: “*El otro Davos*”. *Globalización de resistencias y de luchas*, Plaza y Janés, Bogotá, 2002.
- : *La trama del neoliberalismo. Mercado, crisis y exclusión social*, CLACSO, Buenos Aires, 2003, en <http://www.clacso.org.ar/biblioteca>.
- : *Más allá del Neoliberalismo: lecciones para la izquierda*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2003.
- BEINSTEIN, JORGE: *La larga crisis de la economía global*, Ed. Corregidor, Buenos Aires, 2000.
- : “Los primeros pasos de la megacrisis”, Argenpress, Buenos Aires, 29-31 de enero de 2006.
- CASSIDY, JOHN: “El regreso de Carlos Marx”, en *The New Yorker*, Nueva York, 20-27 de octubre de 1997.
- CEA: *Economic Report of the President*, Washington, 2003.
- Centro del Sur: *Sociedades de la información. Hacia una perspectiva del Sur*, Ginebra, 2003.
- CEPAL: *Anuario Estadístico de América Latina y el Caribe*, Santiago de Chile, 1996.
- : *Balance Preliminar de las Economías de América Latina y el Caribe*, Santiago de Chile, 1983, 1991, 1993, 2000, 2005.
- : *División de desarrollo económico sobre la base de informaciones oficiales proporcionadas por los gobiernos*, Santiago de Chile.
- : *Estudio Económico de América Latina y el Caribe 1998-1999*, Santiago de Chile, 2000.
- : *Panorama de la inserción internacional de América Latina y el Caribe 2002-2003*, Santiago de Chile, 2004.
- : *Una década de desarrollo social en América Latina. 1990-1999*, Santiago de Chile, 2004.
- CLACSO: *La trama del neoliberalismo*, Biblioteca Virtual, 2003.
- “Comisión de la Unión Europea sobre la aplicación del plan de acción para el capital de riesgo”, en <http://europa.eu.int/eur>.
- CHÁVEZ, HUGO: “Discurso en la sesión especial del IV Encuentro Hemisférico de Lucha contra el ALCA”, La Habana, 29 de abril de 2005.
- DIERCKXSENS, WIM: *Los límites de un capitalismo sin ciudadanía*, Editorial DEI, San José, 1998.
- FERRER, ALDO: *Historia de la globalización*, Fondo de Cultura Económica, México, 1996.
- FMI: *World Economic Outlook*, abril de 2005.
- Fondo de Población de Naciones Unidas: *World Population Prospects. Fortune*, 1998, 2000.
- GEORGE, SUSAN: *Informe Lugano*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2002.
- HA-JOON, SHANG, en *Kicking Away the Ladder, Development Strategy in Historical Perspective*, Anthem Press, Londres, 2001.

- : “De la historia del mundo desarrollado, la verdadera lección para los países subdesarrollados: la libertad de elegir”, RMALC, en <http://www.rmalc.org.mx>.
- HINKELAMMERT, FRANZ J.; Duchrow, Ulrich: *La vida o el capital*, DEI, San José, 2003.
- IMS: *Health*, 2000.
- KATZ, CLAUDIO: “Las disyuntivas del ALBA” (inédito).
- LIST, FRIEDRICH: *Sistema nacional de Economía Política*, Fondo de Cultura Económica, México, 1942.
- LOMAS, MARTA: “Discurso en la firma del Acuerdo sobre el ALBA entre Cuba, Venezuela y Bolivia”, en *Juventud Rebelde*, La Habana, 30 de abril de 2006.
- MARTÍ, JOSÉ: *América para la humanidad*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2001.
- MARTÍNEZ, OSVALDO: “Zorro libre entre gallinas libres”, en *Temas de Economía Mundial*, no. 7, Centro de Investigaciones de la Economía Mundial, La Habana, 2005.
- : *Neoliberalismo en crisis*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1999.
- MAYNARD KEYNES, JOHN: *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, Fondo de Cultura Económica, México, 1963.
- MÉSZÁROS, ISTVÁN: *Más allá del capital*, Vadell Hermanos Editores, Caracas, 2001.
- OECD: *Social and Welfare Statistics*, 2005.
- PICHS, RAMÓN: *Economía mundial, energía y medio ambiente*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2004.
- PNUD: *Informe sobre desarrollo humano*, 1998, 1999, 2001.
- Primera Reunión Cuba-Venezuela para la Aplicación del ALBA: *Declaración final y Acuerdo*.
- RICARDO, DAVID: *Principios de Economía Política*, Fondo de Cultura Económica, México, 1959.
- ROITMAN, MARCOS: *La falsa neutralidad de la globalización*, en Internet, 2001.
- SHAIKH, ANWAR: *Valor, acumulación y crisis*, Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1990.
- STIGLITZ, JOSEPH: *El malestar en la globalización*, Taurus, Buenos Aires, 2002.
- SUNKEL, OSVALDO: *El desarrollo desde dentro*, Fondo de Cultura Económica, México, 1999.
- SWEETZ, PAUL M.: “Hacia una crítica radical de la economía”, en *Paradigmas radicales en economía*, Anagrama, Barcelona, 1977.
- : *Teoría del desarrollo capitalista*, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1970.
- TAVARES, MARÍA DE CONCEIAO; Gomes, Geason: *La CEPAL y la integración económica de América Latina*, CEPAL, 1998.
- U.S. Bureau of Economic Análisis, en <http://www.bea.gov>.
- U.S. Bureau of Labor Statistics, en <http://www.bls.gov>.
- U.S. Census Bureau, en <http://www.census.gov>.